Bicentenario

1810
1910
2010

Instituto Mora

EL AYER Y HOY DE MÉXICO

El desastre de Cerro Gordo

Negros insurgentes

Un cuadro novohispano

¡Muera el mal gobierno!

"Mixcoac de mis recuerdos"

Volumen 3 número 12 2011

"El pasado y el presente son nuestros"

En este número...

Insurgentes de color quebrado 6

La Casa del Estudiante Indígena (1926-32) 50

La 1ª expedición científica mexicana (1827-1832) 12

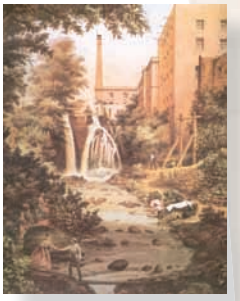
Formar lectores 56

Cuba y la geopolítica mexicana en 1830 20

Diario de un joven escribiente 64

1847: el desastre de Cerro Gordo 28

Cuento: ¡Muera el mal gobierno! 72



Centenario de la Independencia en San Ángel 36

Un cuadro novohispano 78

La Convención Antirreeleccionista (1910) 42

"Mixcoac de mis recuerdos" 86

BICENTENARIO
1810 1910 2010
Instituto Mora
EL AYER Y HOY DE MÉXICO

BICENTENARIO. El ayer y hoy de México
Revista trimestral publicada por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
Volumen 3, número 12, abril-junio de 2011
Consejo editorial
Editor responsable: Ana Rosa Suárez Argüello
Graziella Altamirano Cozzi
Juan Carlos Domínguez Virgen
Diana Guillén
Laura Suárez de la Torre
Guadalupe Villa Guerrero
Iconografía: Ramón Aureliano Alarcón
Asistente editorial: Ingrid S.Bivián
Edición: Jesús R. Anaya Rosique
Diseño: Mónica Diez Martínez Day
Redacción, administración y suscripciones:
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
Plaza Valentín Gómez Farías núm. 12, Colonia San Juan Mixcoac, Del. Benito Juárez C. P. 03730, México D. F.
Tels. 5598 3777, 5598 3037- Ext. 1129, Fax 5615 0675
www.mora.edu.mx
BICENTENARIO. El ayer y hoy de México
es una publicación del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
(Centro Público de Investigación adscrito al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología).
Los artículos firmados son responsabilidad de los autores. Se prohíbe la reproducción parcial o total sin la expresa autorización del consejo editorial de la revista.
Número de certificado de reserva de derechos al uso exclusivo otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor 04-2010-101813441800-102, de fecha 18 de octubre de 2010. Número ISSN 0404-05. Número de certificado de licitud de título 14276 y Número de certificado de licitud de contenido 11849, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Autorización como correspondencia de segunda clase en trámite. Domicilio de la publicación: Plaza Valentín Gómez Farías núm. 12, Colonia San Juan Mixcoac, Del. Benito Juárez, C. P. 03730, México, D.F. Impresión digital en abril 2011 en Master Copy, S.A. de C.V., Av. Coyoacán 1450 bis, Col del Valle, 03220 México, D.F. Comentarios y sugerencias:
BICENTENARIO. El ayer y hoy de México
http://www.revistabicentenario.com.mx
bicentenario@mora.edu.mx
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA
Director General: Dr. Luis Antonio Jáuregui Frías
Directora de Investigación: Dra. María Guadalupe Serna Pérez
Director de Docencia: Dr. Alfredo Pureco Ornelas
Directora de Administración y Finanzas: Lic. Eunice Maldonado Sánchez
Titular del Órgano de Control Interno: Ing. Carlos Ladrón de Guevara Rivero

SUMARIO

Editorial / ***3***
Correo del lector / ***4***

ARTÍCULOS

DOLORES BALLESTEROS
Insurgentes de color *quebrado* / ***6***
ERIKA ADÁN MORALES
Una historia desconocida:
la primera expedición científica mexicana (1827-1832) / ***12***
ELSA V. AGUILAR CASAS
Cuba libre, México soberano / ***20***
FAUSTINO A. AQUINO SÁNCHEZ
La batalla de Cerro Gordo (1847) / ***28***
JOVITA RAMOS
La celebración del Centenario de la Independencia en San Ángel / ***36***
HÉCTOR L. ZARAUZ LÓPEZ
La Convención del Tívoli (1910) / ***42***
SOFÍA CRESPO REYES
La Casa del Estudiante Indígena (1926-32): un "experimento psicológico-social" / ***50***

DESDE HOY

Formar lectores: una labor cotidiana / ***56***

DESDE AYER

Memoria de mi infancia: Joaquín Moreno / ***64***
La Ópera en México / ***70***

CUENTO

IRMA RAMÍREZ OROZCO
¡Muera el mal gobierno! / ***72***

ARTE

BLANCA AZALIA ROSAS
Una mirada a la Plaza Mayor de México en el siglo XVIII / ***78***

ENTREVISTA

"El Mixcoac de mis recuerdos" / ***86***
Créditos / ***96***

EDITORIAL

Desde su nacimiento como país independiente, múltiples historias se han entretejido para delinear los contornos físicos y sociales de un México que día con día sigue construyéndose. Su ayer y su hoy están marcados por procesos y actores diversos que *Bicentenario* se ha propuesto recuperar a partir de situaciones y escenarios concretos, por lo que cada número intenta emprender una aventura distinta, aun cuando los destinos espaciales y temporales sean los mismos y los personajes se repitan.

En esta ocasión iniciamos el camino de la mano de insurgentes cuyo color *quebrado* provenía de la mezcla de ancestros africanos, indígenas y españoles. Vistos a la distancia y sin importar si lucharon por la independencia o se opusieron a la misma, queda claro el papel subalterno que jugaron dentro de la sociedad de la época y se intuye que atrás del mismo existían condicionantes que iban más allá de la cuestión económica y su estatus social.

El telón de fondo era una discriminación que abierta o encubiertamente logró subsistir a lo largo del tiempo y "La Casa del Estudiante Indígena" lo pone de manifiesto al mostrarnos cómo se concebía y trataba al indígena en las décadas de 1920 y 1930. Pero además de la discriminación racial y étnica, hay otras formas de segregación que deben y pueden combatirse para construir un mejor mañana; las experiencias que sirven de base a la propuesta "Formar lectores: una labor cotidiana" lo indican e invitan a que todos pongamos una grano de arena para que en el futuro de México no tenga cabida el analfabetismo y la lectura se convierta en un hábito placentero.

Otra de las líneas que abre el número 12 de *Bicentenario* nos conduce por los rumbos de la historia política: desde los artilugios diplomáticos desplegados en los primeros años de vida independiente para conseguir el reconocimiento internacional de la soberanía mexicana, así fuese a costa de Cuba, hasta la Convención del Partido Antirreeleccionista que tuvo lugar en abril de 1910 en el Tívoli de la ciudad de México, pasando por una batalla que Antonio López de Santa Anna podría haber perdido de manera intencional en 1847 y el encuentro ficticio de una alumna que desde la actualidad grita "¡Muera el mal gobierno!", a dúo con una mujer que fue testigo presencial del cautiverio de Miguel Hidalgo, son muestras excelentes de la diversidad de aristas que nutren los referentes políticos del México actual.

Hurgar en la cotidianidad de quienes en distintos momentos y circunstancias han formado parte de esa complicada madeja que conocemos como historia nacional es otra vertiente de este número de *Bicentenario*. Con el apoyo de testimonios orales, escritos y visuales es fácil dejar volar la imaginación para saber qué pasaba en la Plaza Mayor de la ciudad de México en el siglo XVIII, cómo se celebró el Centenario de la Independencia en un barrio de la misma ciudad o cómo transcurría la vida en Mixcoac durante la década de 1920.

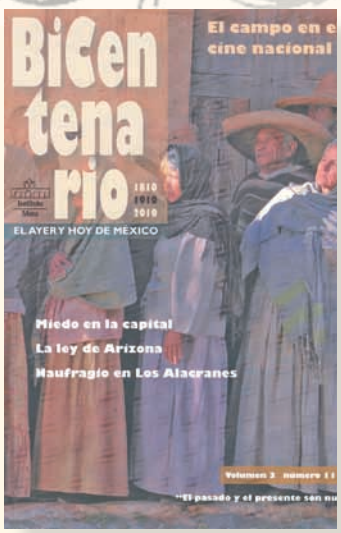
Las minucias y los grandes acontecimientos que detallan la entrevista y los dos artículos dedicados a tales temas permiten identificar formas de apropiación, uso y transformación del espacio urbano. Sea que nos acerquemos a las cercanías de la casa que habitó el abuelo porfiriano de Octavio Paz en un entorno con aroma a campo, tan distinto del que hoy priva alrededor de la plaza que alberga al Instituto Mora. O que demos fe de la mejoras materiales que los vecinos de la municipalidad de San Ángel realizaron para conmemorar los cien años de Independencia; o bien, que recurramos a un óleo sobre tela para analizar las características de los espacios públicos en que simbólicamente conviven poderes terrenales y eclesiásticos, los tres textos ponen al descubierto distintas caras de ese Distrito Federal al que actualmente asociamos con tráfico, vías rápidas y gente viviendo de prisa.

Los materiales que componen esta entrega dejan pues saldos más que estimulantes; la falta de espacio impide que me detenga en todas las pistas que ofrecen los temas mencionados a vuelo de pájaro y otros más como la expedición que de 1827 a 1832 quiso delimitar la frontera con Estados Unidos y estudiar de manera científica la naturaleza de los lugares recorridos; la "Memoria de mi infancia" de un personaje anónimo nacido en Veracruz al inicio del siglo XIX, o el recuento sobre la ópera en México. Tocará al lector descubrir la riqueza que encierra cada texto y en función de ella disfrutar de un fugaz paseo por el ayer y hoy de México.

Diana Guillén
Instituto Mora

CORREO DEL LECTOR

CARTAS



Qué estupendo número el de *BiCentenario 11*. El *dossier* de entretenimiento durante el Porfiriato es interesantísimo, de los anuncios a las luchas. Y el texto sobre el circo es una sorpresa. A primera vista me llama mucho la nota sobre las "novelitas"… Lo leeré con calma para apreciar también las atractivas ilustraciones y la nota sobre el campo en el cine.

Alejandro de la Garza, Milenio semanal

Gracias por ser un bálsamo de la historia. Les envío dos fotos: una vista de la Avenida 5 de mayo, después

de destruido el gran Teatro Nacional, (o de Santa Anna), mientras al fondo la piqueta implacable destruía el hospital de San Andrés (C. B. Saetea, inicio del siglo XX). La segunda es del ferrocarril llegando a San Lázaro en 1943.

Alejandro Moreno Burgos, D.F.

Estimado Alejandro:
Apreciamos mucho su comentario al igual que las dos fotos que nos envía. Invitamos a otros lectores a compartir con nosotros sus fotografías y recuerdos familiares.

¡Excelente revista! Me gustó mucho el artículo sobre el chocolate en México durante los siglos XIX y XX.

Stefannie Gabrielle, Facebook

CONSULTAS

Tengo un jarrón metálico con una chapa tipo moneda donde se lee "Gral. Jesús González Ortega, a la población civil y ejército de Oriente que resistieron con heroísmo, marzo 16 a mayo 17", con el busto grabado del general. Me gustaría saber qué interés puede tener para México ya que se encuentra en España y es muy antiguo.

Santiago Pulido, Canarias

Estimado Santiago:
Debe ser un jarrón conmemorativo del sitio de Puebla en 1863. Luego de una defensa de 61 días, en que civiles y tropas nacionales lucharon tenazmente, la ciudad cayó ante el ejército francés, en México desde 1862. La defensa fue heroica, de allí que el suceso sea digno de recuerdo en la historia mexicana.

¿SABÍAS QUÉ?

El pulque, conocido también como el "néctar de los dioses", y durante muchos siglos parte de la dieta del mexicano, se ha podido enlatar y son ya varias las empresas mexicanas que venden buena parte de su producción no sólo en el país, sino en Estados Unidos y la Comunidad Europea. Por mencionar tan sólo un ejemplo, una de ellas dedica 100 hectáreas a la siembra de las cactáceas y produce más de 300 mil latas mensuales de pulque y curados de distintos colores y sabores.

POR AMOR A LA HISTORIA

En Tlaltizapán, pueblo encaramado en la falda de un árido cerro, en el que Emiliano Zapata tuvo su cuartel de abril de 1916 a abril de 1919, reside Diega López Rivas, ex maestra de escuela, hoy guía del museo de sitio dedicado al héroe morelense. Doña Diega gusta de platicar sobre Zapata y la revolución que éste encabezó y nada le sorprende más que oír a los visitantes decir que los sacrificios de entonces de nada sirvieron, pues todo sigue igual. Ella no piensa igual; opina que

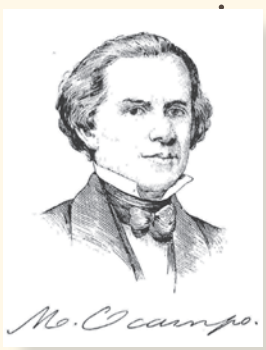
los campesinos pueden tener hoy muchos problemas, pero están mejor que entonces, por lo menos –dice– se pueden marchar.

RELOJ DE ARENA

17-VI-1811– El día previo a su fusilamiento en Monclova por su participación en el movimiento

insurgente iniciado en el mes de septiembre, Ignacio Aldama, estando en capilla, escribe un manifiesto en el que confesaba a la *faz del mundo* que *llegó á creer justa la insurrección que ha ocasionado en el reino tan grandes desgracias*, admite estar arrepentido y suplica perdón a todos aquellos a quienes hubiera causado algún perjuicio., Pide que se *quemen y despedacen cuantos papeles se encuentren míos* y se piense que *la verdadera felicidad consiste en la paz*.

3-VI-1861– Frente a la hacienda de Caltengo en Michoacán es asesinado Melchor Ocampo, ex ministro de Relaciones del gobierno de Benito Juárez, por Lindoro Cajiga, integrante de una guerrilla conservadora a las órdenes de los generales Félix Zuloaga y Leonardo Márquez. Años después, el escritor Manuel Payno contaría así el fin del gran protagonista de la Reforma y la guerra de Tres Años: *Ocampo no suplicó, no pidió gracia, ni aun algunas horas para disponer sus negocios; recibió con una completa calma la noticia de su próximo suplicio. Pidió únicamente una pluma y una hoja de papel, y escribió en pocas líneas su testamento, con una mano tan firme y un carácter de letra tan regular y tan correcta como si en medio de su vida tranquila del campo hubiese estado describiendo las maravillas de la naturaleza.*

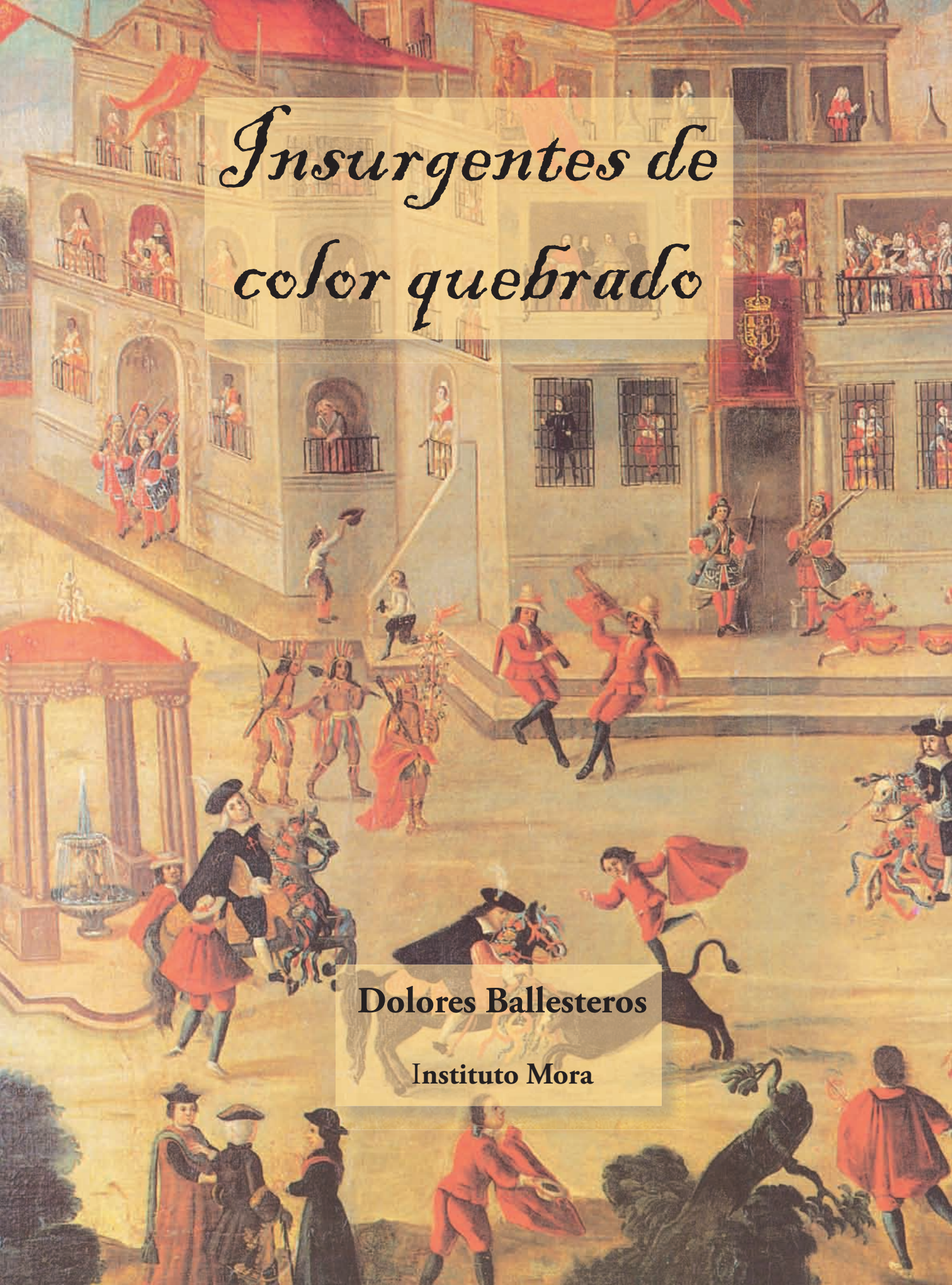


8-V-1911– La población de Tijuana es conquistada por las tropas del Ejército Liberal Mexicano, que se ha propuesto conquistar la península de Baja California y hacerla base desde la que se extienda a todo México la revolución anarquista. El cónsul del gobierno de Porfirio Díaz en San Diego relata irritado que *numerosos excursionistas […] concurrieron en automóviles el día de la batalla […], a divertirse como si fuera espectáculo gracioso y a traerse todos los objetos robados de las tiendas con que los bandidos los obsequiaron, pero que algunos efectos les confiscó la Aduana Americana hasta que pagaran los derechos fiscales.*

18-IV-1961– El ex presidente Lázaro Cárdenas participa en la gran manifestación que tiene lugar en el Zócalo, como protesta por el desembarco estadunidense en Bahía de Cochinos. Se sube entonces a la cajuela de un coche, desde el cual exige al gobierno de Adolfo López Mateos

que adopte *una postura franca, como también debe adoptarla el pueblo de México, y si es necesario, llegar a la guerra contra las imposiciones imperialistas*. Cárdenas se siente muy frustrado ya que, al suspenderse los vuelos a la isla, se malograron sus intentos de viajar a La Habana para dar su apoyo a la Revolución cubana.

DEL COSTURERO DE LA ABUELA



Insurgentes de color quebrado

Dolores Ballesteros

Instituto Mora

En estos meses en los que se ha venido celebrando la Independencia de México, se han recuperado los acontecimientos en los que participaron distintos miembros de la sociedad del momento, desde los llamados héroes nacionales hasta la sociedad en su conjunto. Sin embargo, un grupo de novohispanos no ha sido tan mencionado pero también participó en esta lucha insurgente: la población de origen africano. Este grupo estaba formado por los africanos traídos como esclavos y sus descendientes, producto, muchos de ellos, de las mezclas con la población indígena y española. Así, se presentará brevemente su participación en la Independencia, la legislación que les afectó en este momento de transición política y el cambio en su representación del periodo virreinal al México independiente. En definitiva, se buscará recuperar brevemente su participación y presencia en este momento clave en la historia de México.

Con el estallido del movimiento insurgente, la población de origen africano, como el resto de los habitantes, tomó posiciones en el conflicto. Entre los detenidos acusados de haber participado en la causa insurgente entre 1810 y 1812 había 48 afronovohispanos, como señala el historiador Eric van Young. Se desempeñaban como trabajadores rurales, artesanos, pequeños comerciantes y arrieros y la mayoría fue condenado a trabajos forzados de 13 a 24 años y unos pocos a muerte (7%).

En los testimonios de la época se encuentran referencias a las actitudes que adoptaron hacia el movimiento insurgente. Por ejemplo, Manuel Ignacio Hernández, cura de Tlapacoyan (Veracruz), declaraba que la causa insurgente recibía un apoyo considerable del pueblo de Nautla, en especial de los habitantes de origen africano que, según el religioso, guardaban cierto odio a la población blanca. Asimismo, en Papantla, unos 200 hombres de origen racial mixto apoyaban allí a los insurgentes, aunque sólo tenían armas 50 o 60. En Veracruz, los afronovohispanos defendieron las costas, camuflados en la vegetación del lugar de tal forma que las tropas realistas no se atrevían a avanzar.

No todos apoyaron la lucha insurgente. Según testimonia Lucas Alamán, Gabriel Joaquín de Yermo liberó a más de cuatrocientos esclavos *negros* y *mulatos* de sus haciendas de caña de Temixco y en San Gabriel en el valle de Cuernavaca, en 1790, para celebrar el nacimiento de su hijo mayor. Asimismo, cuando compró la hacienda de Jalmolonga (hoy Estado de México) en 1797, liberó a más de doscientos esclavos que allí vivían. De todos estos esclavos liberados, sólo uno decidió dejar de trabajar para Yermo. Los demás permanecieron en las haciendas siendo fieles a Yermo y al rey.

El apoyo de la población afronovohispana más reconocido y documentado es el de los seguidores de José María Morelos. Tras su reunión en octubre de 1810 con Hidalgo, Morelos se comprometió a extender la lucha insurgente en las tierras del sur, donde atrajo a sus filas a hacendados, jefes rebeldes y demás insurgentes, en su mayoría de origen africano. Esta población era producto de la mezcla entre los esclavos africanos importados por los productores comerciales de cultivos tropicales durante el siglo XVII y XVIII y de los campesinos indígenas de la zona.

Estos esfuerzos de lucha insurgente culminaron en la Independencia mexicana que transformaría las leyes que afectaban a la población de origen africano. Durante la Colonia, la legislación aplicada a esta población establecía cómo debían vestir, con quién se debían casar, en qué oficios podían desempeñarse para que se mantuviesen en un nivel social bajo y sin mezclarse con españo-

les e indios. En la práctica mucha de esta legislación no se cumplió. A lo largo del siglo XVIII, el acceso a las milicias les había otorgado ciertos privilegios y categoría entre el resto de la población, lo cual, junto con la posibilidad de comprar su liberación, el enriquecimiento de algunos y la adquisición de títulos de tierras, los convirtió en propietarios. De esta forma, a pesar de la legislación colonial, algunos afronovohispanos llegaron a tener propiedades y a disfrutar de notoriedad en sus localidades pudiendo reivindicarse como vecinos. Ser esto último resultaba importante ya que eso les facultaría, ya en el siglo XIX, la condición de ciudadanos y, por tanto, el derecho al voto.

Desde luego, no todos obtuvieron este nuevo *status* jurídico consumada la Independencia. El 18 de octubre de 1821, los diputados del primer Congreso Constituyente presentaron a discusión una propuesta de ley para abolir la esclavitud. Nombraron una Comisión de Esclavos que estudiara el caso y que el 29 de noviembre propuso que México no permitiera la entrada a su territorio de personas que siguiesen sufriendo esta explotación. Sin embargo, no pedían que se liberase de inmediato a los esclavos. La comisión consideró imprescindible respetar la propiedad de los dueños de los esclavos mientras el gobierno encontraba una forma de liberarlos sin perjudicar los intereses de los mismos. La esclavitud se mantuvo en México hasta que, en 1829, Vicente Guerrero la declaró abolida en el territorio mexicano, con excepción de Texas.

Esta pequeña victoria sobre la esclavitud no duró mucho. Guerrero realizó este decreto cuando disfrutaba de facultades extraordinarias pero, al ser declarado imposibilitado para gobernar, esta medida junto con otras muchas quedaron invalidadas y no sería hasta el 5 de abril de 1837 que la esclavitud quedaría abolida en toda la república. No obstante, como en 1829, el gobierno se comprometía a indemnizar a los dueños de esclavos. Esto estaba fuera de las posibilidades de una hacienda pública casi en quiebra y por consiguiente el efecto de la medida abolicionista quedaba limitado. El Constituyente de 1857 no prohibió la esclavitud de manera expresa y así quedaría hasta 1917, cuando finalmente el artículo 1° de la Constitución declaró que *está prohibida la esclavitud en los Estados Unidos Mexicanos*.

Por otra parte, durante la instalación del primer Congreso Constituyente se declaró la igualdad entre todos los habitantes libres del Imperio mexicano sin importar su origen y el 4 de mayo de 1822 se propuso omitir de los registros públicos la referencia al origen racial de los habitantes. A esta propuesta la seguiría todo un largo debate en el Congreso Constituyente, ya que en los registros parroquiales se seguía exigiendo que se especificase el origen racial para poder cobrar los derechos correspondientes en distinta proporción a los españoles, las castas y los indios (más a los españoles que a las castas, pero más a éstas que a los indios). A pesar de la prohibición, se encuentran referencias al origen racial de la población en registros parroquiales hasta finales del XIX.

Además de estos cambios en la legislación, en la capital se dio otro fenómeno que favorecería la liberación de esclavos: las celebraciones del grito de Dolores. En 1825 se formó una Junta Patriótica, con el objetivo de organizar la celebración de la Independencia de México ese año; además de discursos, fuegos artificiales, poesías y misas, se

añadió a los festejos la liberación de esclavos en las celebraciones del día 16 de septiembre, a fin de representar la libertad obtenida por los mexicanos con la Independencia. Algunos dueños de esclavos, como el senador Manuel Ambrosio de la Vega o el ministro de Hacienda, José Ignacio Esteva, ofrecieron a sus propios esclavos. A la semana de anunciada esta decisión, se habían ofrecido a la Junta doce esclavos, unos gratis, otros por un precio. En los años consecutivos se liberaron otros 17 esclavos y esclavas, hasta que en 1829 ya no hubo respuesta a la búsqueda por parte de la Junta de esclavos para comprar su libertad.

Si bien la libertad de los esclavos en las fiestas patrias se acostumbró en otros puntos de la república, este proceso de liberación de esclavos también se ve reflejado en otras fuentes, como son los archivos notariales. Por ejemplo, en Guanajuato, escasean los documentos de liberación y compra de esclavos desde 1814, a pesar de haber sido un lugar de concentración de población de origen africano que trabajaba en las minas. Sin embargo, en otros puntos, como Córdoba, todavía en 1827 se liberaron esclavos; en Jalapa se encuentran documentos hasta 1837 que se refieren a asuntos de esclavos, igual que en los Altos de Jalisco hasta 1840. Así, la legislación dio la igualdad a todos los mexicanos, pero en la práctica se estaba lejos de tal situación como muestra la tardía abolición de la esclavitud.

Esta participación de la población de origen africano en la Independencia y en la sociedad mexicana también fueron recogidas por las representaciones visuales. Lo más interesante de las imágenes de la población de origen africano en este momento de transición del virreinato a la nación independiente es el cambio en la forma de presentar a este grupo. Durante el siglo XVIII, los afronovohispanos aparecían, en la mayoría de los casos, representados en un segundo plano y desempeñando diversos oficios en la capital y sus alrededores en un buen número de cuadros (de castas y en motivos políticos y religiosos) y en las artes aplicadas (azulejos, biombos, miniaturas, rebozos).

El biombo del Patrimonio Artístico del Banco Nacional de México, *Alegoría de la Nueva España*, presenta las festividades por la llegada del virrey Francisco Fernández de la Cueva, Duque de Albuquerque, en 1702 (fragmentos en pp. **6-8**). En el centro de la escena domina el castillo de Chapultepec; por el balcón inferior del lado izquierdo, se asoman un hombre y una mujer de origen africano con elegantes trajes en rojo y blanco. En-

tre el público que observa la llegada de los invitados al festejo se advierte a un personaje de origen africano, vestido de rojo y con un arco. En el extremo opuesto al mismo público, un cochero de origen africano dirige una carroza roja. Por el otro lado de la corrida de toros, en el lado izquierdo del biombo, llega una carroza, una *estufa* de cuero negro escoltada por un afronovohispano. En su interior se encuentran dos mujeres blancas y una afronovohispana que parece servirlas. De esta manera, los afronovohispanos que aparecen en el biombo son representados, bien como habitantes de la capital, como en la figura del arco, bien como trabajadores, como los cocheros, escoltas o sirvientes. Eran representados como diferentes de la élite blanca novohispana, o bien formando parte del conjunto de la sociedad, al participar en su economía y festividades, pero siempre en un segundo plano de las escenas.

Lo mismo ocurre en la procesión de San Juan Nepomuceno (fragmento en p. **9**). Entre los fuegos artificiales, los listones y la multitud que sigue al santo y sus ángeles, aparecen algunos creyentes afronovohispanos. Unos se encuentran cerca de las andas del tercer y quinto ángel, otros participan activamente en la celebración religiosa, como dos niños de *color quebrado*, que encabezan la procesión llevando la cruz y tocando una trompeta. De esta forma, además de representar la variedad de actividades y galas que se preparaban para celebrar al santo, el cuadro ilustra la variedad étnica de sus seguidores y se refuerza el vínculo entre la población de origen africano y la música.

Otro aspecto que se relacionó en la época con la población de origen africano fue la violencia (en p. **9,** abajo). Este cuadro de Andrés de Islas fue copiado en al menos cuatro ocasiones por otros artistas que parecían interesarse en representar la agresión de una negra a un español, mientras su hija intenta separarlos. No se conoce el motivo por el que estos artistas decidieron insistir en la agresividad de la afronovohispana, pero al capturarlo en sus obras se refuerza la idea extendida entre los intelectuales coloniales de que la sangre africana tendía a la violencia. En definitiva, estas piezas nos hablan de la participación de la población de origen africano en la economía, la religiosidad, la sociedad y la cultura novohispana, a veces desde la distancia del segundo plano o en el conflicto violento, pero siempre presentes.

Tras la Independencia su presencia en las representaciones se reduce. Sin embargo, los extranjeros que visitaban el México independiente, y buscaban el exotismo en la variedad racial del lugar, lo representaban, a veces en sus obras, otras comprando figuras de cera que se vendían por las calles aledañas al zócalo y presentaban a los tipos populares (en esta **página** arriba). Como encontramos en el biombo y en esta figura de cera, se repite el fuerte vínculo entre el oficio de cochero y la población de origen africano en la capital de México, que se mantuvo tras la Independencia. En el óleo sobre cartón titulado *Músico de Veracruz* (en esta **página** abajo), Édouard Pingret recupera el vínculo entre la música y la población de origen africano que ya aparecía en obras del periodo virreinal, al representar a un afromexicano de la costa tocando la vihuela, el violín y el bajo.

En otro lugares, por ejemplo en Puebla, artistas extranjeros como Carl Nebel representaron a trabajadores del campo, rancheros y mayordomos, con pelo crespo negro y piel oscura,

apuntando una posible ascendencia africana. No obstante, la mayoría de las representaciones de los afromexicanos tras la independencia tienen lugar en las costas. Un ejemplo es la litografía de la *Guardia cívica de Alvarado* (en p. **10,** abajo), de Claudio Linati, donde un grupo de hombres de piel oscura, vestidos con sencillez y pobremente armados son representados en la costa veracruzana. Según el propio Linati, estos hombres que protegían el puerto de Alvarado eran patriotas que, a pesar de la escasez de recursos, defendían el lugar, como vimos que ocurría antes de la Independencia.

En cuanto a las imágenes de los insurgentes, al margen de las representaciones de afronovohispanos conocidos, como Vicente Guerrero, existen representaciones de otros anónimos. Un ejemplo se encuentra en el óleo de la entrada del Ejército Trigarante a la capital que posee el Banco Nacional de México (en esta **página**). La multitud saluda efusivamente a Iturbide y su tropa. Desde los balcones de un palacio, las mujeres agitan sus pañuelos con alegría, celebrando el fin de la guerra. Entre ellas, en el extremo derecho del óleo, una afromexicana, vestida elegantemente, celebra alegre el momento. Desde un segundo plano y, casi imperceptible en la multitud de figuras, quizá sea una sirvienta o esclava de una familia rica capitalina, pero el artista anónimo que creó esta obra decidió representarla como una protagonista más de ese momento histórico.

Como aparece en estas obras y textos de contemporáneos e historiadores actuales, la población de origen africano fue parte activa de la sociedad novohispana. Fueron insurgentes, realistas, creyentes, músicos, esclavos, sirvientes, cocheros, escoltas, guardias, rancheros, etc., parte del día a día de la Nueva España y del México independiente. Aunque el recuerdo de su presencia y participación no esté vivo en la memoria de muchos en la actualidad, en estos meses de celebración vale la pena recordar que también ellos lucharon por la Independencia, que también fueron parte de la historia de México.

PARA SABER MÁS:

"Afrodescendendientes y esclavitudes: dominación, identificación y herencias en las Américas": http://www.ird.fr/afrodesc/?lang=es

YOLANDA JUÁREZ HERNÁNDEZ, *Persistencias culturales afrocaribeñas en Veracruz: su proceso de conformación desde la colonia hasta fines del siglo XIX*, Veracruz, Editora de Gobierno del Estado de Veracruz de Ignacio de la Llave, 2006 (Colección Investigaciones).

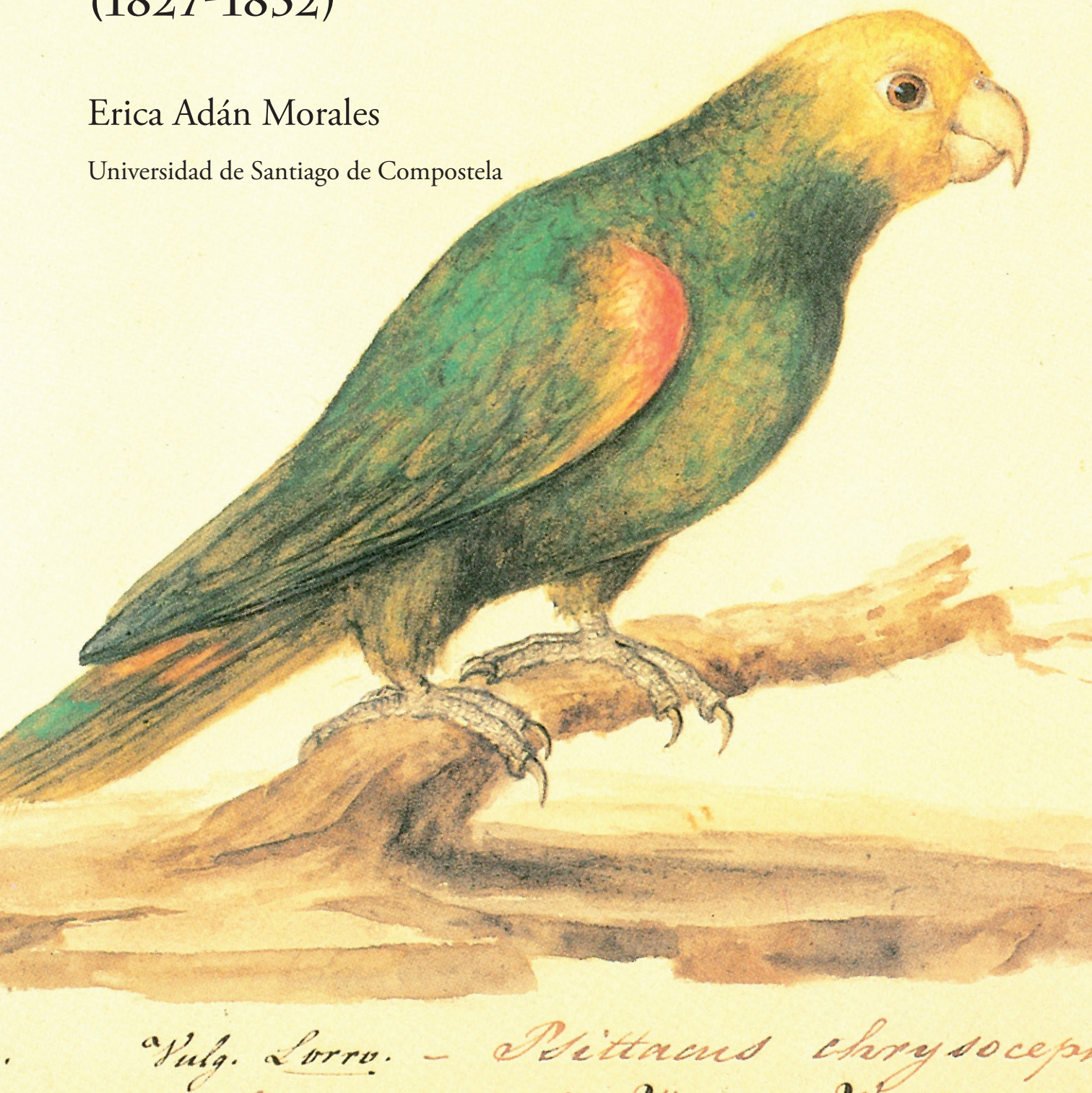
MARÍA ELISA VELÁZQUEZ, *Mujeres de origen africano en la capital novohispana, siglos XVII y XVIII,* México, INAH / UNAM, 2006.

*Catálogo *online* del Museo de América, con imágenes de la población de origen africano: http://ceres.mcu.es/pages/SimpleSearch?Museo=MAM

UNA HISTORIA DESCONOCIDA: LA PRIMERA EXPEDICIÓN CIENTÍFICA MEXICANA (1827-1832)

Erica Adán Morales

Universidad de Santiago de Compostela



"Al contemplar que para mí desaparecían los terrenos montuosos donde vi la luz primera, una feroz melancolía se apoderó de mi alma, y volví el rostro a México para dar un adiós tal vez a las personas que allá quedaban y merecían mis afectos y ternura…" Nostalgia es lo que reflejan estas palabras escritas por el teniente José María Sánchez Tapia a unos metros de adentrarse en la provincia de Texas en enero de 1828. Sánchez era el dibujante de la Comisión de Límites encabezada por el general Manuel Mier y Terán y el botánico Jean Louis Berlandier. Esta expedición, patrocinada por el gobierno, tenía como propósitos delimitar la frontera con Estados Unidos de manera definitiva y emprender el estudio científico de la naturaleza en los lugares recorridos. Se trataba de dar a conocer los recursos de la región a los inversionistas que tuvieran interés en explotarlos.

La exploración de la frontera y su establecimiento fue planeada desde 1819 en el Tratado de la Transcontinentalidad o tratado Onís-Adams, firmado por los delegados de España y Estados Unidos, en el que señalaron la frontera preliminar entre la Nueva España y el segundo país. Dicho convenio estipulaba que: *Para fijar esta línea con más precisión, y establecer los mojones que señalen con exactitud los límites de ambas naciones, nombrará cada año una de ellas, un Comisario y un geómetra que se juntarán antes del término de un año, contado desde la fecha de la ratificación de este tratado*. Sin embargo, el cumplimiento de esta parte fue retrasada porque al gobierno le hacía falta dinero y Estados Unidos no tenía la disposición de

Mapa original de Texas (1836) de Esteban F. Austin.

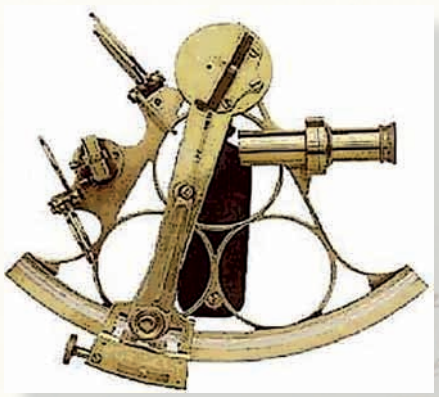
Pp. 12 y 19: Perico dibujado por Jean Louis Berlandier.

Manuel Mier y Terán (1832).

concretar la empresa, alegando a través de Joel R. Poinsett, su ministro en nuestro país, que lo más conveniente era negociar un nuevo acuerdo que significase mayores ventajas para ambas partes.

Lucas Alamán, ministro de Relaciones Exteriores e Interiores de México, rechazó esta explicación. Como estaba al tanto de las ambiciones expansionistas del vecino del norte, se convirtió en el principal promotor de la empresa de deslinde e investigación, la cual se aprobó en 1825 y se organizó a lo largo de un periodo de dos años.

Sextante (siglo XIX)



La empresa tuvo las características de una expedición científica, como aquellas llevadas a cabo por la Corona española durante el período virreinal. Sus integrantes tendrían que observar, hacer mediciones astronómicas y meteorológicas, estudiar y recopilar todos los elementos de la naturaleza que encontraran durante su recorrido hacia la frontera; por consiguiente debieron conseguir el instrumental científico preciso para hacer las mediciones. Mier y Terán comenzó a reunirlos mucho antes de partir. Algunos los suministró él mismo; otros los pidió en préstamo, como un barómetro que solicitó a Pablo de la Llave, y el resto los suministró el gobierno, de los que tenía bajo custodia en el Jardín Botánico: sextantes de bronce y ébano, teodolito, cronómetro de Parkinson, luneta de tres y medio llamada de Dolland, anteojo con micrómetro, una escala y un cuadrante astronómico de cuatro pulgadas. Como la mayoría de estos últimos instrumentos estaban averiados, se solicitaron en préstamo otros dos sextantes, dos cronómetros chicos, dos horizontes, un teodolito al general Manuel Michelena, tubos barómetros, una luneta de Dolland de tres y medio, higrómetros, hexanómetro (uno ya había sido prestado por Andrés del Río), agujas de declinación. Además, se compraron tubos de ensaye, muestrario de reactivos, resmas de papel para los diarios.

Teodolito (siglo XIX).

Asimismo, Mier y Terán se dio a la tarea de reunir la información que consideraba necesaria para su labor, lo que muestra su inquietud por cubrir diferentes áreas científicas y así desempeñar su cometido con éxito. Muchas de las obras con que se documen-

Barómetro (siglo XIX).

Huisache según Berlandier.

tó y llevó a la expedición eran también suyas, otras las solicitó a sus conocidos o, incluso, pidió que fueran compradas. Entre los autores de los libros que le pertenecían –y que lo distinguen como un hombre de ciencia ilustrado de su época– hallamos a Jean-Baptiste Joseph Delambre, Jean-Baptiste Biott, Georges Léopold Chrétien Frédéric Dagobert Cuvier, Carl von Linneo, el zoólogo André Marie Constant Duméril y el *Ensayo político de la Nueva España* de Alexander von Humboldt. Entre los textos que solicitó al gobierno estaban los almanaques náuticos para los años de 1828 a 1830; el mapa de John Melish de 1820, *que se juzga de absoluta necesidad por estar expresamente citado para el efecto en el tratado de Onís*; tablas de Callet y Mendoza. Y demandó dos obras más de Humboldt que juzgaba imprescindibles para el trabajo: *Observaciones astronómicas* y *Anatomía comparada*, encargando pedirlas a José Ignacio Esteva, pues *se dice que las tiene*.

Al intenso trabajo de recopilación de instrumentos y libros que hizo durante este tiempo, Mier y Terán añadió la búsqueda de un médico-botánico que cumpliera a sa-

Palmípedos según Berlandier.

tisfacción con las labores que le requiriera la Comisión durante el tiempo de su labor. Preguntó a naturalistas como Pablo de la Llave y Vicente Cervantes del Río quién podría acompañarlo en la aventura. Se le recomendó al francés Jean Louis Berlandier, alumno del muy prestigiado botánico suizo A. P. Candolle. Mier mismo juzgó que las características de Berlandier eran idóneas y así lo expresa en la carta que dirigió al ministro de Relaciones Exteriores: *La elección de un médico naturalista, y no botánico solamente sería la más ventajosa, pues desempeñaría los encargos que el Supremo Gobierno se propone hacer a la Comisión y haría el beneficio a los que la componen de atender a su salud*. Y continúa: *Berlandier posee conocimientos de fisiología y anatomía vegetal y como no se enseña entre nosotros esta parte [que] es muy interesante de la ciencia nos lleva grandes ventajas por este lado*.

Diversas plantas dibujadas por Berlandier

Tal parece que el general Mier y Terán tenía voto respecto a la designación del botánico de la comisión. Insta a contratarlo con la certeza de que Berlandier era *brillante y sobresaliente* y *el destino de este naturalista en la expedición nos proporciona[rá] obras, instrumentos y particularmente una caja de reactivos químicos que no he podido conseguir en esta capital y que su ajuste es por 1,200 pesos, mitad de los 2,400 que el decreto asigna al médico botánico*. El gobierno mexicano dio su beneplácito. El ministro de Relaciones Exteriores e Interiores se congratuló por ello, pues consideró además que el naturalista sería de gran ayuda si se llegara a necesitar un médico.

Otros personajes que participaron en la empresa fueron Constantino de Tarnava, José Batres, Rafael Chovell y José María Sánchez Tapia. De Tarnava era un militar de origen francés llegado a la Nueva España en la expedición de Francisco Xavier Mina, como capitán de ingenieros. Había estado en Veracruz y Tamaulipas entre 1823 y 1824. Es probable que su estancia en la zona le mereciera ser integrante de la comisión. Estaría a cargo de las observaciones militares y geográficas, junto con el teniente coronel Batres. El teniente de artillería Sánchez Tapia sería el dibujante y Chovell, formado en el Colegio de Minería de la ciudad de México, el mineralogista.

La expedición científica inició su camino el 10 de noviembre de 1827, partiendo de la capital hacia los *países del norte*. Desde su salida, la observación de la naturaleza y el registro de los recursos naturales del país formaron parte de sus jornadas, pues se esperaba que revelaran todo

Pato matamoros según Berlandier.

sobre *los extensos desconocidos terrenos que ha de recorrer*.

Durante la travesía, los comisionados descubrieron plantas que podrían beneficiar a sus compatriotas. Sus hallazgos fueron producto del examen de las prácticas de los indios para curar ciertos males o alimentarse cotidianamente. Fue el caso de la *Teranis frutescens*, planta originaria del norte de Tamaulipas y Texas, que era usada por los indios carrizos para la curar la sífilis y recibió el nombre del general Mier y Terán. Otra hierba usada con el mismo fin fue la llamada *capitana* y *lengua de vaca*; su raíz era utilizada para teñir de verde las pieles y para el tratamiento de una enfermedad venérea.

El árbol del *huisache*, cuyas flores son espigas de color amarillo verduzco, fue llamado por Berlandier mimosa o mezquite; sus frutos servían de alimento a las tribus indígenas. De él informa que se hacía el *mezquitamal, una especie de masa, dulce y nutritiva* producida al secarse las vainas. Los indios lipanes hacían provisiones para el invierno con el polvo de las flores, al que denominaban pinole de mezquite.

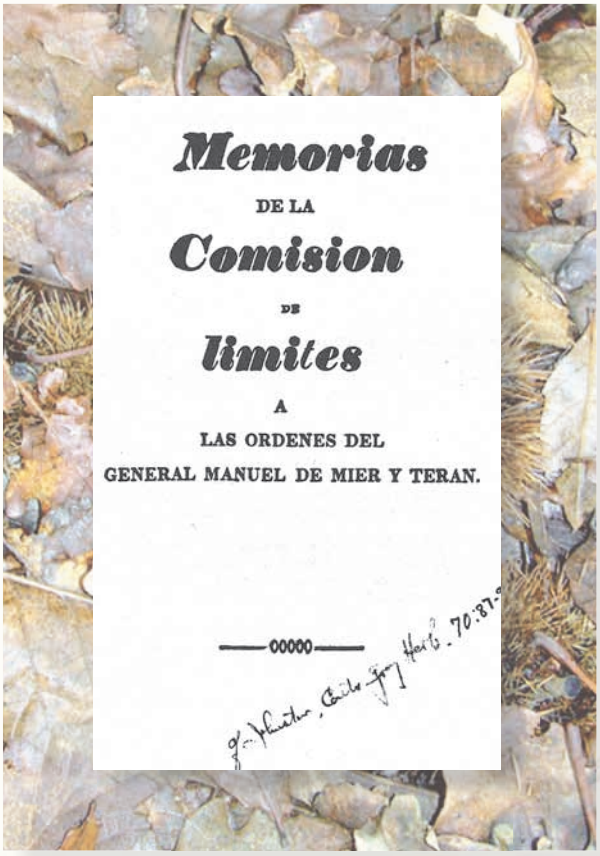
Otra especie de la región que el botánico consideró importante fue el *frijolillo*, la *Calia erystrospherma*, así nombrada en honor a un profesor de botánica de Puebla llamado Antonio Cal. Este arbusto, conocido por los comanches como *Aincap*, es verde la mayor parte del año y tiene semillas con las que se elaboraba una bebida que producía efectos embriagantes, y para ellos ayuda-

Pasiflora según Berlandier.

ba a la *limpieza del alma* y a preparar el estómago para recibir alimento.

En cuanto al *cactus*, el francés lo describió como una especie de consumo habitual, parte de la dieta indígena. Llama al fruto *cúbito* y lo pinta como rojizo, poco *espinoso*, de forma cónica, sabor ácido y un poco más pequeño que la tuna. Sus hojas están cubiertas regularmente por la cochinilla, *aun en invierno*.

Durante uno de sus recorridos por el bosque, Berlandier encontró una leguminosa llamada *Chaparro prieto* o *gavia*. Se recurría a su corteza para teñir de rojo las gamuzas y la resina, denominada goma laca –-y que también produce en abundancia la mimosa güizache–-, era *utilísima en varias artes*. En la localidad de China, Nuevo León, registró la *yerba del indio* o la *víbora*, que los comanches llamaban *puip*, al parecer un antídoto excelente contra las mordidas de víbora de cascabel y útil para curar heridas, cuya raíz se mascaba hasta exprimir los jugos y mezclarlos con saliva. Se decía también que resultaba eficaz para dormir a las serpientes: era preciso colocarla junto a las bolsas de tabaco durante la noche, para que su olor las *emborrachara* hasta el día siguiente. Sin embargo, ni él ni algún otro miembro de la comisión tuvieron la oportunidad de conocerla, lo que consideraron lamentable porque consideraron que podría servir a la humanidad.



Un hallazgo importante fue una especie de coco nombrado científicamente *Coco baboso*, que los habitantes de Altamira y en la costa de Tamaulipas llamaban *coiole* (coyol). Cada palma de esta planta da tres o cuatro racimos, cada uno con aproximadamente 200 frutos o cocos pequeños, comestibles y con un jugo mucilaginoso y adherente usado como jabón para lavar la ropa.

La Comisión de Límites dejó de explorar la región hacia 1830 y se dedicó hacer pequeños recorridos que no le implicaron desplazarse más allá de Nacogdoches o San Fernando de Béjar (hoy San Antonio), en Texas. Es muy probable que las libranzas para su sostén hubieran dejado de fluir, debido a los múltiples problemas políticos y económicos por los que atravesaba el gobierno mexicano. Por otro lado, la salida de Alamán del ministerio de Relaciones hizo que se restara importancia a la expedición.

Además del trabajo científico, el general Mier y Terán se ocupó, durante los últimos dos años, de dar organización militar al estado de Tamaulipas y tomó parte en la derrota de la expedición de reconquista española encabezada por el generaI Isidro Barradas en 1829. Mucho se especula sobre su estado mental posterior. Las distintas fuentes, sin embargo, no proporcionan mayor información acerca de la enfermedad que padecía. El escritor Manuel Payno afirmó que su suicidio en 1832 respondió a la angustia que le causó la incapacidad nacional para mantener a Texas dentro de la república y, por tanto, a que el trabajo de

los últimos años había resultado ineficaz.

Jean Louis Berlandier fue designado cabeza de la comisión a la muerte de Mier y Terán, pero su nombramiento no fue oficial y la burocracia comenzó a solicitarle inventarios del material y los diarios así como la devolución de mulas de las que se desconocía el paradero. Éstas demandas fueron hechas en diversas ocasiones tanto a él como a Juan Mier y Terán, hermano del general, y a Manuel Micheltorena, comandante de las Provincias de Oriente, quien debía estar al pendiente de la comisión.

Una vez que ésta tuvo término, Berlandier permaneció en Tamaulipas, donde moriría ahogado en 1852 al cruzar el río San Fernando. De Tarnava se quedó también, aunque no hay mayores datos acerca de él. La historia del teniente Sánchez es también trágica: fue preso en Veracruz a partir del 3 de noviembre de 1832 por Juan Molano, vicegobernador de Tamaulipas, que le acusó de ser un traidor de la patria, pero fue liberado en febrero de 1833. Después se reunió con Berlandier en Tamaulipas, aunque al poco tiempo enfermó de cólera y falleció. De Batres y Chovell se desconocen las actividades y el paradero posteriores, si bien el segundo publicaría más tarde su derrotero con el botánico francés.

PARA SABER MÁS:

JOSÉ LUIS MALDONADO POLO, "La expedición botánica a Nueva España, 1786-1803: El Jardín Botánico y la Cátedra de Botánica", *Historia Mexicana*, L:1, julio-septiembre 2000, pp. 5-56.

LUIS SÁNCHEZ OSUNA, *Explicando a Berlandier*, México, Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias, 2004.

LUIS EUGENIO TODD y otros, *Breve historia de la ciencia en México*, Monterrey, Colegio de Estudios Científicos y Tecnológicos del Estado de Nuevo León, http://www.luiseugeniotodd.com/todd/images/stories/pdfs/BHCM.pdf

JAVIER VILLARREAL LOZANO, *Los ojos ajenos: viajeros en Saltillo (1603-1910)*, Saltillo, Instituto Municipal de Cultura, 2002.

Cuba libre, México soberano

Elsa V. Aguilar Casas
INEHRM-UNAM

Vista de La Habana (siglo XIX).

Mientras que potencias como Gran Bretaña y Francia se demoraron en fijar su posición con respecto a la Independencia de México, en 1830 el diplomático mexicano Manuel Eduardo de Gorostiza escribió un folleto titulado *An Englishman, Cuba or the policy of England. Mexico and Spain with regard to that island*, que se difundió en español como Cuba o la política de Inglaterra, México y España con respecto a la isla. Esa publicación formó parte del plan ideado por dicho personaje para obligar a aquellos gobiernos a manifestarse con respecto a la presencia de fuerzas españolas en Cuba. Aquí la historia.

Al consumarse la Independencia en septiembre de 1821, México tuvo la tarea de consolidarla frente a las grandes potencias y de defenderse de una posible reconquista por parte de España, que no reconoció la recién alcanzada libertad de la Nueva España. Cuba adquirió entonces una importancia fundamental: Para decirlo de manera muy general y breve, la situación geográfica de la conocida como *Perla del Caribe* la convertía en la base de operaciones militares de la metrópoli en el Nuevo Mundo –desde la cual podía tanto proveerse de suministros como desplazarse con facilidad a las costas continentales. Era, de hecho, su única base en la región puesto que había perdido el resto de sus colonias americanas.

Pp. 21, 24, 25 y 26: Marquillas de tabaco cubano (siglo XIX).

No sólo el gobierno mexicano estuvo muy atento a lo que allí sucedía, también las autoridades de Gran Bretaña y Estados Unidos observaban con particular atención los sucesos, pues el papel que la isla jugaba en la geopolítica del Nuevo Mundo les era de sumo interés. Desde 1823, el imperio británico comunicó al general Guadalupe Victoria su deseo de que la isla fuera libre y que en eso no tenía *más miras que el impedir que la ocupe una potencia extraña, dejando a [su…] arbitrio […] constituirse por sí misma o unirse a México.* Ya un año antes, el ministro estadunidense en España, John Forsyth, había advertido a su gobierno acerca de la posibilidad de que México y la Gran Colombia intentaran apoderarse de ella, ya que resultaba evidente que, por puro espíritu de conservación, ambos países lucharían por arrebatarla al reino español. Intranquilo, el gobierno de Washington tomó medidas y el

Departamento de Estado puso en vigor una resolución del Congreso, fechada en marzo de 1819, que autorizaba a los comandantes de su flota a apropiarse de cualquier navío armado que cometiera alguna acción de piratería.

Esta resolución fue interpretada por Lucas Alamán, ministro de Relaciones Interiores y Exteriores, como un simple pretexto para provocar una guerra con España, cuyo resultado fuera la transferencia de la isla al vecino del norte. Lucas Alamán temía que otro escenario se conjugara con el anterior y era que, al término de la guerra librada por Simón Bolívar para lograr la independencia de Perú, dedicara todo su interés y su fuerza a adueñarse de Cuba y Puerto Rico. Su preocupación no eran las islas por sí mismas, sino el impacto que esto podría tener para México y su lucha por obtener el reconocimiento de la independencia.

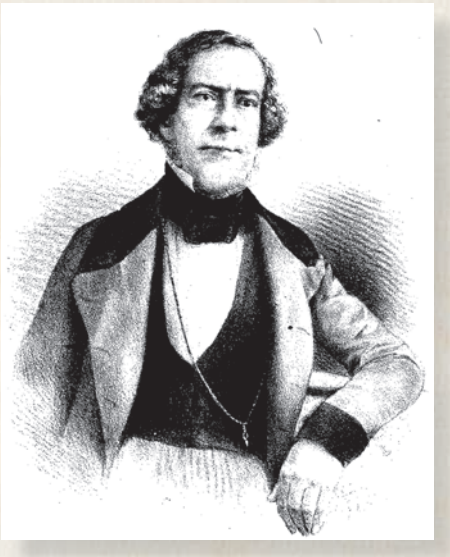
Tal parece que estas circunstancias propiciaron la primera manifestación de la postura oficial de México sobre la cuestión cubana. En una nota dirigida a Inglaterra, Alamán asentó que *la política exige del gobierno de México, que se dedique a hacerse de dicha isla si fuere posible o, por lo menos, a hacer que quede independiente, y que no se engrandezca con tan rica posesión ninguno de sus vecinos*. Estos propósitos se irían redondeando con el paso del tiempo hasta definir una línea mexicana de política exterior.

Uno de los personajes que mejor acogió el proyecto de liberar a Cuba para así proteger a México fue el general Antonio López de Santa Anna, que en 1824 era comandante militar de Yucatán. El general veracruzano planeó una expedición a la Gran Antilla, ya que a su juicio la independencia de la isla representaba, primero, un medio para desalojar a las fuerzas españolas que seguían posesionadas del fuerte de San Juan de Ulúa —desde Cuba eran abastecidas de lo necesario para continuar en esa posición— y, segundo, que al ser despojada de su magnífica posesión en el Caribe, España perdería a la vez la base de operaciones para una posible expedición en contra de México.

El plan del general mexicano provocó reacciones de preocupación en la prensa estadunidense.

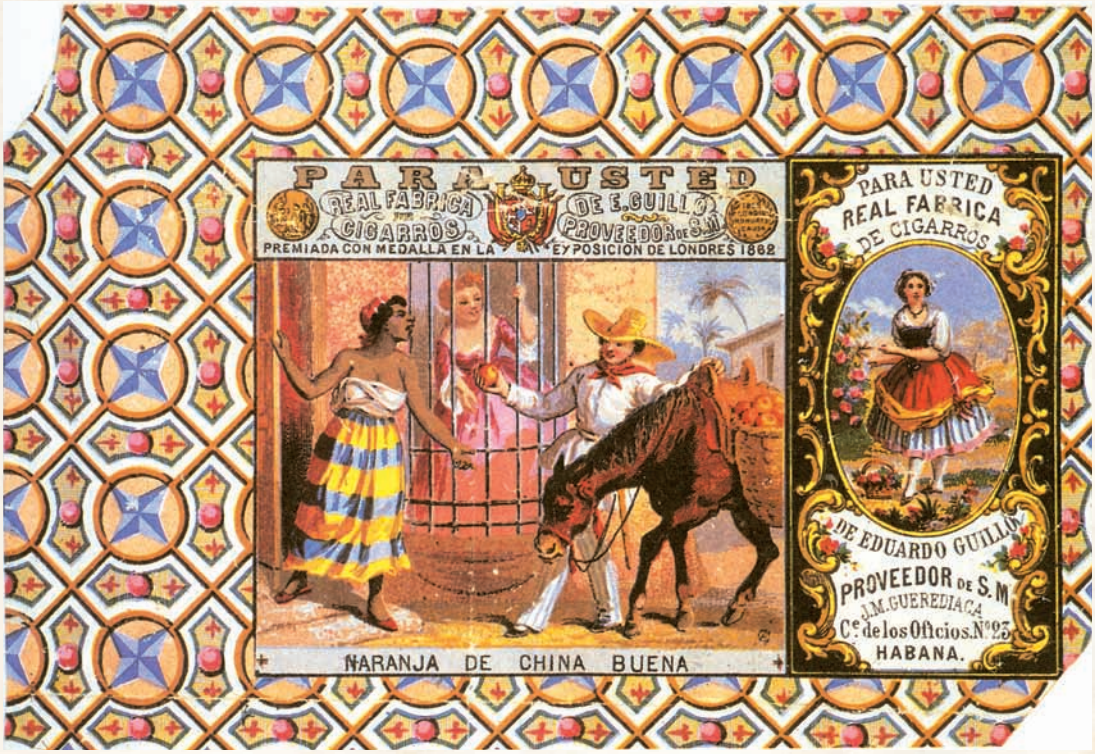
Publicaciones como el *National Journal* y la *Washington Gazette* especularon que Inglaterra estaba detrás de sus planes o que las fuerzas unidas de Bolívar y de Santa Anna llevarían a cabo la empresa, sin participación británica. Los rumores inquietaron a Alamán a tal punto que declaró que el militar había obrado sin instrucciones, y que esas ideas no eran más que un hecho disparatado contrario a la política que seguía el gobierno federal respecto a Cuba.

Fue entonces cuando entró en escena un personaje que por entonces representaba a México en Gran Bretaña: Manuel Eduardo de Gorostiza, hombre de ascendencia española nacido en Veracruz en 1789, cuando su padre era el gobernador de ese puerto e inspector general de las tropas de la Nueva España. Al morir el autor de sus días, cuando apenas tenía cinco años de edad, su madre tomó la decisión de volver a España. Manuel Eduardo estudió e hizo la carrera militar en España, donde combatió la invasión napoleónica. Pero su vida militar terminó pronto por cuestiones de salud. A partir de entonces se dedicó a escribir, aunque se mantenía al pendiente de la escena política y, llegado el año de 1820, tomó parte en la revolución liberal. Cuando la Santa Alianza —en su cruzada para restaurar las monarquías y las fronteras como se hallaban antes de la Revolución Francesa— patrocinó la intervención de los Cien Mil Hijos de San Luis para devolver al rey Fernando VII su poder absoluto, comenzó una dura persecución contra quienes, como Gorostiza, habían apoyado el movimiento liberal. A él le confiscaron sus bienes y lo expulsaron de España. Anduvo errante por varias ciudades del Viejo Continente, y en 1823 se exilió en Londres. En esta ciudad conoció a José Mariano Michelena, que era el representante de México ante el gobierno británico, a quien se presentó como un mexicano y expuso que consideraba su deber *ofrecer a la República, por medio de V. A. mi homenaje y mis estériles votos, aunque ardentísimos por su futura prosperidad*, e insistía: *Nada pido, por-*



Manuel Eduardo de Gorostiza.

Catedral de La Habana (siglo XIX).



que, no habiendo podido hasta ahora emplearme en nada en servicio de mi patria, a nada tengo derecho. Pero si ella cree que mis débiles talentos pueden serle de alguna utilidad, disponga de ellos y de mi vida como guste. Con el apoyo de Michelena ingresó en el servicio diplomático del recién independizado país y se ocupó de llevar a cabo gestiones con varios gobiernos europeos, hasta que en 1830 obtuvo el rango de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Londres.

Muy pronto ideó el nuevo ministro un plan para terminar de una vez por todas con las aspiraciones de reconquista de México por parte de España y así se lo informó a Lucas Alamán. Lo que le propuso fue enviar tropas a Yucatán para fingir una invasión y provocar preocupación en el ánimo de los comerciantes ingleses, de manera que, al verse éstos *muy perjudicados con el estado de guerra,* actuasen como un grupo de presión sobre su gobierno en favor de México. La fingida invasión se difundiría el mismo tiempo en la prensa, con la mira de atemorizar al gobierno de Gran Bretaña, el cual, al igual que los de Estados Unidos y Francia, no querían que Cuba cambiara de manos, en la creencia de que la mejor forma de que la región siguiese segura era evitar que la isla pasara a manos de una potencia más fuerte que España: *seguro era entonces* –concluía Gorostiza– *que ayudados estos ardides con lo que abultarían periódicos y cartas, y con lo que yo haría decir en Londres, lograrían levantar aquí una polvareda entre los interesados en el tráfico con Cuba, que por más que se diga no quieren que sea atacada.*

Lucas Alamán le recomendó que hiciera ver a los más destacados integrantes de la sociedad mercantil londinense cuán complicadas y peligrosas resultaban para sus negocios las constantes amenazas externas que México sufría. Así mismo le comunicó su esperanza de que el país se tranquilizara tan pronto fuera dominada la revolución acaudillada por el general Vicente Guerrero; admitía –no obstante– que, para afianzar la seguridad nacional, se debían resolver también otros problemas. Y, agregaba, después *seguirá Yucatán, luego Cuba, etc.*

De aquí que Gorostiza tuviera tres tareas inmediatas:

1) exponer sus argumentos ante los comerciantes;

2) insistir hasta lograr que sus ideas permearan entre los miembros de la oposición inglesa; y

3) recurrir a la imprenta.

Lo primero que hizo fue escribir y hacer circular el ya mencionado folleto *An Englishman, Cuba or the policy of England. Mexico and Spain with regard to that island*. El texto no llevaba el nombre del autor, sino que salió a la luz firmado simplemente por un inglés. Su propósito explícito era llamar la atención de sus supuestos compatriotas los (ingleses), haciéndoles ver que el estado de guerra entre México y España constituía el obstáculo principal para el desarrollo del comercio y de cualquier actividad productiva en el antiguo territorio novohispano. Se les urgía a tomar una posición en el conflicto, ya que lo que ocurriera del otro lado del Atlántico tendría serias repercusiones en los intereses británicos.

El inglés aseveraba que su país contaba con los recursos de política exterior para impulsar el comercio y las manufacturas mucho más que en cualquier rejuego interno de monopolios y subvenciones; si acudía a ellos, fortalecería y aseguraría la posición de la Corona entre otras naciones, con el aumento de sus soldados, marinos y diplomáticos. Por eso, agregaba Gorostiza en su papel de inglés, ningún tema era en ese momento tan importante para sus compatriotas como el referente a Cuba, pues si a través de la Antilla mayor se restablecía el dominio español sobre México, las transacciones mercantiles de este país con Inglaterra acabarían por ser nulas. El apoyo a la antigua Nueva España sería benéfico: por contar, primero, con un aliado que ayudara a impedir que los españoles se sirvieran de Cuba como base de operaciones y, segundo y muy importante, proteger a las posesiones británicas en el Caribe del peligro latente de una rebelión de esclavos, sobre todo si no se evitaban las agresiones de España a México.

Lucas Alamán.

Parte del folleto de Gorostiza está dedicada a revisar los acontecimientos políticos en México. El inglés defiende la posición de este país respecto a la *Perla del Caribe,* explicándola como una respuesta

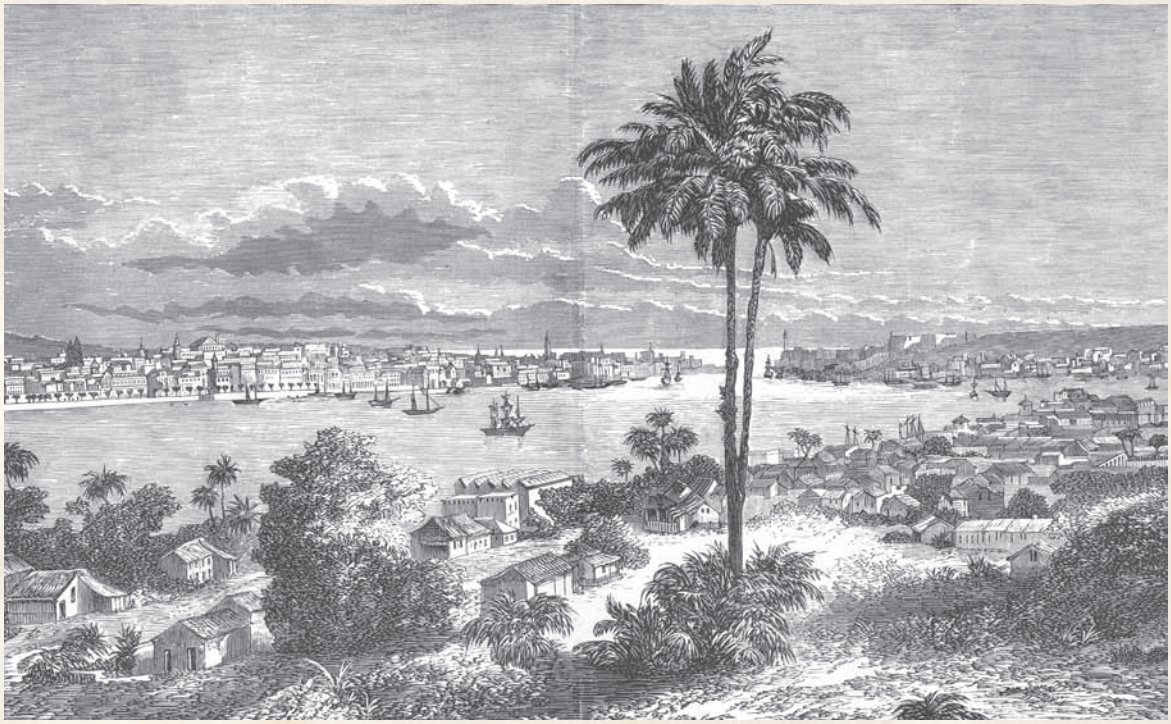
ésta podía hacer en tal situación era no presentar oposición a la guerra que México o algún otro país de la zona emprendieran contra la colonia española, si estos países contaban con las razones y el valor para hacerlo.

En suma, el *ciudadano inglés* convocaba al gobierno inglés a romper su silencio de una vez por todas y a que se pronunciara lo más pronto posible en contra de cualquier expedición que saliera de la isla o la agrediera, y advertía de otra amenaza: que México seguramente contaría con el apoyo de Haití para atacar a Cuba y que, de tal suerte, los problemas que se desencadenarían en la región serían más graves.

Algo que resulta muy claro es que el objetivo del folleto era, más que definir una meta, provocar la acción de Gran Bretaña, ya que en el momento en que se publicó existían aún menos posibilidades que en 1825 de que se concretara un ataque a Cuba.

al temor de que obstaculizara el mantenimiento de su independencia, pues, mientras siguiera en poder de su ex metrópoli, el territorio mexicano estaría inseguro y perturbado. Afirma que si los mexicanos proponían una invasión, no era *como proyecto en sí, sino porque sólo ahí podían conquistar su libertad y tranquilidad y, por lo mismo, por el descontento y espíritu de sus habitantes, podrían, tal vez, esperar establecer una alianza para su recién alcanzada libertad.*

Para el *inglés*, las autoridades de México tenían motivos para sentirse temerosas, pues los elementos para recelar una agresión proveniente de Cuba eran suficientes: bastaba con recordar que de ahí salieron poco antes las tropas dirigidas contra su territorio por el general Isidro Barradas y el almirante Ángel Laborde, y que en La Habana había presencia de fuerzas militares. Lo anterior justificaba al gobierno mexicano a recurrir a cualquier medio de defensa; además, dado que España no atendía a las recomendaciones de Gran Bretaña, lo único que



Vista de La Habana (siglo XIX).

Más allá de lo que Alamán le respondió a Gorostiza, es difícil saber con exactitud qué se pensaba en México sobre sus ideas y su labor en Londres. Por lo demás, su esperanza de recuperar la estabilidad a corto plazo sería fallida: las luchas internas y externas sólo provocaron que la situación política, social y económica del país empeorara. Es más, la península de Yucatán —de donde la supuesta invasión de la Gran Antilla iba a partir— proclamó su independencia. La Gran Colombia, además, se hallaba en proceso de disolución. Entonces, ninguno de los dos gobiernos involucrados estaba en condiciones de poner en práctica el plan del inglés para aplacar, de una vez por todas, los intentos hispanos de rehacer el imperio perdido. Por lo demás, los rumores de una invasión o de preparativos de reconquista carecieron de cualquier base real después de julio de 1830. A España la inquietaron sobremanera los acalorados sucesos ocurridos en París que, tras las elecciones de 1830, desembocaron en el derrocamiento del reinado de los Borbones, por lo cual es fácil comprender que en ese momento importaba más su futuro en Europa que la recuperación del imperio perdido.

México nunca llevó a los hechos algún plan en contra de Cuba, pues apenas podía atender sus problemas internos. Los temores a la reconquista acabarían por desaparecer hacia 1836, cuando por el Tratado de Santa María-Calatrava, España reconoció la independencia de nuestro país.

PARA SABER MÁS:

Elsa V. Aguilar Casas, "¡Libres! ¿Y ahora qué? Independencia y diplomacia", http://www.terra.com.mx/memoria2010/articulo/860039/LIBRES+Y+AHORA+QUE+INDEPENDENCIA+Y+DIPLOMACIA.htm

Salvador Méndez Reyes, *El hispanoamericanismo de Lucas Alamán, 1823-1853*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 1996.

Laura Muñoz Mata, *Geopolítica, seguridad nacional y política exterior: México y el Caribe en el siglo XIX,* México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Instituto de Investigaciones Históricas, 2001.

José María Roa Bárcena, "Manuel Eduardo de Gorostiza", http://books.google.com/books?id=5AMDxALdxIMC&pg=PA168&dq=rELATOS+jOSE+mARIA+rOA+bARCENA+ESTUDIANTE+UNIVERSITARIO+UNAM&hl=es&ei=zqVITf2SOIn0swOP2ty7Ag&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=1&ved=0CCgQ6AEwAA#v=onepage&q&f=false

La batalla de Cerro Gordo (1847)

Faustino A. Aquino Sánchez

Instituto Mora

La guerra entre México y Estados Unidos, y la derrota final del primero han sido interpretadas como el resultado lógico de la vecindad entre una potencia en expansión y un país atrasado e inmerso en el caos político. Sin embargo, desde el punto de vista mexicano, se han subrayado al mismo tiempo varios hechos y aspectos del conflicto que desconciertan, decepcionan e inquietan porque, en cada batalla, la victoria estuvo casi siempre al alcance de la mano. Y es que los ejércitos estadunidenses que invadieron el territorio nacional por el norte y el oriente fueron de tamaño reducido (nunca pasaron de 10,000 soldados), lo cual los obligó a combatir en inferioridad numérica y al borde del desastre para ser salvados en el momento decisivo por alguna *desgracia* o algún *error* en el lado mexicano.

Así, en Monterrey, el general Pedro Ampudia entregó la plaza en el momento en que, agotados al extremo, los invasores estaban a punto de emprender la retirada; en La Angostura, el general Antonio López de Santa Anna decidió abandonar el campo de batalla aduciendo el agotamiento de los soldados y una acuciante carencia de víveres (razones que fueron cuestionadas por testigos presenciales) cuando tenía el triunfo en las manos; en Veracruz, los comandantes de la guarnición entregaron la plaza cuando estaba a punto de ser auxiliada por un ejército de 14,000 hombres; en Cerro Gordo, como veremos, el general Santa Anna hizo una mala elección del campo de batalla; en Padierna, los generales Santa Anna y Valencia pudieron infligir al invasor una derrota decisiva pero no fueron capaces de coordinar esfuerzos; en Molino del Rey el general Juan Álvarez lanzó de manera deficiente una carga de caballería que pudo terminar en victoria y en Chapultepec y las garitas de la ciudad de México el general Santa Anna dejó en reserva a por lo menos 9,000 soldados mientras con tan sólo 2,000 enfrentaba el ataque de 7,000 estadunidenses.

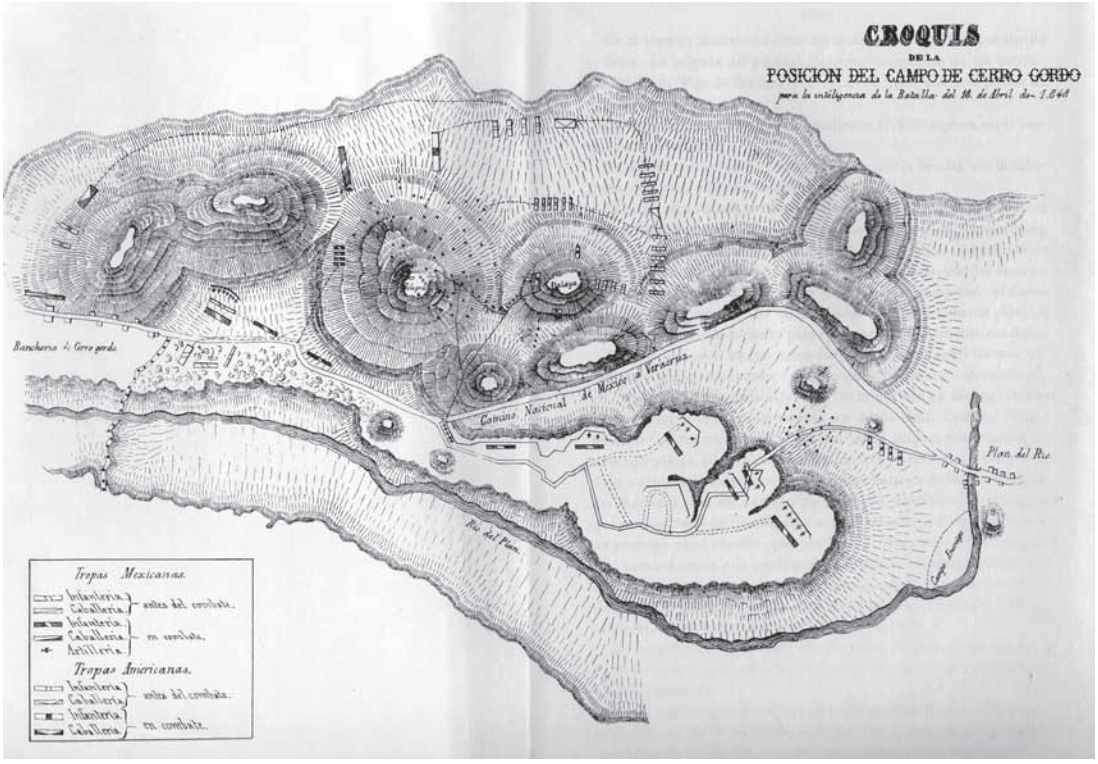
Ante tal muestra de ineptitud militar, el público lector ha juzgado siempre que hubo traición en el bando mexicano, específicamente por parte del general Santa Anna. Los historiadores, por su parte, se han dividido entre quienes apoyan el juicio popular, quienes defienden a Santa Anna con base en que las pruebas que existen de una traición (documentos sobre las relaciones secretas entre Santa Anna y James K. Polk, el presidente de Estados Unidos, publicados por historiadores de este país después de la guerra) son insuficientes y quienes optan por reservar su juicio a la aparición de evidencias nuevas y definitivas.

Investigaciones recientes nos permiten afirmar que el juicio popular fue siempre certero: el general Santa Anna propició la derrota mexicana en todas las batallas que dirigió con el objeto de permitir el avance del ejército invasor hacia la capital de la República y así obligar al Congreso a sancionar un tratado de paz que entregara a Estados Unidos los territorios del norte (California, Nuevo México y la franja texana comprendida entre los ríos Bravo y Nueces), a cambio de apoyo, primero para eliminar al partido monárquico de Lucas Alamán y Mariano Paredes y Arrillaga, y después para imponer una dictadura.

La batalla de Cerro Gordo es un ejemplo de lo anterior; el objetivo que se trazó el caudillo jalapeño al regalar al invasor una nueva victoria fue el de quebrantar el espíritu de resistencia que trataba de suscitar entre la población, hacia marzo-abril de 1847, el presidente Pedro María Anaya,

Batalla de Cerro Gordo.

Batalla de Buena Vista (La Angostura), 23 febrero 1847.



cuyo gobierno procedía de la alianza entre la rama moderada del partido liberal y el general Santa Anna y sus partidarios. Juntos habían expulsado, en el mes de febrero, al ex vicepresidente Valentín Gómez Farías y la facción radical del partido liberal, mediante el llamado motín de los "polkos", si bien en ese momento se hallaban divididos respecto a la política a seguir ante la invasión.

En tanto los segundos buscaban la manera de iniciar negociaciones de paz, Anaya y los moderados preferían presentar una resistencia decidida, por lo cual, en contraste con las medidas adoptadas por el recién depuesto Gómez Farías, difundieron en la prensa la seguridad de que México tenía elementos económicos y militares suficientes para defenderse. Afirmaron también que, a pesar de que Veracruz acababa de caer en manos del general Winfield Scott, al enemigo le resultaba imposible apoderarse de la capital, pues para eso tendrían que vencer primero los numerosos obstáculos naturales (pasos montañosos, principalmente), idóneos para la estrategia defensiva del camino desde el puerto. El *Diario del Gobierno* anunció así que se hacía lo necesario para animar a los estados a participar, alentar el alistamiento, adquirir armas, fortificar los pasos de la sierra, constituir un ejército de reserva, todo para cumplir con el programa de *hacer la guerra a todo trance, defendernos cuanto sea posible […] hasta exhalar con honra y valor el último suspiro*.

De acuerdo con la visión optimista del gobierno, Cerro Gordo, punto elegido por el general Santa Anna para bloquear el avance del ejército de Scott, fue presentado como una posición inex-

La conspiración de los polkos

Una parte de la guardia nacional, compuesta de las personas decentes y acomodadas, se pronunció en la Profesa, San Hipólito y San Fernando, poniéndose a la cabeza los generales Salas y don Matías de la Peña. Gómez Farías en Palacio, con otra parte de la guardia nacional, el batallón de granaderos que mandaba el general Rangel en la Ciudadela, y gente cogida de leva distribuida en varios edificios, se resistió, habiendo durado los balazos y la campaña dentro de las calles, desde el 26 de febrero de 1847 hasta el 21 de marzo en que Santa Anna, que estaba en el interior peleando contra los americanos, regresó a la capital, llamado por la mayoría de los diputados que se reunieron en San Pedro y San Pablo. Cesó, pues, a Gómez Farías, en el gobierno, y tomó posesión del mando...

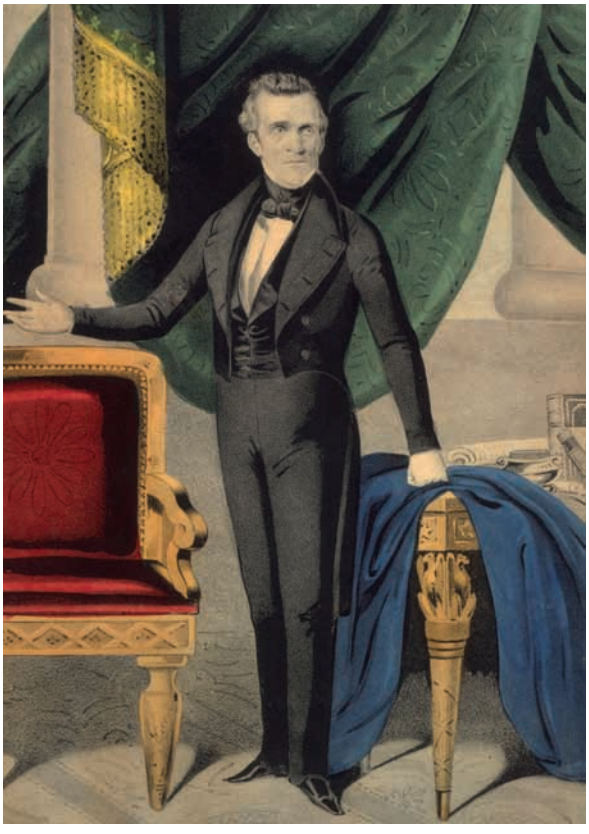
Manuel Payno,
Compendio de historia de México, 1882,

Antonio López de Santa Anna.

pugnable: se trataba de un paso montañoso que, debidamente fortificado, parecía ser capaz de impedir eficazmente el tránsito de los invasores por el camino México-Veracruz y atraparlos en el clima malsano de la región. El optimismo era tal que el 16 de abril de 1847 se celebró en la capital la llegada de un parte de Santa Anna en el que comunicaba que, ante el inicio de los primeros tiroteos con las avanzadas del enemigo en Plan del Río, éste, atemorizado por el aspecto de las fortificaciones con que topó, había regresado a Veracruz, y *por consiguiente la capital se encuentra ya segura*. Reseña *El Monitor Republicano* que esto debía *alejar por ahora los temores de los habitantes de la capital, pues retirado ya el enemigo a la costa, está expuesto a los peligros del clima, y además nos queda tiempo suficiente para preparar una defensa mucho más vigorosa*.

Lo que sucedía en realidad era que el caudillo jalapeño se disponía a facilitar la victoria al ejército invasor, mediante la intencionalmente errónea elección de Cerro Gordo. Se habían dado órdenes de fortificar La Olla, Corral Falso, Cerro Gordo y Puente Nacional desde octubre de 1846, pero la supuesta falta de recursos, divulgada por Gómez Farías, impidió realizar esas obras, y sólo se fortificó de forma incompleta el último punto, a su vez abandonado al caer el puerto de Veracruz. En marzo de 1847, se planteó a Santa Anna el problema de elegir uno de esos sitios para cortar el paso a Scott y obligarlo a presentar batalla. El coronel de ingenieros Manuel Robles recomendó Corral Falso como el lugar que presentaba más ventajas como posición defensiva, sobre todo porque su terreno llano permitiría maniobrar a la caballería, arma en que los mexicanos eran muy superiores; el general Valentín Canalizo, jefe de las fuerzas reunidas para la defensa del puerto de Veracruz, quedó convencido y lo respaldó; pero el general en jefe prefirió Cerro Gordo, paraje inmediato al pueblo de Plan del Río, cerca de Jalapa, a fin –dijo– de mantener al enemigo a una altitud en la que aún podía ser afectado por las enfermedades de tierra caliente y porque rodeaba el camino México-Veracruz con obstáculos naturales: una honda cañada por donde corría, a la derecha, el río del Plan así como una serie de elevadas colinas a la izquierda, desde las cuales podría cañonearse

James K. Polk.



a cualquier fuerza que intentara transitar, obstáculos que parecían dar a la posición un carácter inexpugnable.

A medida que avanzaban los trabajos de fortificación en Cerro Gordo, se hicieron evidentes las desventajas del terreno señaladas por Robles: falta de agua; una vegetación tan espesa que hacía necesario talar grandes superficies para impedir a los atacantes que contaran con ese resguardo; gran extensión de la línea defensiva, que obligaba a construir largas fortificaciones y dificultaba la comunicación y ayuda mutua entre los defensores; imposibilidad, dadas las condiciones del terreno, de recurrir a la caballería y, lo peor, que la posición podía ser rodeada por el norte del cerro de la Atalaya en el flanco izquierdo, lo que evidenciaba el peligro de derrota y, en tal caso, la carencia de una ruta de escape, pues una vez hecho ese movimiento, el enemigo podría tomar la retaguardia con facilidad. Buena parte del ejército quedaría atrapado y, en consecuencia, sería imposible salvar la artillería.

En su empeño por resistir en ese lugar, Santa Anna hizo tender una tubería para llevar agua desde su hacienda de El Lencero; apuró cuanto pudo los trabajos de fortificación, sin conseguir completarlos; dejó aun sin fortificar el cerro de la Atalaya, bajo la consideración de que era menos alto que Cerro Gordo y, por tanto, no constituiría un peligro si el enemigo lo tomaba. En cuanto a la posibilidad de ser flanqueado por la izquierda, el jalapeño manifestó a sus oficiales que el costado norte de los cerros era tan abrupto y denso en vegetación que ni los conejos podían pasar por allí.

El rechazo de Santa Anna a las observaciones de sus oficiales sobre las dudosas virtudes defensivas de Cerro Gordo fue exhibida por los autores de los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos* unos meses después: *Enteramente fascinado, despreciaba aun la voz de la ciencia, exigía la humillación de los que lo rodeaban, y era inaccesible a la razón y a la ingenuidad. Faltos de entereza también algunos de nuestros jefes, se limitaban a censurar su conducta en corrillos, sin tener toda la energía necesaria para disuadirlo de sus errores.*

En efecto, al llegar a Plan del Río, los estadunidenses quedaron impresionados por el aspecto formidable de la posición elegida por los mexicanos y por las fortificaciones levantadas. Sin embargo, lejos de huir, como la prensa había anunciado, no tardaron en notar su debilidad y, desde el 14 de abril, comenzaron a hacer reconocimientos hacia las faldas de los cerros que Santa Anna declaraba inaccesibles, a fin de encontrar una ruta para flanquear la posición mexicana por el norte. Para el 17 esa ruta ya estaba marcada por los exploradores y el general Scott comenzó a

mover sus fuerzas por ella, no sin grandes trabajos, pues hubo que talar y abrir la espesura para hacerse paso, llevando a cuestas la artillería, a la que además debieron subir y bajar con cuerdas a través de barrancas y colinas. Este movimiento fue descubierto por los mexicanos, quienes lo bloquearon al pie del cerro de la Atalaya y defendieron su posesión en lo que constituyó el primer combate de esa batalla. Al otro día, dueño de la Atalaya, Scott realizó un ataque envolvente que le permitió tomar por la retaguardia los baluartes de Cerro Gordo y desalojar a sus ocupantes, si bien en el flanco derecho la artillería hizo pedazos a una división estadunidense que intentó tomarla por asalto. De cualquier forma, el triunfo era de los invasores: la artillería quedó inutilizada y los casi 9,000 hombres del ejército tuvieron que huir en completa desbandada.

Cerro Gordo significó un desastre. Tal como lo previó el ingeniero Robles, fue imposible salvar la artillería, perdiéndose 43 piezas, además de 5,000 fusiles y los equipajes de todo el ejército. El vencedor hizo 3,000 prisioneros, lo cual tuvo sesgos dramáticos pues entre ellos había cinco generales.

La noticia de la derrota llegó dos días después a la capital. Varios oficiales del ejército, indignados de que Santa Anna los tachara de ineptos con tal de evadir su propia responsabilidad, dieron a conocer su versión de los hechos durante las semanas siguientes. Así, el 24 de abril *El Monitor Republicano* publicó la siguiente carta anónima:

Señor redactor: para no difundirme en pormenores que únicamente pueden explicarse de persona a persona, le manifestaré que todo lo hemos perdido, y que si nuestra completa derrota no fuese obra (lo que nos resistimos a creer) de algún misterio, que sólo el tiempo descubrirá, puede decirse que el general Santa Anna tiene menos previsión para la guerra, que el último de nuestros oficiales reclutas. A nadie se ocultaba, más que a S. E., cuál era el plan de ataque del enemigo, y cuáles las líneas que debieron cubrirse, si no para impedirlo, a lo menos para haber hecho una defensa más vigorosa y para economizar la pérdida de muertos y prisioneros.

Derrota y testimonios eran tan sólo unas pocas evidencias más en el ya voluminoso volumen de sospechas contra Santa Anna. Eran muchos los que suponían que el *misterio* al que se refería el anónimo emanaba de la declaración hecha por el presidente Polk en su mensaje anual de diciembre de 1846 –reproducido en México por la prensa

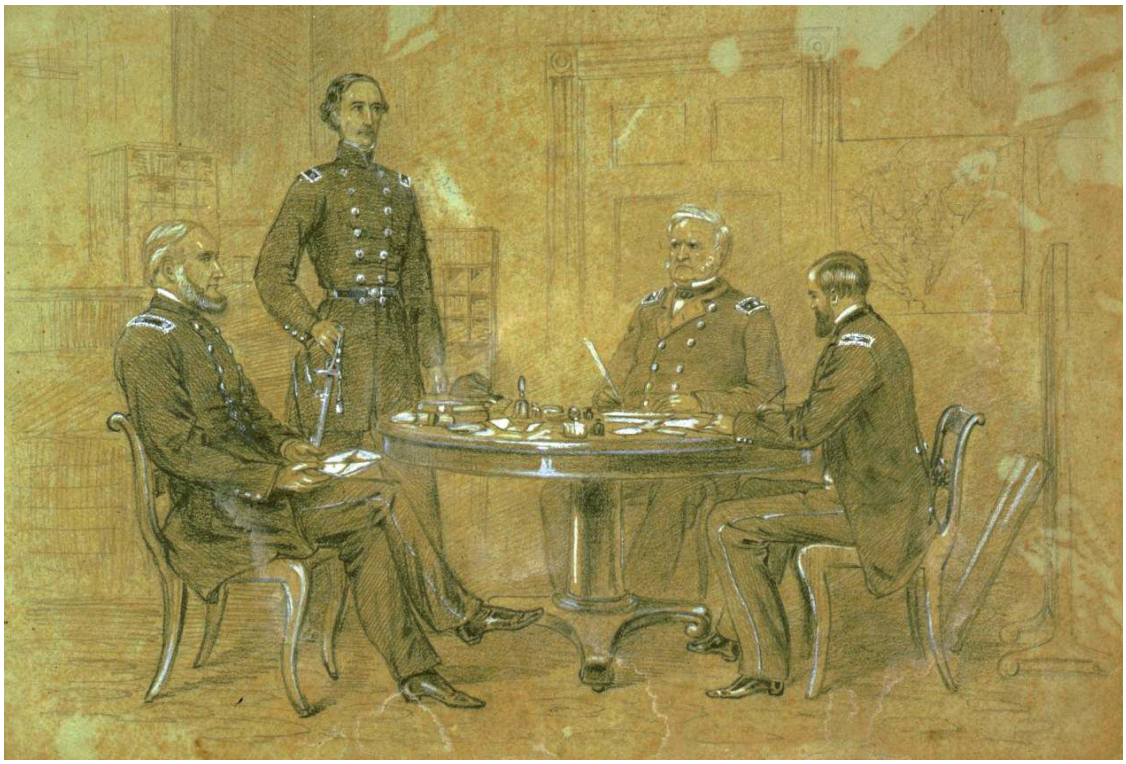
Pp. 32-33: Imágenes de la Batalla de Cerro Gordo.

Rendición de Veracruz.

capitalina en el mes de enero–, en el sentido de que permitió el regreso del caudillo mexicano a su país para apoyar al partido liberal en su lucha contra el monarquismo y para impedir la posible intervención europea emplazada por el gobierno de Mariano Paredes y Arrillaga. El acuerdo subyacente en esta declaración era que, una vez conjurada la amenaza del Viejo Mundo, Santa Anna y los liberales unidos darían fin a la intervención estadunidense, la cual se pagaría con los territorios del norte. En efecto, aunque resulte difícil creerlo, la guerra era una farsa montada por Santa Anna, Polk y los liberales para mantener a Europa fuera del continente americano.

Guerrilleros mexicanos atacan a los yanquis en el camino de México-Veracruz.

La "farsa", dispuesta para derrotar los proyectos monárquicos, debió terminar con la caída del presidente Paredes en julio de 1846. Sin embargo, se prolongó tan sólo porque Santa Anna y los liberales –tanto radicales como moderados– no lograron ponerse acuerdo sobre los términos para suscribir la paz ni sobre quién se quedaría con el gobierno del país una vez que la guerra terminara. Una ocasión para que esto sucediera pudo ser marzo de 1847, luego de que el caudillo jarocho planeara "alcanzar" una victoria en el norte y "socorrer" al sitiado puerto de Veracruz con un ejército de 14,000 hombres; su intención era que la combinación de ambas acciones le permitieran argumentar ante el Congreso que el honor militar estaba a salvo y, por tanto, se podía negociar la paz con el enemigo.



El general W. Scott y su estado mayor.

Sin embargo, este plan fracasó: respecto a la batalla en el norte de México porque el motín de los *polkos* en la capital hizo abandonar a Santa Anna el campo de batalla, con el objeto de evitar que los liberales radicales se impusieran sobre los moderados, y respecto al auxilio al puerto de Veracruz porque los liberales moderados quisieron disuadirlo de que, aliado con los radicales, pagara con territorio la ayuda estadunidense contra los monárquicos.

Unas semanas después, mientras el presidente Anaya y los liberales moderados pretendían encender el entusiasmo bélico popular, con el presunto fin de arrancar a Polk condiciones de paz dignas, y los radicales formaban una coalición de estados, que permitiera amenazar al Ejecutivo y recuperar ellos su fuerza política, Santa Anna, a punto de ser proscrito luego del fracaso de su combinación La Angostura-Veracruz, propiciaría la derrota de Cerro Gordo de la manera que hemos visto para quebrantar el entusiasmo guerrero de los moderados y ponerlos ante la perspectiva de enfrentarse solos a la coalición de estados. Este juego de fuerzas entre facciones iba a llevar, en septiembre, a la entrega de la ciudad de México al invasor.

Bandera de las tropas mexicanas en Cerro Gordo.

PARA SABER MÁS:

Ramón Alcaraz y otros, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y Estados Unidos*, México, Cien de México, 2005.

Rafael Muñoz, *Santa Anna, el dictador resplandeciente*, México, FCE, 2006.

"Batalla de Cerro Gordo", http://www.youtube.com/watch?v=UJS3ZBJluQI

* Visitar la hacienda de El Encero y las poblaciones de Cerro Gordo y Plan del Río, todo sobre la carretera Xalapa-Veracruz.

La celebración del Centenario de la Independencia en San Ángel

Jovita Ramos

Instituto Mora

El gobierno del general Porfirio Díaz organizó las fiestas del primer Centenario de la Independencia de México con esmero y un amplio programa de eventos. La capital fue el marco central de las celebraciones y, tanto en ella como en las poblaciones de los alrededores, se hizo lo posible por mostrar las raíces históricas de la nación y por integrar a sus pobladores al ritual cívico y dejar huella en la memoria histórica.

Un ejemplo de estos festejos lo encontramos en la localidad de San Ángel, situada el suroeste de la ciudad de México. Bella población llena de tradiciones, costumbres y conmemoraciones en las que sus habitantes participaban con gran entusiasmo, los festejos del Centenario no se quedaron atrás. La representación de esta ceremonia cívica contenía elementos esenciales para vincularlos con ella: las autoridades, la junta patriótica, los particulares y el pueblo en general; el presupuesto para la música, los adornos, la iluminación, los fuegos artificiales y otros; el programa; el escenario; los preparativos, el acto mismo, los discursos y las obras materiales, todo servía para que adquirieran conciencia de la importancia de la fecha.

Desde luego, la municipalidad celebraba con alborozo los días 15 y 16 de septiembre. La encargada de organizar el evento era la junta patriótica, la cual preparaba el programa a seguir; reunía los fondos monetarios entre la población; elaboraba el presupuesto de gastos y, además, pedía a los vecinos que adornaran e iluminasen sus casas. El ritual se ejecutaba con gala y solemnidad para inculcar en sus habitantes el amor a la patria.

Naturalmente, la fiesta del Centenario se dispuso con toda anticipación y esmero. La Gran Comisión Nacional del Centenario de la Independencia, presidida por Guillermo de Landa y Escandón, envió a todas las municipalidades, desde 1907, las *Bases para la Organización de los Trabajos del Centenario*. Éstas acordaban que las fiestas deberían ofrecer el mayor lucimiento, animando el patriotismo y la buena voluntad de todos los mexicanos, y urgían a colaborar a las autoridades de la capital y los estados. Instaban a formar comisiones municipales, cuyo fin sería organizar y dirigir la conmemoración en sus localidades, de modo que incluyeran a todas las clases sociales y nombrasen un representante ante la Comisión Nacional. Pedían asimismo que se procurase inaugurar alguna mejora de carácter material o moral que pudiese perdurar una vez transcurridas fechas tan importantes.

En respuesta a la convocatoria, las autoridades de San Ángel iniciaron los preparativos para el patriótico evento. A las seis de la tarde del día 19 de octubre de 1908, y bajo la directiva de Carlos Álvarez Rul, prefecto político de la municipalidad, se dio lectura a las comunicaciones de la Gran Comisión del Centenario. Se nombró a Doroteo del Olmo como delegado de San Ángel y después se procedió a integrar a la comisión municipal, la cual sería presidida por mismo Álvarez Rul.

Plaza de San Jacinto en San Ángel (a fines del siglo xix).

José Ma. Velasco, "Vista del Ajusco y San Ángel desde Barranca del Muerto" (1894).

La comisión se propuso llevar a cabo un festejo que tuviera toda la "dignidad" posible y, conforme la fecha se fue acercando, se mostró más activa, haciendo reuniones y formando las subcomisiones de los pueblos. En junta celebrada con éstas, Álvarez Rul exhortó a los presentes a efectuar su mayor esfuerzo para estimular el patriotismo de la población así como su participación directa en la festividad. Reiteró el pedido de que se diera preferencia a alguna mejora u obra de utilidad pública.

Casi todas las subcomisiones manifestaron que sus pueblos deseaban suministrar a la cabecera ayuda pecuniaria para las celebraciones, algunos, como Tlacopac y Chimalistac, de manera exclusiva. En seguida informaron sobre sus proyectos y los trabajos emprendidos. Así, Tizapán participó que los vecinos planeaban construir un jardín en el atrio de la iglesia y pidió, y le fue concedido, que el propietario de la fábrica de papel de Loreto permitiera a los obreros sumarse a los vecinos para el mejor éxito de los festejos; San Jerónimo que edificaría dos depósitos para agua de riego en tanto que Tetelpan levantaría unos lavaderos públicos. San Bartolo Ameyalco hizo referencia a la calzada que iba a trazar para unir al pueblo con el panteón así como a la sala de teatro que tendría el nombre de Salón del Centenario. San Bernabé Ocotepec pensaba erigir un puente sobre la Barranca del Rosal; San Nicolás Totolapan, una fuente pública y lavaderos y La Magdalena, una presa en la Barranca del Rosal. Axotla tenía el propósito de instalar un reloj público o un monumento conmemorativo.

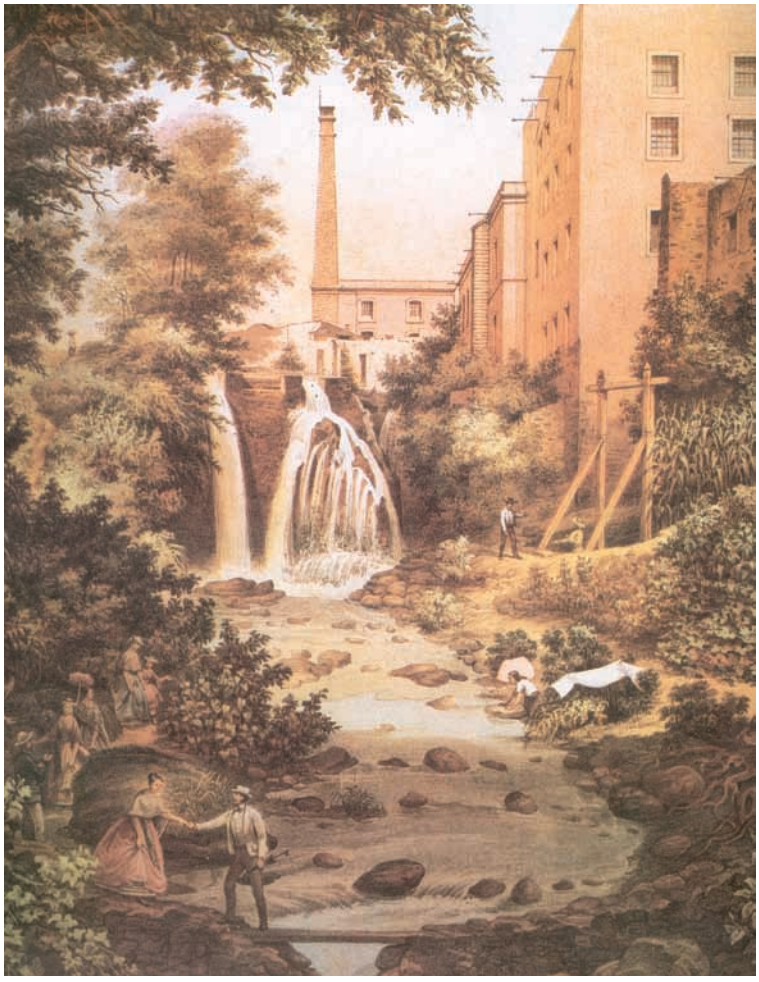
El prefecto mostró su satisfacción por el empeño y la entrega de las subcomisiones. De tal modo se cumplía uno de los objetivos perfilados en las *Bases para la Organización de los Trabajos del Centenario*, esto es, la de beneficiar a los pueblos con obras de utilidad, que reflejaran su progreso, a pesar de que el presupuesto de que se disponía era bastante limitado.

Por su parte, el ayuntamiento de San Ángel, constituido por José R. Carral, Enrique Orozco, José Luis Cuevas, Eduardo Peñuñuri, Ignacio Ortega, Ángel Lerdo de Tejada y Luis Fernández Castelló brindó su apoyo a la comisión municipalidad. Se trataba de que la celebración tuviera la mayor gala y, por medio de cartas, circulares e impresos, se convocó a los vecinos a limpiar, pintar y adornar las fachadas de sus casas antes del mes de septiembre. Para dar ejemplo y estímulo, el prefecto Álvarez Rul dispuso que se hiciera lo mismo con la fachada del palacio municipal, situado frente a la iglesia del Carmen.

Otras actividades de la comisión municipal fueron abrir una suscripción entre sus miembros para erigir, en las lomas de Padierna, un monumento a los mexicanos que lucharon por la defensa de la patria en la batalla del 19 de agosto de 1847. Asimismo, a fin de involucrar en los

festejos a todos los pobladores de la municipalidad, programó la representación de comedias alusivas a la conmemoración tanto en la cabecera como en los pueblos, y que el 15 de septiembre hubiera una jura de bandera en las escuelas primarias: los niños harían la salutación y dirían recitaciones y los profesores se encargarían de hacer una alocución a la insignia patria, habría coros y, para concluir, se entonaría el Himno Nacional. Además, Álvarez Rul avisó a las fábricas situadas en algunos pueblos, a fin de que algunos trabajadores pudieran participar en la procesión cívica del mismo día, a las nueve de la mañana.

Para dar el mayor esplendor y fastuosidad posible al Centenario de la Independencia, la comisión decidió que los actos cívicos del 15 se celebraran en la plaza de San Jacinto y en el palacio municipal, por lo que pintores y carpinteros que construían los templetes, tuvieron que trabajar arduamente en la iluminación de los edificios y el arreglo de la plaza, todo con la meta de dar al magno evento la atmósfera adecuada.



Cascada de Tizapán.

Al llegar la ocasión tan esperada, los habitantes del pueblo de San Ángel, vestidos con sus mejores galas, se aprestaron, con entusiasmo y dignidad, a conmemorarla. Las fachadas del palacio del Ayuntamiento y las casas de las principales calles lucían adornadas. La mañana del 15 de septiembre de 1910, el último tubo del acueducto que llevaría el agua a la población de San Ángel desde San Bartolo Ameyalco se colocó en su sitio, ante el prefecto político, los principales funcionarios del ayuntamiento, la comisión municipal del Centenario y el pueblo en general. Se daba así término a la obra pública que serviría de testimonio perenne de ese día.

La fiesta se continuó por la tarde. Hubo función popular, fuegos artificiales, exhibiciones cinematográficas, fogatas y cúcaras (palo ensebado). A las 10 de la noche se efectuó un acto cívico en el atrio del palacio municipal. Se pronunciaron discursos y recitaron poesías en loor de la patria y, al dar las once, el prefecto vitoreó la Independencia entre las aclamaciones de la multitud, los repiques de campanas y el Himno Nacional ejecutado por músicos.

La celebración del día 16 consistió en un desfile de carros alegóricos jalados por mulitas, al que se sumaron grupos de charros de las haciendas de Guadalupe, Goicoechea, La Cañada y otras, con estandartes alusivos a los héroes de la Independencia. Una vez concluido el desfile, el señor Manuel Caballero, vecino del lugar, dijo un poema titulado *Independencia* en el templete instalado a las puertas del palacio municipal y siguió una interpretación musical que animó aún más a la población. La orquesta tocó en la tarde las mejores piezas de su repertorio y el festejo culminó con un espectáculo de fuegos artificiales por la noche.

Si el festejo en la cabecera mereció toda esta

pompa, los programas, discursos y demás actos cívicos que tuvieron lugar en otras poblaciones y en los centros fabriles de la municipalidad se igualaron en dignidad y entusiasmo. Veamos el ejemplo de Tizapán, que el día 15 inició la celebración con una salva al izar la bandera, siguió con un desfile de carros adornados, para que después los integrantes de la Junta Patriótica, la comisión de obreros de la fábrica de tejido Puente de Sierra y un grupo de niños marcharan hasta el punto de inicio de un festival. Por la noche, se realizó una representación teatral y se dio lectura al Acta de Independencia. Para concluir, la junta local vitoreó la Independencia, se pronunció un discurso y se cantó el Himno Nacional. Al término, la Junta Patriótica ofreció un baile al comercio local.

En la mañana del 16, se verificó un desfile hasta la fábrica de tejidos, un acto cívico con piezas de música, discursos, algunas recitaciones, cantos en honor de Miguel Hidalgo por coros infantiles y el Himno Nacional. En la tarde, las principales señoritas de la localidad sirvieron una "jamaica" (*kermesse*) y, ya noche, hubo baile popular y fuegos pirotécnicos.

La fábrica textil La Hormiga, ubicada en el mismo pueblo, tuvo su propia celebración de la Independencia. El día 15, los obreros efectuaron los actos siguientes: paseo cívico con estandartes, hachones y banderas, discursos, piezas de música y poesía, una velada literaria en honor del cura Hidalgo y, por último, el grito de Independencia y la interpretación del Himno Nacional por una orquesta. El 16 hubo un paseo cívico por las calles principales de la empresa: en los carros alegóricos iban niños representando a la patria, la libertad y la justicia; desfilaron también la junta patriótica, el club femenil Hijas de Anáhuac, así como los clubes Constitución y Reformas y Padierna, con sus respectivos estandartes. El festejo terminó con una salva de 21 cañonazos.

Otra ceremonia de interés fue la realizada en San Bartolo Ameyalco, que se inició con la apertura del Teatro del Centenario; se cantó el Himno Nacional, el secretario del juzgado de paz pronunció el discurso de inauguración y se continuó con música. En la noche, se representaron las obras *Juan el mulato* y *El Cura Hidalgo o el Glorioso Grito de Independencia*, a cuyo término se vitoreó a la Independencia, las campanas repicaron a vuelo, tronaron cohetes y, al final, se dio lectura al Acta de Independencia. El Himno Nacional se cantó a la mañana siguiente, cuando el pabellón tricolor fue izado en los edificios públicos entre campaneos y cohetes. El nuevo teatro sirvió de foro para representar a una fuerza insurrecta, a la que se armó con escopetas, lanzas,

Ex convento del Carmen.

espadas y otros. Carros con alegorías de la patria oprimida por España, la América triunfante, la libertad, Hidalgo y Morelos recorrieron las calles del pueblo, acompañados con música de viento. Siguieron otros discursos hasta que, por último, el tañido de las campanas del templo recordó a todos el grito de libertad dado cien años antes. En la tarde se soltaron globos de papel de china de variados colores y hubo la tradicional "jamaica" y, en la noche, serenata, fuegos de artificio y un baile popular.

La descripción de estos festejos nos muestra como la celebración del Centenario de la Independencia en una municipalidad muy cercana a la ciudad de México tuvo –pese a que, a veces, los recursos económicos eran contados– gran creatividad, patriotismo, excelente organización y compromiso, además de que la participación del pueblo, las instituciones y las autoridades le otorgó un carácter integrador y vinculatorio. Los preparativos, el inicio y la culminación de estas fiestas en San Ángel y los pueblos que constituían la municipalidad dejan ver una parte de la vida cotidiana de sus habitantes, en la que cada acto fomentaba la conciencia histórica que da sustento a la identidad de la sociedad. Todo lo que se planeó y llevó a cabo refleja el optimismo y dedicación de una comunidad que vio en la celebración del Centenario de la Independencia un evento nacional, relevante y digno de conmemorarse, así como la ocasión de rendir culto a los héroes que les habían dado *patria y libertad.*

PARA SABER MÁS:

Jaime Abundis Canales, *La Huella Carmelita en San Ángel*, México, INAH, 2007, 2 vols.

Federico Gamboa, *Santa*, México, FCE, 2006.

Hans Lenz, *San Ángel, nostalgias de cosas idas*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2009 , "San Ángel en México", http://www.youtube.com/atch?v=MMOWBd-T12c&feature=fvw

* Visitar la Delegación San Ángel: las plazas de San Jacinto y del Carmen, el Convento del Carmen, el Centro Cultural San Ángel, la fábrica de Loreto y la hacienda de Goicoechea (restaurante San Ángel Inn) así como los antiguos pueblos de Chimalistac, Tizapán, San Jerónimo, Axiotla, San Nicolás Totolapan, Contreras y San Bartolo Ameyalco.

LA CONVENCIÓN DEL TÍVOLI

Hector L. Zarauz López

La Convención del Partido Antirreeleccionista se desarrolló en el Tívoli de la vieja calle del Elíseo, ubicada en el señorial barrio de San Rafael de la capital del país, entre los días 15 y 17 de abril de 1910. Se decidió en ella que Francisco Ignacio Madero encabezara la candidatura a la presidencia de la República, primera que de manera real desafiaba a la dictadura de Porfirio Díaz.

Para entonces México vivía el declive político del largo periodo presidencial de Porfirio Díaz, que se había prolongado por cerca de tres décadas, pues si bien se había logrado estabilidad y crecimiento económico, el costo social y de libertades políticas era muy alto. Es preciso recordar que en marzo de 1908 el periódico *El Imparcial* había publicado en sus páginas la entrevista que Díaz había concedido al periodista estadunidense James Creelman. Las declaraciones ahí vertidas tuvieron gran trascendencia pues, por primera vez, el dictador manifestaba de manera pública su deseo de dejar el poder, señalando que México se encontraba listo para la transición en su gobierno. Tales afirmaciones propiciarían una disputa entre los políticos cercanos a él: por un lado, los Científicos, y por el otro, los seguidores del general Bernardo Reyes, que decidieron contender por la vicepresidencia de la República, coincidiendo ambas agrupaciones en la necesidad de que Díaz continuara en el poder.

Pero Francisco I. Madero tomó la palabra a Díaz y, durante la segunda mitad de 1908, se dedicó a escribir un libro en el cual analizaba la historia de México, la situación del país en el contexto internacional y la necesidad de un relevo político, aunque sin dejar de reconocer los méritos del presidente. Lo publicó hacia finales de ese año con el título de *La Sucesión presidencial en 1910*. Así, de manera incipiente y fuera de los canales oficiales, surgió un movimiento que postulaba como bandera la democratización electoral del país y el respeto al voto.

Madero llegaría a la ciudad de México el 25 de febrero de 1909 a fin de dar resonancia a su libro y sus ideas. El texto fue enviado a políticos y periodistas, a gobiernistas y opositores, incluso el propio presidente recibió un ejemplar. Sin embargo, la respuesta oficial a las inquietudes surgidas no varió y el 2 de abril el Club Reeleccionista confirmó la postulación de Díaz para la presidencia y de Ramón Corral, miembro del Partido Científico, a la vicepresidencia. Quedaba

Cenador llamado de Robinson en el Tívoli de San Cosme.

claro que del dicho al hecho…

Para entonces había adquirido cohesión un grupo de jóvenes que cuestionaba la inmovilidad política del Porfiriato. Entre ellos se encontraban los hermanos Emilio y Francisco Vázquez Gómez, Félix F. Palavicini, Federico González Garza, José Vasconcelos, Luis Cabrera, el entonces decano del periodismo de combate, Filomeno Mata, y desde luego el propio Madero. Convencidos de la necesidad de democratizar a la nación, el 19 de mayo de 1909 establecieron el Centro Antirreeleccionista de México. Durante un mes realizaron varias reuniones, lanzaron un "Manifiesto", fundaron un órgano informativo: *El Antireeleccionista* y realizaron giras políticas, algo nunca visto hasta entonces. Madero y sus correligionarios visitaron varios estados del país a fin de difundir el antireeleccionismo, logrando rápidamente la atención de la ciudadanía pero también de la dictadura que comenzó a hostigarlos. No era para menos, el régimen advertía la creciente simpatía que los jóvenes disidentes despertaban y que a ellos se sumaban profesionistas, artesanos y también los partidarios de Bernardo Reyes, agrupados en el Partido Nacional Democrático, quien los había dejado sin un líder al haber renunciado a su candidatura a la vicepresidencia.

Después de las amplias e intensas giras, Madero regresó a la ciudad de México el 2 de abril de 1910 y desde su llegada tuvo días

Empleados de Comercio en el Tívoli del Elíseo

Grupo de individuos que tomaron parte en los ejercicios atléticos.

***

Vemos con satisfacción que en muchas de nuestras fiestas se introduce la lucha greco-romana.

La lucha llamada así puede considerarse la más académica y la que con más rigor se sujeta á la regla de la *main-plate*, como la llaman los franceses, que son los que han reglamentado este sport. Ya hemos dicho, al hacer historia, que lo que caracteriza la lucha es la acción de derribar al adversario en tierra sin golpes, sin sacudida y con el solo esfuerzo muscular del vencedor. La mano plana, *main-plate*, es la única arma de que se valen los adversarios. Con la mano abierta, sin agarrar, deben tratar de dominarse mutuamente los contrincantes y efectuar todas las suertes regulares necesarias para conseguir su objeto, que es derribar al contrario.

Lo que distingue la lucha greco-romana de la lucha libre ó turca, así como de la inglesa, es que sólo admite las *prises* desde la cabeza á la cintura y con la mano plana. Llámase en lucha *prise* el esfuerzo accionando sobre el adversario; literalmente, tomarle, cogerle; lo cual, como queda dicho, hay que hacer con la mano abierta.

En la lucha greco-romana, para considerarse derribado un luchador, ha de tocar con ambas espaldas el suelo.

Llámase luchador el que se dedica á la lucha ó toma parte en un asalto de esta clase. Los luchadores, como los boxeadores, han de ser de constitución atlética, y en cierto modo superior á la del boxer, pues éste requiere solamente gran fuerza de brazo, de muñeca y de puño, y resistencia en el pecho y en las piernas, mientras que el luchador, además de todo esto, necesita gran elasticidad de movimientos y una fuerza extraordinaria de brazos, para poder cargar con el adversario en las diversas suertes de la lucha.

El traje de luchador consta de calzonetes de gimnasia, pantalón de mallas, borceguíes flexibles y desnudo de cintura para arriba.

Los luchadores pueden ser profesionales ó «amateurs,» según obtengan ó no lucro en la lucha.

Como en el boxing, clasifícanse los luchadores por su peso, distinguiéndose en la lucha sólo dos clases: «pesos gordos» y «pesos ligeros.» Los primeros son los luchadores cuyo peso excede de ochenta y cinco kilos, y los segundos los que no llegan á este peso.

Levantando la pesa de 125 libras.

Las principales *prises* ó suertes de lucha son las siguientes: «cintura en cabeza,» «cintura de revés,» «cabeza á tierra,» «puente,» «corbata,» y «vuelta de cadera.» La *prise* de corbata, en algunos reglamentos, forma parte de las suertes prohibidas.

En la lucha que vimos el pasado domingo, notamos verdadera nobleza en casi todos los juegos y en los momentos más críticos de la pelea, por lo cual se debe felicitar á los que tomaron parte en ella, que de este modo han probado la buena escuela en que han aprendido, proporcionando un espectáculo en iguales condiciones de combate.

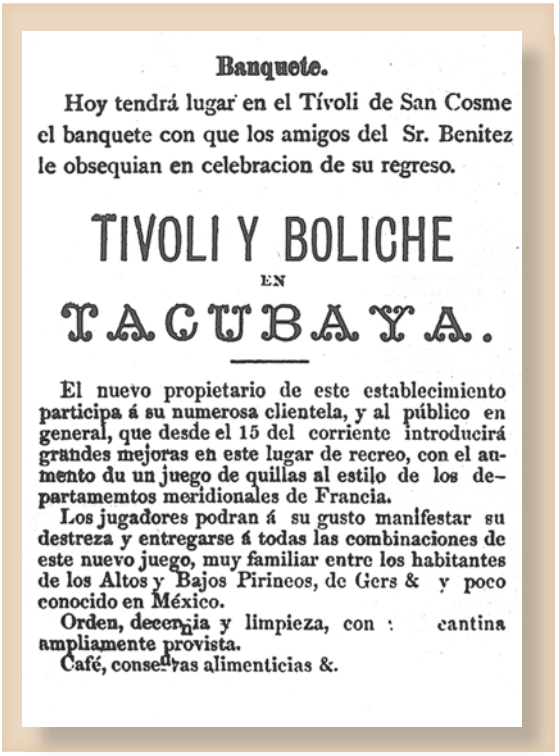
Directiva y Comisiones de la Sociedad Mutualista de Empleados de Comercio.

Fots. "Arte y Letras."

agitados: hubo de sortear una orden de aprensión en su contra por un supuesto robo de guayule, lo cual en realidad era una argucia para eliminarlo. Luego, se entrevistó con el mismísimo Porfirio Díaz (la única ocasión en que se encontraron), a instancias de Teodoro Dehesa, gobernador de Veracruz. El encuentro fue tenso, no se llegó a ningún acuerdo y lo único claro, según el propio Madero, fue la decrepitud de Díaz.

La Convención Nacional Independiente o Antirreeleccionista, también conocida como Convención del Tívoli se instaló el 15 de abril de 1910. En ella se decidirían las candidaturas a la presidencia y vicepresidencia de la república. Se eligió como sede al famoso Tívoli del Elíseo, por ser un lugar conocido y muy popular, que no sólo tenía funciones de esparcimiento sino también se había convertido en un foro de discusión política. La prensa oficiosa trató de demeritar el evento, como se constata en las notas publicadas en *El País* y *El Imparcial.* Lo cierto es que fue un éxito. Concurrieron representantes de toda la república e incluso del extranjero.

Enseguida de la instalación, se nombró la mesa directiva con José María Pino Suárez como presidente y otros como Abraham González, Roque Estrada, Alfredo Robles Domínguez, Juan Sánchez Azcona y Aquiles Serdán. Entre los trabajos realizados por la convención ese día se dio la aprobación de los "Lineamientos Generales de Política", en los que se recogían los principios del sufragio libre y efectivo. Cerca del medio día se dio lectura a una carta enviada por Filomeno Mata desde su enésimo confinamiento en prisión, la cual provocó una ovación solidaria. Para concluir esa jornada se pasó al punto central del día, que era discutir las postulaciones a la presidencia de la República. Se presentaron tres candidatos, resultando electo Francisco I. Madero con 159 votos, seguido por Toribio Esquivel Obregón con



Banquete.

Hoy tendrá lugar en el Tívoli de San Cosme el banquete con que los amigos del Sr. Benitez le obsequian en celebracion de su regreso.

TIVOLI Y BOLICHE

EN

TACUBAYA.

El nuevo propietario de este establecimiento participa á su numerosa clientela, y al público en general, que desde el 15 del corriente introducirá grandes mejoras en este lugar de recreo, con el aumento du un juego de quillas al estilo de los departamemtos meridionales de Francia.

Los jugadores podran á su gusto manifestar su destreza y entregarse á todas las combinaciones de este nuevo juego, muy familiar entre los habitantes de los Altos y Bajos Pirineos, de Gers & y poco conocido en México.

Orden, decencia y limpieza, con : cantina ampliamente provista.

Café, conservas alimenticias &.

Fiesta de proclamación de los derechos del hombre, Tívoli del Elíseo (1911).

23 y Fernando Iglesias Calderón con 3.

Al día siguiente, en la segunda sesión, se dio lectura a la carta en que Madero aceptaba su postulación a la presidencia y luego se votó para determinar el candidato a la vicepresidencia. El Dr. Francisco Vázquez Gómez ganó. En la sesión final del 17 de abril, Madero y Vázquez Gómez rindieron protesta como candidatos en medio de la ovación de los delegados. Enseguida Madero leyó un discurso que era, a la vez, su programa de gobierno, señalando que su candidatura representaba los deseos de respeto a la ley, la justicia y el buen manejo del dinero público. Comentó además que se dirigiría al presidente Díaz para advertirle que debía respetar la voluntad del pueblo en las elecciones, pues era peligroso atentar contra la soberanía popular.

Esto induce a pensar que, lejos de ser un inocente observador de la realidad política y de tener la candidez que en ocasiones se le ha atribuido, Madero sí veía venir el hostigamiento, la persecución e incluso el fraude electoral. De allí que advirtiera que la movilización podría tomar un rumbo distinto al de las urnas si, como era presumible, no se jugaba limpio: […] *y si el General Díaz, deseando burlar el voto popular, permite el fraude y quiere apoyar ese fraude con la fuerza, entonces, señores, estoy convencido de que la fuerza será repelida por la fuerza, por el pueblo resuelto ya a hacer respetar su soberanía y ansioso de ser gobernado por la Ley.*

Madero, entonces, parecía tener, al menos en esos días, un plan alternativo ante el autoritarismo del sistema, sin que esto signifique estuviera dispuesto a llegar al poder por la vía de la violencia.

El programa de gobierno tiene 19 puntos, que pueden dividirse en tres secciones: la primera ceñida al orden legal electoral, donde se refuerza el postulado del sufragio libre y la no reelección. La segunda lo forman las propuestas de orden social; la libertad de prensa, más urgente por haber sido bloqueados los periódicos antirreeleccionistas, el fomento a la educación primaria y secundaria, la necesidad de otorgar pensiones y la lucha contra el alcoholismo. La tercera sección se centra en el aspecto económico y desarrollo. Madero, un empresario agrícola, subrayó la necesidad del fomento al campo mediante la creación de bancos, el uso de tecnología, riego y protección a la pequeña agricultura. No obstante, nada dice de luchar contra el latifundismo, el reparto de tierras, o el respeto a los bienes comunales de campesinos e indígenas. También propuso el apoyo a la mine-

ría, respeto al capital extranjero y nacional, aunque sin otorgar privilegios tratando de terminar con los monopolios. Asimismo es tratado el fomento a ferrocarriles, procurando mexicanizar al personal, así como hacer un manejo equitativo de impuestos. Fuera de esos tres bloques se plantea un par de objetivos más: reformar al ejército en sus formas de reclutamiento, y en política exterior fortalecer los vínculos con América Latina.

A partir de entonces se sucederían: la campaña presidencial, la persecución de la dictadura, la prisión de Madero, la consumación del fraude electoral y el inicio de la Revolución en noviembre de 1910, pero podemos considerar a la Convención del Tívoli como uno de los hechos centrales que marcaría el principio del fin de la dictadura.

Los Tívolis

Los tívolis surgieron en la segunda mitad del siglo XIX. Originalmente ocuparon algunas casas grandes de la ciudad de México, que fueron adaptadas como punto de reunión de distintos grupos sociales. Contaban con grandes áreas llenas de árboles, muy bien iluminadas. De hecho debían su nombre a los jardines de Tívoli que existieron en París a finales del siglo XVIII y funcionaban como parque de diversiones, sitios de reunión para comer, realizar paseos, escuchar orquestas y bailar. Los tívolis serían pronto los lugares por excelencia para diversos tipos de encuentro. En ellos se hacían con frecuencia reuniones de orden político, comidas de gremios y agasajos a personajes famosos. También eran escenario de fiestas carnavalescas y de disfraces y por ende espacios idóneos para el baile, el gozo y el encuentro amoroso clandestino.

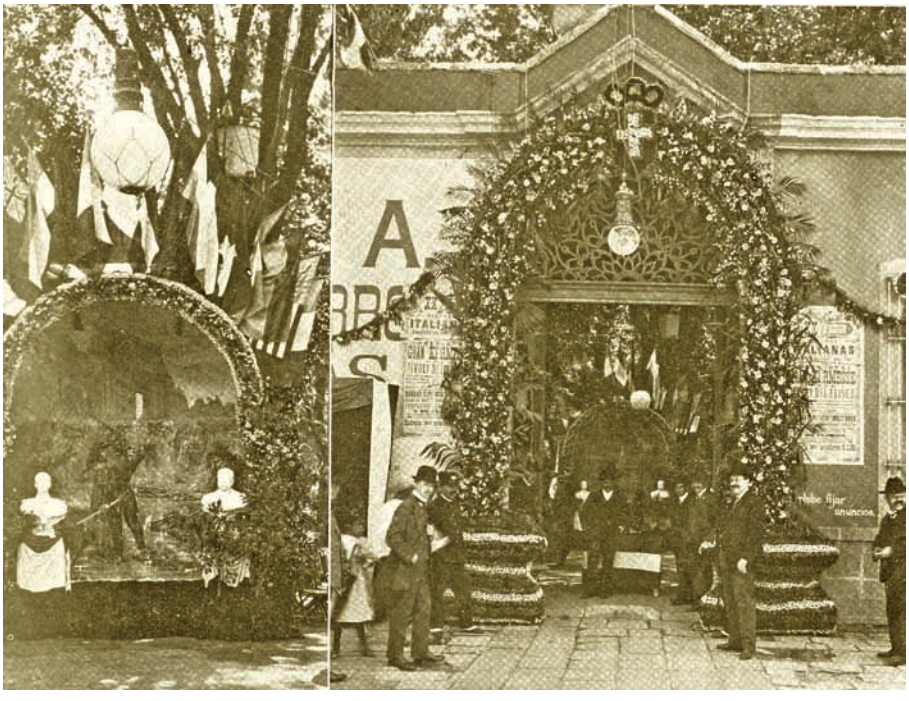
El concepto del tívoli tuvo al parecer rápida aceptación por el estilo afrancesado que gustaba a la sociedad mexicana, en oposición a lo español. Por ello era común que el menú y las bebidas fueran de origen galo. Con ello intentaba ponerse a la ciudad de México a la altura de las capitales europeas, o por lo menos percibían eso algunos de sus habitantes.

Hacia 1857 ya era famoso el Tívoli de Fortunet. Poco después se anunciaría la fundación del Tívoli del Retiro, ubicado en Tacubaya, el cual tenía espacio para fonda, café, mesa de bolos, tiro de pistola, estanque para baños de agua fría, columpios y juegos de raquetas.

Sobre el origen del Tívoli, Ignacio Manuel Altamirano comenta en su *Diario* el día 15 de agosto de 1870:

El jueves 12 del presente en la noche, Fulcheri con el objeto de celebrar la octava del 5 de mayo, iluminó espléndidamente su hermosa casa del paseo, que va a perder su prosaico nombre de Recreo mexicano, y que tomará el de Tívoli Fulcheri.

El Tívoli presentaba un aspecto encantador. Multitud de lamparitas de colores, adornaban la fachada, mientras que el interior estaba alumbrado magníficamente con gas. Una música militar tocaba



Fachada y pórtico del Tívoli del Elíseo (1909).

en el jardín.

A las ocho de la noche comenzaron a llegar numerosas familias, y aquel lugar permaneció concurrido, según sabemos, hasta las dos de la mañana.

Verdaderamente el establecimiento Fulcheri ha introducido una novedad en México, donde particularmente en el tiempo de calores se anhela respirar durante la noche, el aire fresco del campo.

Las noches de fiesta hicieron famoso al Tívoli, que era la casa de recreo de Fulcheri y que en un principio estaba en el Coliseo Viejo. Se decía que ningún otro salón de la ciudad podía competir con él en elegancia y amplitud. Había pianos en varios de los salones y sus corredores ofrecían una magnífica vista del valle.

Al popularizarse los tívolis, pronto aparecieron varios más en la ciudad de México: en la calzada de Tlacopan, hacia San Cosme, había uno, según consigna Artemio de Valle Arizpe. Otro muy famoso fue el Tívoli del Ferrocarril, ubicado en el número 33 de Puente de Alvarado, en una casa del siglo XVI que tenía un jardín muy arbolado. En 1875 la Sociedad Homeopática celebró allí, con un suntuoso banquete, el 120 aniversario del natalicio de Samuel Hahnemann.

Otro era el Tívoli de San Cosme, al parecer de carácter más popular; era muy grande pues abarcaba desde el número 92 de Puente de Alvarado hasta la calle de Ramón Guzmán. Contaba con numerosos juegos de agua, estatuas mitológicas y alegóricas, boliches y gabinetes aéreos llamados Robinson. Estos eran cabañas de madera construidas en las ramas más altas de un gigantesco fresno y ahí se servían comidas "en toda regla", se llegaba por una ligera escalera de barandal y las comidas y los vinos eran subidos por un juego de poleas. También se comía en los kioskos del jardín o en la rotonda, donde se celebraban bodas y bailes.

Durante la época de la República Restaurada en este Tívoli se reunía la llamada "bohemia literaria". Ignacio M. Altamirano, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Alfredo Chavero, José Peón Contreras, Francisco Sosa, Mariano Riva Palacio y muchos más pasaban largas horas en el café o bajo la fresca y frondosa arboleda. También aquí festejaron diversos gremios o asociaciones, como la Laterana y la Seminarista que se reunieron por el año de 1868. Asimismo, en ese año lo hicieron los masones. Federico Gamboa consigna en su *Diario* que el 26 de diciembre de 1894 se obsequiaría una comida a la prensa de México en el Tívoli de San Cosme.

También fue famoso el Tívoli de Ceballos. A él acudía la aristocracia a los conciertos que se ofrecían ahí y era lugar para que los niños bailaran y oyeran música.

En otra parte de la ciudad estaba el Tívoli de Tacubaya, cuyo dueño, para atraer clientes instaló juegos como el *boliche.* Coyoacán figuró mucho entre los lugares de esparcimiento, gracias a su tívoli. Ahí la colonia angloamericana celebraba sus *garden concerts.* También en Tlalpan se inauguró el Tívoli de San José.

Estos sitios de recreo surgieron en la provincia: en San Luis Potosí, Puebla, Ciudad Juárez y Hermosillo. Eran tan populares que en Toluca el gobierno hizo uno para los obreros con el fin de "alejarlos de los centros de vicio".

El tívoli que llegó a adquirir mayor fama y prestigio en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX fue el del Elíseo. Estaba ubicado en la calle del mismo nombre, aunque también se podía ingresar por Puente de Alvarado. Adentro había jardines con quioscos, merenderos y boliches. En él se organizaron grandes festejos para ocasiones especiales, como la recepción que se dio a la cantante Ángela Peralta, tras su retorno triunfal de Europa, en julio de 1871. Los jardines fueron entonces ricamente adornados y una gran orquesta amenizó la reunión en la que se sirvió un menú francés.

En el Tívoli del Elíseo celebraban sus fiestas

Fiesta infantil en el Tívoli del Elíseo (1897).

las colonias de extranjeros: los estadunidenses se reunían el 4 de julio para conmemorar su independencia, los franceses el 14 del mismo mes para celebrar la toma de la Bastilla, los italianos llegaron a conmemorar el aniversario de la unidad nacional, mientras que los españoles realizaban la fiesta de la Covadonga el 8 de septiembre. Ahí se celebró con banquetes y bailes la llegada del nuevo siglo.

En el Tívoli del Elíseo había un salón para patinar que era muy concurrido cuando este deporte se hizo muy popular entre todas las clases sociales y fueron muy famosas las *kermesses* por su variedad y originalidad. Había carreras a pie, en sacos, en burros y carreras de la *grenoville*, de patos, gallinas, guajolotes, cuyos, tortugas, conejos, etc. En estas carreras, nuevas en México, las damas conducían los animales, ante el regocijo general. No faltaban tampoco las piñatas y otras diversiones. Estas *kermesses* se organizaban con diferentes fines, como recaudar fondos para las víctimas de las catástrofes nacionales, inundaciones o epidemias. Era usual que a estos festejos acudieran el presidente Díaz y el cuerpo diplomático.

El Tívoli sería también un espacio para hacer reuniones de carácter político. En ellos se tejían tanto fidelidades partidarias como disidencias, reconocimientos a los logros o intrigas para contender por el poder. Una de las reuniones más célebres se dio en el Tívoli de San Cosme en enero de 1868, cuando las diputaciones de Yucatán, Tabasco y Campeche dieron un banquete al presidente Juárez y al general Porfirio Díaz, amenizado por una orquesta. Como la ocasión era muy especial Juárez dirigió un brindis por el triunfo de las armas nacionales en Yucatán y la pacificación en Campeche y Tabasco.

Otro caso famoso fue el de la Convención Antirreeleccionista que se reunió en el Tívoli del Elíseo, donde Francisco I. Madero fue nombrado candidato a la presidencia de la República y pronunció el discurso que daría inicio a su campaña electoral.

Los tívolis sobrepasaron el periodo revolucionario. Por ejemplo en 1921 el Partido Liberal Constitucionalista celebró una convención en el Tívoli del Elíseo, sin embargo poco después irían desapareciendo.

PARA SABER MÁS:

Cristina Barros y Marco Buenrostro, *Vida cotidiana. Ciudad de México 1850-1910*, México, Conaculta, 2003.

Nicolás Cárdenas García, *Francisco I. Madero*, México, INEHRM, 1985, http://www.bicentenario.gob.mx/bdb/bdbpdf/FranciscoIMadero.pdf

Juan Sánchez Azcona, *La etapa maderista de la Revolución*, México, INEHRM, 1960, http://www.bicentenario.gob.mx/bdbic/index.php?option=com_booklibrary&task=view&id=673&catid=21&Itemid=28

Francisco Vázquez Gómez, *Memorias,* http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/historia/vazquez/indice.html

La Casa del Estudiante Indígena

"un experimento psicológico-social"

(1926-1932)

SOFÍA CRESPO REYES

INSTITUTO MORA

El presidente Calles entrega la bandera a la Casa del Estudiante Indígena (1926).

La Casa del Estudiante Indígena o, como también se le llamó, Internado Nacional Indígena, fue un proyecto educativo presentado en la clausura de la campaña electoral de Plutarco Elías Calles, en junio de 1924, como *el más grande experimento psicológico–social* que realizaría el nuevo gobierno, dirigido a incorporar a los grupos indígenas a la *vida civilizada*.

Se trataba de reunir en la ciudad de México a *indios varones de raza pura*, originarios de comarcas con densa población indígena, que hablaran una lengua autóctona y contaran con *inteligencia, vigor físico y salud*. Los jóvenes seleccionados recibirían instrucción primaria y la enseñanza de un oficio manual, agrícola o industrial. Una vez concluidos sus estudios regresarían a sus comunidades como líderes y gestores del desarrollo, enseñando las formas de vida *civilizada y moderna* que las motivarían a salir del *atraso* en que se hallaban.

Pese a que hubo diversos proyectos dirigidos a la incorporación de estos grupos durante el decenio de 1920, la Casa del Estudiante Indígena sobresalió por sus objetivos: *anular la distancia evolutiva que separa a los indios de la época actual, transformando su mentalidad, tendencia y costumbres*, probar su capacidad intelectual por medio de la educación, promover una *solidaridad étnica* que animaría a los alumnos a volver a sus pueblos a enseñar y fomentar el *alma nacional* en sus *hermanos de raza*.

El plantel se inauguró el 1º de enero de 1926 —sin acto político alguno—, con 200 alumnos, cuyas edades oscilaban entre los 11 y 19 años, procedentes de 27 grupos indígenas. El plantel se encontraba en la Calzada la Verónica núm. 85, colonia Santa Julia, Tacuba. El doctor José Manuel Puig Casauranc, secretario de Educación Pública, cuenta en *La casa del estudiante indígena. 16 meses de labor* (1927) cómo se pretendió que el lugar fuera *sobrio y de buen gusto* y que se dio un énfasis particular a los espacios amplios, ventilados, *higiénicos* y bien iluminados, para acostumbrar a los alumnos a vivir en un ambiente sano y limpio, distinto del *jacal* al que –dice– estaban acostumbrados.

Joven huichol y su padre al llegar a la Casa del Estudiante Indígena.

Segundo grupo de alumnos tarahumaras procedente de Norogachic, Chih.

Sin embargo, las condiciones del edificio y el barrio no eran lo que se pretendía. Según el informe del doctor Gabriel Olvera, médico escolar a cargo de revisar la higiene y la salud de los internos, la colonia Santa Julia y, en particular, las calles colindantes a la Casa del Estudiante Indígena, se encontraban llenas de *inmundicias* por la falta de drenaje y porque los inquilinos cercanos se veían obligados a convertir la calle en un estercolero, por carecer sus casas de sanitarios. La avenida Río Consulado, al oriente del plantel, no recibía la atención adecuada, pues en tiempo de secas era un *excusado público*.

Tampoco el interior del Internado se hallaba en buenas condiciones. Pese a ser un proyecto presidencial, no tuvo el esperado apoyo económico, en gran medida por la crisis internacional que produjo la caída del precio de la plata en 1926 y la reducción del presupuesto público causado por el costo de la guerra cristera. A pocos años de la inauguración, el edificio ofrecía un estado lamentable: muros cuarteados, pisos de madera en mal estado o destruidos, ventanas con vidrios faltantes, patios y jardines descuidados. En lo concerniente al mobiliario y la ropa de casa, las almohadas y las colchas lucían sucias y raídas y en el comedor faltaban sillas y manteles en tanto que la mayoría de los alumnos carecía de cubiertos.

El día normal de los estudiantes implicaba la rutina siguiente: levantarse a las cinco y media de la mañana para hacer gimnasia, tomar un baño y desayunar, y a las siete y media salir rumbo a las escuelas públicas cercanas, donde trataban con jóvenes no indígenas.

El regreso era a la una de la tarde, para comer y descansar un par de horas. De tres a cinco y media había instrucción técnica en los diversos

Alumnos en el taller de herrería.

talleres de la misma Casa. Seguían ejercicios sencillos, como marchas; la cena a la seis y media; convivencia y elaboración de las tareas con ayuda de los profesores. A las nueve de la noche, todos se retiraban a los dormitorios.

Los alumnos se hacían cargo de lavar, coser y remendar su ropa y limpiar sus zapatos, la confección de sus gorras, el aseo de los dormitorios y tendido de las camas, lavar los trastes, servir la mesa, el riego de los prados y cultivo de hortalizas, limpiar el estanque, barrer el plantel y las calles adyacentes, entre otras actividades. Se pretendía que, al volver a sus comunidades, lo hicieran con *la necesidad adquirida de dormir en cama limpia, de vestir con aseo y decoro, de alimentarse de forma sana y llevar, además, algunos conocimientos para sacar el mayor provecho posible de los elementos que les ofrezca el medio en que viven, será la mejor levadura para la incorporación*.

Casi desde el inicio se reconoció que el proceso de incorporación no sería fácil por el atraso de los internos. Con todo, se encomiaba su capacidad para salir adelante y aprender rápido, como lo indicaban los reportes recibidos de las escuelas públicas a que asistían. Se aceptó que el número de estudiantes que se beneficiaba de la institución era relativamente pequeño, pero bastaba –se pensó–, ya que procedían de casi todos los grupos étnicos de la república. Se dejó en claro que estos jóvenes poseían *grandes facilidades para adaptarse al medio en general, igual en todos, ya que procedan de lugares distantes o cercanos a las ciudades o de pueblos ubicados en valles o en regiones montañosas* y se concluyó que se había logrado un primer objetivo: demostrar con argumentos científicos que los indígenas podían ser civilizados. Se consideró su pronta adaptación a la vida urbana como un triunfo.

Sin embargo, el proyecto no tendría los resultados esperados. Muchos de los internos se nega-

Taller de curtiduría.

Carpintería.

ban, al término de sus estudios, a regresar a sus pueblos y a convertirse en *agentes de cambio*. Les interesaba permanecer en la ciudad y continuar con su formación o trabajar en alguno de los oficios aprendidos. Para los inspectores de la institución, esto constituyó un fracaso. La solución que se propuso y entró en vigor en 1928 fue una Escuela Normal Rural en el mismo plantel, con el fin de forzar la reintegración de los alumnos a sus comunidades.

Los cursos de preparación para el magisterio rural tendrían una duración de dos años, al igual que en las normales rurales del interior. Las materias del plan de estudios eran lengua nacional (español), aritmética, historia, geografía y civismo, además de ciencias naturales y estudio de la vida rural en el primer año; y geometría, conocimiento del niño, organización social para mejoramiento de comunidades y técnica de la enseñanza en el segundo.

La Normal Rural capitalina se inauguró el 1º de febrero de 1928, con 64 alumnos divididos en dos grupos. Éstos recibían una *educación integral*: académica y también industrial, ya que tomaban parte en talleres de curtiduría, jabonería, carpintería, industria de la leche, sericultura, conservación de carnes y vegetales, horticultura, jardinería, apicultura y avicultura. Algunos tenían lugar en el mismo plantel, otros en la Escuela Nacional de Química de la Universidad Nacional, la Escuela de Maestros Constructores o la Compañía de Luz. Se consideraba que este aprendizaje ofrecería a los futuros maestros rurales la doble ventaja de ser un medio para transmitir conocimientos y de ayudarles a mejorar las condiciones económicas y sociales de los pueblos indígenas.

A partir de entonces, las actividades del establecimiento se abocaron a formar maestros que serían líderes sociales, que de acuerdo con las políticas educativas del gobierno posrevolucionario, atenderían tanto a campesinos como indígenas y tendrían la ventaja de conocer varias lenguas, costumbres y hábitos de las comunidades.

Para asegurar a los alumnos un trabajo en el magisterio y la opción de llevar a la práctica todo lo aprendido en la Casa y en la Normal, se les pediría que, una vez egresados y de nuevo en sus lugares indígenas, enviaran un informe mensual.

Las metas eran muy elevadas y no se lograron. El profesor Manuel Mesa Andraca recibió la comisión, en 1932, de hacer un análisis sobre la institución y plantear su futuro posible. El informe sostuvo que la incorporación del indio a la *civilización mexicana* sería un golpe mortal para su cultura. Hizo notar que los jóvenes internos se negaban a volver a sus poblados, concluyendo que el hecho de haber residido en la Casa del Estudiante había malogrado *el propósito de crear elementos de influencia en las comunidades rurales y factores decisivos en su mejoramiento y progreso*. A

juicio del profesor Mesa la educación impartida por la Normal Rural de la ciudad de México era deficiente, desalentaba el criterio propio de los alumnos e impedía, por su emplazamiento urbano, el objetivo principal de las normales rurales: la *convivencia y la unificación del alma nacional*.

También la enseñanza técnica allí impartida constituía un fracaso, en la medida que por haberla recibido los alumnos se negaban a regresar a sus comunidades. Había un índice importante de fugitivos, pues muchos estudiantes no toleraban la vida en la capital y huían o desertaban. El informe concluía que lo más sensato era que la incorporación de los grupos indígenas a la *vida civilizada* debía llevarse a cabo en los mismos pueblos, pues vivir en la ciudad incapacitaba a sus integrantes para *entender, sentir y resolver los problemas del indio*.

ALUMNOS HUICHOLES.

El fracaso de este *experimento psicológico-social* dio lugar al cierre de la Casa del Estudiante Indígena en 1932 y que el presupuesto que se le había destinado se utilizara para fundar tres internados indígenas, que se localizarían en Oaxaca y Chihuahua.

La fundación del Internado Indígena implicó que a los jóvenes estudiantes allí alojados se les tratara como hojas en blanco. Al ser separados de sus comunidades, la intención era llenarlos de formas culturales, tales como el aprendizaje del idioma español, la higiene, los oficios industriales y la ideología revolucionaria, para extirparles las prácticas culturales que –hasta entonces– los mantenían en el atraso.

No obstante que la Casa del Estudiante Indígena pretendía borrar en las clases alta y media de la ciudad de México la imagen del indígena como atrasado e inferior, no se previó que la relación de los alumnos con sus comunidades cambiaría de forma tan sustantiva y que, al percibir su cultura como arcaica y desventajosa, ellos prefirieran apartarse y se negaran a pisar de nuevo su terruño. Tampoco la Normal Rural consiguió evitar el desarraigo de los jóvenes que quisieron convertirse en maestros, ya que al programa, en la práctica, le faltó eficiencia: los estudiantes fueron pocos y, si bien se sabe que al término de su carrera magisterial, obtuvieron una plaza de maestros rurales, se desconoce cuántos continuaron con su vocación y el impacto que tuvieron en los pueblos.

En suma, el peso que se dio a la Casa del Estudiante/Normal Rural equivalió a alejar a los alumnos de su ambiente natural y familiar para acercarlos a la "civilización", empleándolos como conejillos de Indias en un proceso violento de aculturación que derivó en su desarraigo y resultó en el fracaso del proyecto que quiso hacer de ellos los agentes del cambio en sus comunidades.

PARA SABER MÁS:

ENRIQUE FLORESCANO, *Etnia, Estado y Nación*, México, Taurus, 2002.

MANUEL GAMIO, *Forjando Patria*, México, Porrúa, 2006.

MARTÍN LUIS GUZMÁN, *Maestros rurales* (*Obras Completas II)*, México, INERHM, 2010.

MOISÉS SÁENZ, *México Íntegro*, México, Conaculta, 2007.

BEATRIZ URÍAS HORCASITAS, *Historias secretas del racismo en México (1920-1950)*, México, Tusquets, 2007.

FORMAR LECTORES
UNA LABOR COTIDIANA

Hilda Saucedo López

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Los mexicanos, se dice, leemos en promedio medio libro al año. Este dato incierto dibuja una realidad preocupante pero de ninguna manera definitiva, estoy segura de que puede y debe cambiarse. Pero, ¿cómo desarrollar un interés verdadero por la lectura?, ¿cómo fomentar el gusto por leer?, ¿cómo propiciar un encuentro entre la literatura y aquellos quienes no tienen ni el hábito adquirido en su formación académica ni pertenecen a una tradición de lectores?, un encuentro que emule el de la chispa y la yesca.

Leer, cuando se realiza por gusto, es el acceso a realidades diversas, a universos posibles o probables, es también la fuente nutricia donde abrevamos ideas con las que podemos coincidir o discrepar al comparar con las propias. Y si leer nos lleva a reflexionar es claro que nos ofrece la posibilidad de ser cada vez mejores como personas y también ser capaces de acceder a un mejor nivel de vida.

Finalmente, estamos sembrando en la tierra más fértil escuché un día y me propuse probar que era cierto. Trabajaba entonces en un poblado al cual, de ranchos esparcidos en la árida serranía, llegaban cada mañana a la casa ejidal acondicionada para utilizarse como escuela, algunos niños y niñas, yo atendía al primer año. Todos tenían responsabilidades sin fin dentro de sus familias y ninguno podía leer un renglón completo (nunca habían leído en voz alta), uno que iba de un rancho particularmente lejano ni siquiera conocía todas las letras.

Los alumnos y yo debíamos cumplir con un programa muy extenso, una cantidad increíble de páginas por leer y comprender y ejercicios por realizar en cuarenta minutos, luego de la emisión del tema televisado de 20 minutos. Una misión casi imposible.

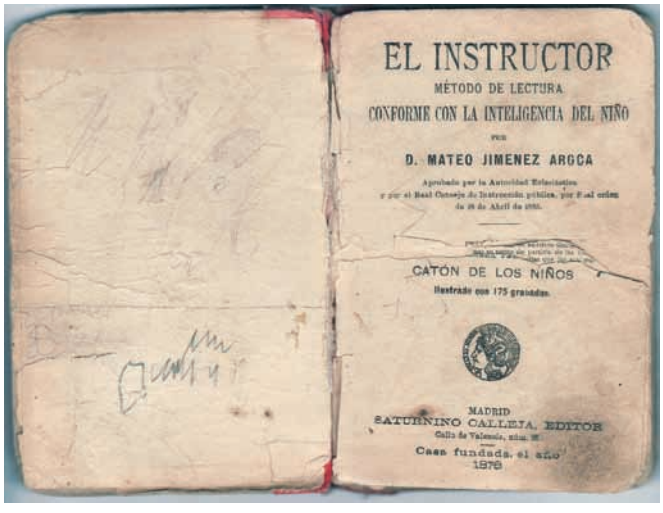
La meta era el aprendizaje de los temas, pero antes era indispensable que aprendieran a leer, y para ello los chicos necesitaban conocer todas las letras y su sonido, leer las frases, las oraciones, los párrafos y entender el contenido, explicarse los conceptos y finalmente tomarle gusto a la lectura. Todo mientras el año lectivo iba ya caminando.

Ese primer día de clase, luego de la sorpresa, realicé un diagnóstico individual: cada alumno leyó en voz alta uno o dos renglones de su libro

de texto con la solemnidad que el caso ameritaba. Prohibí realizar ruidos que denotaran la más leve burla. Al intentar leer, a unos les lloraron los ojos por el esfuerzo, otros lloraron ante su incapacidad.

Necesitaba una idea eficaz y veloz. ¿Cómo combinar disciplina, constancia, placer, curiosidad, esparcimiento, con equidad y honestidad para no ahuyentarlos o fracturar al grupo?

Enumeré unos cuantos puntos de disciplina no sólo para los alumnos, también para mí: jamás, por ningún motivo habría una burla ni un regaño por un logro no alcanzado, las llamadas de atención se circunscribirían a la disciplina y el respeto, quedó proscrita cualquier exclamación que denotara la percepción de un fracaso, aunque este fuera real e inminente. El respeto es necesario, la aceptación de las deficiencias todavía más.


EL INSTRUCTOR

MÉTODO DE LECTURA

CONFORME CON LA INTELIGENCIA DEL NIÑO

POR

D. MATEO JIMENEZ ARGCA

CATÓN DE LOS NIÑOS

Ilustrado con 175 grabados

MADRID

SATURNINO CALLEJA, EDITOR

Casa fundada el año

1876

Dado que en los planes de estudio no figuraba un tiempo específico para la lectura, la actividad tendría carácter extracurricular, sin calificación, su inserción entre las horas de clase obedecería a la posibilidad de dejar libres unos minutos.

La tarea comenzó ese mismo día. En los lapsos entre una clase televisada y otra leían a coro en el libro de texto de la clase recién vista intentando hacerlo de manera simultánea. No lo consiguieron.

En los días siguientes la lectura en coro siguió siendo la actividad básica. Al iniciar cada materia los conceptos se leían en coro y voz alta. Con el paso de los días adquirieron soltura pero, sin comprensión, no era útil.

Unas semanas más adelante la lectura en coro durante la clase de español se realizaba despacio y atendiendo a un suave golpe en el escritorio con el que yo marcaba las pausas, todas: las de comas, dos puntos, punto y seguido, punto y aparte, y punto final iguales. Cuando ya eran capaces de detenerse sincronizadamente, vino el ejercicio de la entonación que distinguía a cada una de ellas, una vez aprendida se aceleró el ritmo de la lectura. Pues como lo enseñó Mijail Bajtín, teórico y crítico literario de origen ruso, quien realizó estudios de la obra de Dostoievski, la entonación (por supuesto) le da sentido al texto.

Fue en esta etapa en la que uno a uno, empezaron a comprender el contenido de los textos. Algo cambiaba en su interior al descubrir que el texto realmente "les decía" algo, la expresión de alegría y sorpresa en sus rostros, semejante a la apertura de la corola de una flor, se repitió sin excepción en cada chico.

Durante unos pocos días se siguió con la lectura en coro. Las participaciones para explicar o preguntar entre ellos eran tími-

W.-A. Bougue-reau: "La lección difícil" (1884).

das, sin embargo, adquirieron seguridad para completar, corregir o refutar lo escuchado. Era evidente el inicio del proceso de construcción de significados a partir de la lectura.

Quedaba por lograr lo verdaderamente importante: tomarle gusto a la lectura. Leer para disfrutar, para imaginar, para ampliar las ideas, los sueños, para encontrar que hay otras personas con inquietudes, dudas, y hasta respuestas similares, además de leer para instruirse o cumplir con las tareas escolares. Cuando comprender lo leído ya era posible, la lectura en voz alta tomó un giro crucial, le llamaré la *individuación*. Es decir, encontrar los temas de cada individuo y las estrategias para leer a pesar de todo.

Cada alumno tomaba un libro, cualquier libro de la minúscula biblioteca escolar. Todo el grupo leía en voz alta, cada uno atendiendo a su texto como si estuviera ante un auditorio, el estruendo duraba un minuto o un poco más, enseguida se bajaba el volumen a voz media otros dos o tres minutos, luego, más relajados y concentrados se pasaba a voz baja, susurrando. Al final, unos diez minutos en silencio.

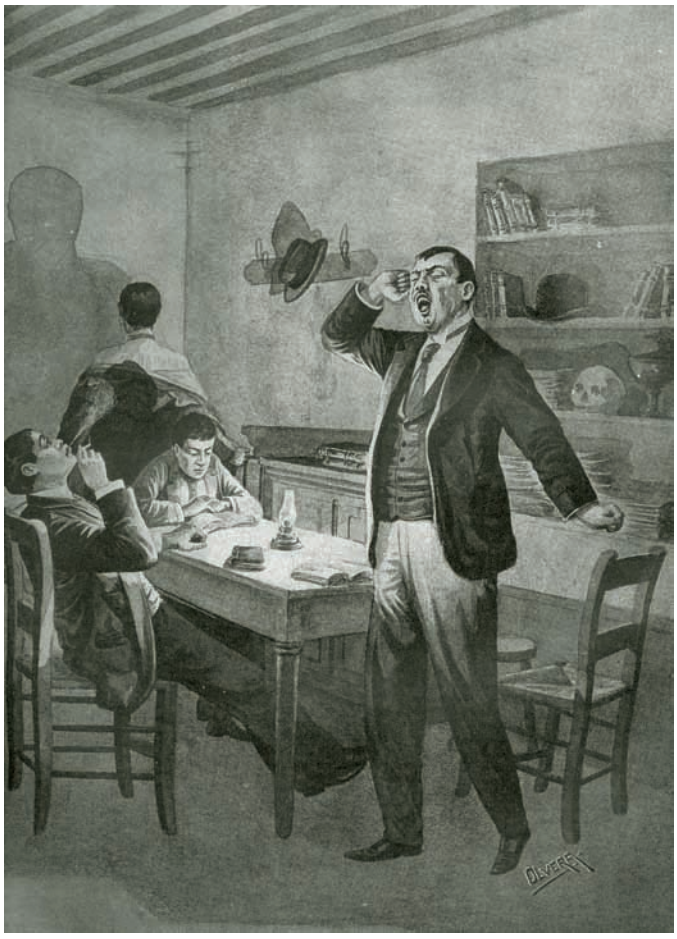
Los primeros dos minutos eran agotadores y el sufrimiento notorio, algunos alumnos no lograban concentrarse, pero enfrentarse a este tumulto, similar al tumulto de las preocupaciones cotidianas que demandan atención, les permitió a cada uno generar sus propias estrategias para aislarse del ruido y mantener la atención en el texto sin perder el hilo de la lectura. Consideré en este punto, completada la adquisición de las herramientas básicas.

Estaban listos para lanzarse a la aventura de disfrutar el placer de leer: la lectura era individual y podía iniciarla cada alumno al concluir el ejercicio de la clase en turno. Tenían acceso a obras literarias, obras de consulta, diccionarios y revistas como *Información científica y tecnológica* y *Ciencia y desarrollo* del Conacyt, y *Mundo Científico*. Había en aquellos años muy pocas (o ninguna) publicaciones específicas para jóvenes.

Durante el resto del año lectivo, habíamos llegado a la mitad del año, los alumnos llevaban un ejemplar al receso siempre que lo desearan, y sin tomar en cuenta su desempeño escolar, buena conducta ni ninguna otra restricción, todos podían pasar un buen fin de semana con un libro en casa.

El mejor ejemplo del éxito es aquél muchacho que recorría una gran distancia para asistir a la secundaria, que al principio del año no conocía el total del abecedario y quien, una vez que aprendió a leer y a comprender la lectura, realmente adquirió el hábito pues llevaba a su casa libros todos los fines de semana, algunos eran obras literarias como novelas o cuentos, otros eran libros de consulta entre los que hubo un grueso libro de química que, él mismo decía, de principio a fin hacía volar su imaginación.

Años más tarde, luego de his-



"Entre estudiantes: a dormir" (1898).

torias similares y de fracasos sin cuenta, cuando mi vida había girado varias veces y ya no laboraba en el magisterio sino en una empresa pequeña, conocí a Eva, una empleada de 32 años, abandonada por el marido, maltratada por su familia, y atrapada en la realidad de mantener con un salario mínimo a dos hijos, uno en secundaria y otro en primaria. La escolaridad de Eva, dijo, era de "carrera comercial" sin preparatoria.

La contratamos para cubrir el puesto de mensajera solamente porque de las entrevistadas fue la única que aceptó el bajísimo salario, lo cual señalaba su situación desesperada. Encontré varios problemas serios porque era diligente pero no sabía leer, no entendía, le ponía sonido a las letras sin saber lo que significaban juntas, entraba en la definición de *analfabeta funcional*, que es quien no comprende la prosa aunque pueda emitir el sonido de cada letra. Yo escuchaba como única respuesta ante cualquier contingencia un "no sé" real. Podía despedirla porque no era útil en el puesto, podía indicarle cada vez detalladamente lo que debía hacer a riesgo de que se equivocara y me costara valiosísimo tiempo, pero también podía enseñarle a leer, a desarrollar habilidades y de paso, podía ganar un lector más. Decidí que en esta vuelta de la vida volvería a armar un plan. Esta vez suave, laxo, pero a la vez arropador y estimulante.

Durante algunos meses de plática me dediqué a conocer todo aquello que me permitía sobre su vida y su historia. Poco en realidad. Lo principal fue que no le gustaba leer porque le aburría, le provocaba dolores de cabeza o sueño, y sus obligaciones como ama de casa no le dejaban tiempo para perderlo con "esas cosas que no sirven para nada". Muy duro su juicio. Muy grande mi reto.

También en esta ocasión lo primero y más importante fue definir las particularidades del trato que ella habría de recibir. El respeto, como siempre, es imprescindible. Jamás una burla hacia una manifestación de ignorancia sobre cualquier

"Vendedor de libros".

tema, ni un mínimo mohín. Jamás ningún desprecio ni discriminación por su forma de vivir ni de conceptualizar la vida. Total disposición para escucharla sobre el tema que deseara hablar. Jamás tomar una actitud de superioridad mientras el motivo de nuestra interacción fuera personal.

Le llevé libros sobre temas que no sabía si pudieran interesarle. Los elegí solamente por tener letra grande, de lectura ligera y de autores contemporáneos y reconocidos. Antes los releí (todos eran obras que yo había leído tiempo atrás) con el fin de platicarle algunos pasajes interesantes, leerle un poco o hacerle una breve y colorida reseña; si conseguía interesarla un poco, se lo ofrecía en préstamo.

Cada libro que se llevaba lo leía un poco para probar si era de su agrado, hacía preguntas sobre el autor, sobre el tema o los temas, sobre la belleza o fealdad de las poesías, como todavía no usaba diccionario también sobre el significado de algunas palabras. Nunca se sintió presionada pues tuvo la total libertad de devolverlos sin terminar en caso de que no le gustaran y podía cambiarlo por otro y repetir el proceso. Devolvió sin terminar una gran cantidad, pensé algunas veces que fracasaría.

Bolería.

Pero finalmente encontró uno que la atrapó y lo leyó y comentó con entusiasmo, sin embargo, al terminarlo y devolverlo no solicitaba otro, todas las veces yo se lo ofrecía, la mayoría con una reseña entusiasta antes de que se lo llevase y con la treta de platicarlo, prometerlo y no llevarlo durante algunos días con la esperanza de que al llegar a sus manos ya estuviera muy deseado y esperado.

Casi imperceptiblemente su gusto por la lectura se convirtió de una actividad para "matar el tiempo" en las horas muertas de traslados y antesalas, en una actividad que ejecutaba con gusto en cualquier lugar pero sobre todo en casa y de acuerdo a sus frecuentes comentarios, compartida con sus hijos.

Luego de varios años, ya que sigue laborando en la misma empresa, la lista de los libros y

autores que ha leído, disfrutado y comentado no cabe en estos párrafos. Sé ahora que prefiere la narrativa y el ensayo, aunque también lee poesía y revistas sobre ciencia, siempre está enterada sobre cuestiones políticas y no hay tema que le interese del que no busque información.

Su vida se ha enriquecido, en sus propias palabras, "su experiencia del mundo se ha ampliado porque conoce, mira y casi palpa aquello acerca de lo que sus lecturas tratan", pero también se han diversificado y afinado sus opiniones sobre lo cotidiano. Sigue batallando día a día al educar a sus hijos pero ahora suele ver el problema e idear soluciones posibles sin sentirse agobiada.

La lectura, a despecho de su primera opinión, en ella sí ha servido. Entre los logros personales que consiguió fue modificar su imagen de "mujer sufrida" incapaz de atar dos ideas coherentes y ser víctima siempre de una realidad incomprensible, a la de "mujer capaz" de planear inteligentemente su vida y su futuro. Ahora tiene una relación sana con su familia de origen pues se liberó del yugo sin romper los lazos, adquirió una enorme seguridad para guiar y aconsejar a sus hijos que, en un medio hostil y lleno de riegos, se mantienen lejos de actividades ilícitas; son, como ella, ávidos lectores y están preparándose para acceder a una mejor calidad de vida.

Los planes sobre fomento a la lectura ponderan el éxito que tendrán, se habla de logros como si promover la lectura fuera cosa de poco tiempo o pocos libros. No hay tal. Sería prudente mirar a la naturaleza que, siempre generosa, produce más semillas de las que germinarán y se convertirán en un individuo adulto. El principio vale para todo. De los intentos para formar un lector la mayoría serán fracasos, de las palabras dichas pocas serán escuchadas y de ellas, menos aún serán comprendidas. Por ello la labor personal es enorme y los resultados inevitablemente parcos, pero ya es hora de sacudirnos de encima la obligación de acertar siempre y a toda costa, de perseguir invariablemente un alto rendimiento, es momento de darnos la oportunidad de buscar aunque no encontremos, de compartir un hábito que puede transformar una vida (o pasar inadvertido), por el simple placer de leer en voz alta, de verter opiniones, de propiciar una sonrisa, de ser testigos del

momento preciso en que se ilumina una mirada.

Es aquí donde la humildad es la mejor medicina. Cada uno transmitirá sus hábitos, hablará sobre sus gustos y pondrá su mayor esperanza en que fructifique a sabiendas de que no hay garantías, de que tal vez la literatura siga siendo para la élite, de que la realidad violenta opaque a lo mejor de nuestra realidad.

Entre los posibles futuros lectores ninguno está obligado a creernos, ni a seguirnos, y sobre todo, no tenemos derecho a discriminar al otro porque no le gusta leer. Pero tampoco podría servirnos de justificación fracasar dos, seis, diez veces antes de ver premiado nuestro esfuerzo.

La lectura es una actividad que humaniza, una vez adquirido el hábito y sin importar la edad a la que se adquiera se convierte en indispensable, sin el cual no volvemos a sentirnos completos. Pero a pesar de ser casi mágico y totalmente personal podemos desmitificarlo para ser capaces de mirarlo de frente y saber que compartirlo, fomentarlo, contagiarlo debe, no sólo puede, ser una labor cotidiana, indispensable, como respirar. Y también desacralizar los lugares construidos para llevarse a cabo pues no es necesario tener una biblioteca a mano, ni un lugar 'especial' para leer, ni siquiera dinero para adquirir libros.

La educación, y el gusto por la lectura, no viene sólo de casa, otros ámbitos cumplen esa función voluntaria o involuntariamente, con programa o sin él, con conciencia o inconsciencia. Algunos ámbitos mejoran lo iniciado en casa, otros llenan el vacío.

PARA SABER MÁS:

Encuesta nacional de lectura http://odiseo.com.mx/marcatexto/2007/03/mexico-encuestanacional-de-lectura/ pp. 129-133.

DANIEL GOLDIN, *Los días y los libros. Divagaciones sobre la hospitalidad de la lectura*, México, Paidós, 2006.

DANIEL PENNAC, *Como una novela*, Barcelona, Anagrama, 1993.

Memoria de mi infancia

Joaquín Moreno

D. T. Egerton: "Valle de Puebla" (1840).

La historia de la infancia mexicana ha merecido pocos estudios. Si bien el campo se ha abierto en los últimos años y cuenta ya con varios trabajos de nivel académico excelente, éstos se concentran, sobre todo, en los niños del Porfiriato y la Revolución mexicana. En tal sentido, el testimonio que ofrecemos a continuación tiene un gran interés, pues aborda la vida de Joaquín Moreno, quien sufrió los efectos del abandono de su padre, cuando éste se incorporó a las filas de la guerra de Independencia y su hijo era aún tan pequeño que a su vuelta no lo pudo reconocer, de la prematura muerte de la madre, agobiada por las carencias y el cuidado de varios hijos, que entonces comenzaron a rodar de casa en casa, entre familiares o conocidos.

¿Quién era Joaquín Moreno? Un desconocido, uno de tantos mexicanos que pasaría inadvertido de no ser porque gustaba de llevar un diario y éste no fue destruido a su muerte, sino que cambió de mano en mano hasta ir a dar a un puesto de libros viejos. Allí lo descubrió un bibliófilo, quien permitiría su publicación por Genaro Estrada, entonces director del Archivo Histórico Diplomático Mexicano en el año de 1923. Sabemos así que Moreno llegó a ser el escribiente de la legación de México en Francia cuando Lorenzo de Zavala fue el enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del primer gobierno de Antonio López de Santa Anna (1833-1835). Sus anotaciones de ese lapso ofrecen la mirada viajera de un mexicano sobre Nueva York, París y Roma y se extienden hasta marzo de 1835, cuando regresó al país. Moreno se pierde después en las tinieblas de la historia, pero antes nos proporcionó, sin quererlo, y por lo mismo fresco y auténtico, un relato de los negocios de tierras texanas de Zavala, que explican las razones por las cuales se convirtió en el primer vicepresidente de Texas, la conocida entonces como República de la Estrella Solitaria.

Joaquín Moreno había nacido en la villa de Jalapa, intendencia de Veracruz, hacia 1808. Al quedar huérfano de madre y sin aparecer el padre, fue recibido por un pariente, quien le educó con gran

Detalle de exvoto (siglo XIX).

severidad. Sin recursos, estudió como colegial de beca*, hasta que pasó a la tutoría de su cuñado, que le trataba muy mal. El regreso de su progenitor, al término de la guerra de Independencia, no le significaría alivio alguno, hasta que, con aproximadamente unos 18 años de edad, él decidió tomar las riendas de su vida y comenzó a trabajar.*

El fragmento que presentamos a continuación forma parte del titulado Diario de un escribiente de legación*, uno de los escasos testimonios existentes acerca de la vida de un niño de clase media durante la década de la insurgencia y los primeros años del México independiente. Ilustra la vida de un pequeño que, por la ausencia y la irresponsabilidad del padre, enfrentó no sólo una situación socioeconómica difícil, sino abandono y maltrato. No obstante tuvo la oportunidad de estudiar, siendo la escuela el eje de su vida, siempre con referencia a la iglesia: clérigos, jesuitas, mercedarios, etcétera. Oigamos pues a Joaquín contándonos su historia, cuando era un joven* escribiente de legación.

Ana Rosa Suárez Argüello
Instituto Mora

Trajes infantiles hacia 1820.

[…] qué vida tan llena de aventuras la mía y cuán incierta ha sido siempre mi suerte. Tuve la desgracia de ser hijo de padres pobres; en lo más tierno de mi infancia, a los dos años, quedo abandonado del autor de mis días, lo mismo que madre y tres hermanas niñas, porque le fue indispensable reunirse a las filas americanas en que estaba tan comprometido. ¡Qué de trabajos no soportó mi madre hasta su última hora por procurar a sus hijos una miserable subsistencia y muy mediana educación! El peso de tantos trabajos, aunque en los últimos años ya le prestaban algún auxilio mis jóvenes hermanas y un hermano suyo, ya para procurarnos juntamente con sus padres la subsistencia, ya que para nuestra educación, para mal vestir, juntamente con las continuas meditaciones de nuestro porvenir sin auxilio, le arrancan la vida y quedo huérfano a los diez años de edad, en poder de un tío materno, una abuela y dos jóvenes hermanas, sin más capital que el golpe de haber perdido a una admirable y ejemplar madre […].

El padre don Alejandro Campos, de 97 años de edad, que era compadre de mi madre y padrino de la hermana que murió, y que nos daba el auxilio en casa, recogió a mis dos hermanas y yo quedé con mi tío, que para procurarnos a su madre y a mí la subsistencia, estaba obligado a sacrificarse día y noche en pintar. Al año murió mi abuelo y mis hermanas cuidaban de que fuese a la escuela cuando vino una orden terminante de un padre don José Santos Coy [superior de los frailes mercedarios], residente en Puebla y propietario de dos haciendas y una casa, que no sé con qué título se decía tío nuestro y con quien vivían años ha dos hermanas de mi padre, para que pasáse-

"Primera vez en clase".

mos a dicha ciudad. La idea de estar mejor y de la novedad nos hizo aceptar y ponernos en marcha, no obstante el parecer contrario del padre Campos, quien nos ofrecía no abandonarnos ni olvidarse de nosotros en su testamento.

Llegamos a Puebla el último día del año de 1819, fuimos bien recibidos y luego se nos impuso que a nuestras tías debíamos llamarles, a ejemplo de otras dos huérfanas y una prima bastarda mía, *mamita* a la una y *mamita quica* a la otra y al padre *Tata*, padrecito. Pasaron las dos semanas de miel y comenzaron los trabajos domésticos con una dureza para mis delicadas hermanas y la escuela para mí. A las otras jóvenes les llamábamos hermanas, aunque no sabíamos quiénes eran ni de dónde procedían. El padre comenzó muy pronto a usar conmigo el sistema bárbaro de azotes por travesuras muy naturales en todo niño, o porque me acostaba más tarde de lo prevenido, y era tal su vicio en azotar, que muchas veces, sin motivo, [él] lo provocaba para satisfacer su infame costumbre. En fin, al finalizar de 1820, salí de la escuela, bien honrado y con el primer premio […]. Quise abrazar el comercio; pero como dicho padre ni sabía qué cosa era ni había tomado otra educación que la de fraile mercedario, me metió en un colegio de jesuitas, quienes fueron suprimidos al mes de estar yo con ellos [1821].

El trato duro que sufrían mis hermanas y los intereses del padre se combinaron para sacrificar a mi hermana Plácida, de quince años, casándola [ese mismo año] con un tal [José Manuel] Figueroa, de bajo nacimiento y vil educación, que durante su vida dio un trato durísimo a mi

Lorenzo de Zavala

hermana y a mí, que tuve la desgracia de estar con él por las circunstancias que seguirán. Ignoro por qué causas luego que se hizo este matrimonio resolvió el padre irse a vivir a la hacienda de Santa Águeda, dejándome de colegial de beca, recomendando[me] al canónigo don Ángel Pantiga [prefecto de una academia], y mi tía la menor de niña del convento de Santa Clara. Tres meses o cuatro se pasaron de libertad para mí y de duros sufrimientos a mi hermana, sobre todo a la menor, cuando repentinamente viene una orden del padre para que se encargase de mí mi cuñado, porque él me abandonaba enteramente, haciéndome la gracia, por algunos empeños, de no crucificarme. El motivo fue dizque rompía dos pares de zapatos al mes y que andaba hecho pedazos, según le informó Pantiga. Y yo pregunto ¿quién es el muchacho que no vistiéndose más de una vez a la semana, pueda estar limpio, y sobre todo cuando éste sea vivo, fogoso y de carácter violento? Pero en fin, me fue indispensable pasar a ser propiedad de mi cuñado y empeoré bajo todos los aspectos.

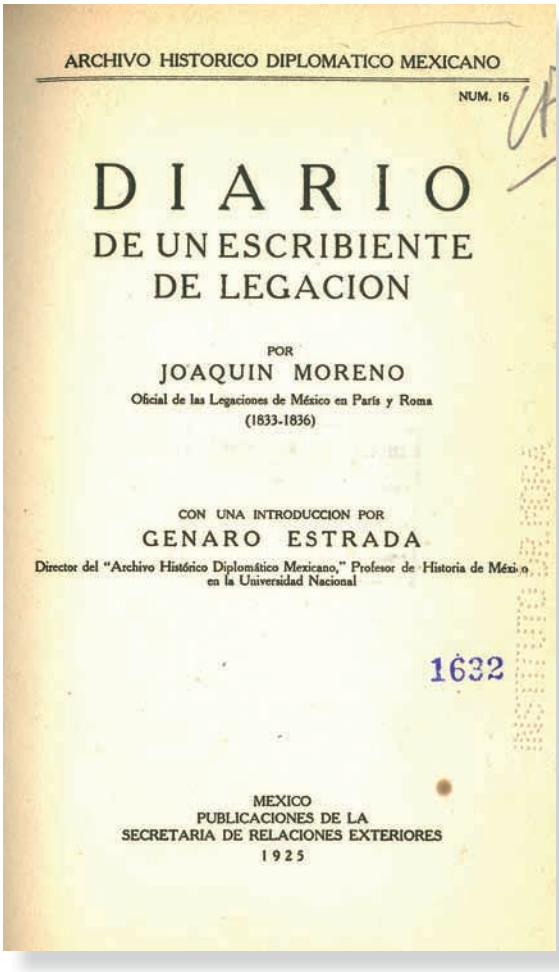
A esta razón había mal concluido la gramática latina y pasado a cursar filosofía pagándose aun la colegiatura por el padre Coy. Inútiles fueron mis continuos esfuerzos para que se empleara en otra carrera que no fuese la eclesiástica, a la que además de no tener voluntad, consideraba que la que yo necesitaba era hacerme de qué subsistir. La casualidad hizo que en fines de 1822 apareciese mi padre, no sé de dónde. La noche del 21 de diciembre se me llama a la puerta del colegio y en compañía de mi cuñado veo un hombre que decía ser mi padre. Si por su parte hubo alguna emoción al ver a su hijo, no lo sé; pero estoy seguro que por la mía no hubo más que frialdad, sorpresa e incertidumbre, pues no lo conocía. Después de una corta visita de un cuarto de hora, me dejó ofreciéndome pasar por mí el domingo siguiente. Lo hizo efectivamente y lo primero que hice fue preguntar a mi hermana si sería cierto y con disgusto percibí que tampoco ella estaba convencida. Noté dos cosas que me disgustaron sobremanera; primera que mi padre no tenía un peso y segunda, que era tan fanático como sus hermanas y el padre Coy y con harto disgusto lo acompañé la mayor parte del día, visitando iglesias y jubileos en lugar de pasearme.

Mi padre volvió a la hacienda con su familia y muy pronto volvió a establecer un taller de relojería a Puebla y sacarme del colegio, aunque no de la carrera escolástica. Todo se conjuraba, para que fuese fraile. Por dos o tres meses el trato mío mejoró, aunque la manera de vivir fuese más miserable e incierta, pero al cabo de este tiempo, volvió a desaparecer mi padre porque ni ganaba con qué podernos sostener, ni menos para pagar 300 y tantos pesos de colegiatura que se debían de dos años y medio que el padre Coy le obligaba a pagar en tales circunstancias. Aunque detestaba no sólo el maltrato de mi cuñado, sino hasta su nombre, me fue preciso quedar a su cuidado. En estas circunstancias vuelve a venir mi padre y murió el padre Coy, quedando una de mis tías de heredera de sus bienes y con menos su hermana que del convento salió para casarse y que, no obstante esto, se reconcilió con el padre Coy; las dos huérfanas se habían casado, después de haber usado [él] con una de ellas las vilezas

más inauditas y sólo por sus virtudes; la tercera que se dice mi hermana, también estaba casada, aunque por fuerza, con un tal Pastor por no casarla con Calderón, con quien se había huido de la hacienda con tal fin. De modo que quedamos reunidos como toda una familia mi tía, mi padre, mi hermana mayor, mi pretendida hermana y su marido y yo.

Viviendo todos en Puebla, en 1824 se casó por capricho y amor mi hermana con un joven llamado Guadalajara, boticario y pocos meses después, la tía, siguiendo el ejemplo del padre Coy, sin atender a los vínculos de la sangre, a que se hallaba en México y a que yo, siendo muy joven, podría servirle en sus intereses de cualquier modo que me emplease, me dijo que no podía tenerme por más tiempo, que mi manutención le era costosa y que no podía sufragarla. En tal estado me acerqué a mi hermana mayor para que me auxiliase, entre tanto escribía y recibía contestación de mi padre. Ninguna tuve y por consiguiente me encontraba en un aislamiento el más miserable.

En tal estado me resolví a sacar provecho de mi educación monástica para no estar a cargo de mi cuñado y me metí a fraile dominico, entre tanto veía qué otro partido tomaba. La vida frailesca ociosa, engendradora de todo vicio y cuyas comunidades, compuestas de la más abominable canalla, no me permitieron estar mucho tiempo y salí resuelto a unirme a mi padre, que aún consideraba con derecho a mantenerme. Marché a México y mi padre exigió de mí que continuase, ya no la carrera eclesiástica, pero sí de la abogacía y me fue preciso comenzar el estudio de la


ARCHIVO HISTORICO DIPLOMATICO MEXICANO

NUM. 16

DIARIO
DE UN ESCRIBIENTE
DE LEGACION

POR
JOAQUIN MORENO
Oficial de las Legaciones de México en París y Roma
(1833-1836)

CON UNA INTRODUCCION POR
GENARO ESTRADA
Director del "Archivo Histórico Diplomático Mexicano," Profesor de Historia de México en la Universidad Nacional

1632

MEXICO
PUBLICACIONES DE LA
SECRETARIA DE RELACIONES EXTERIORES
1925

Jurisprudencia. Un año pasé en este estudio, embarazado por la pobreza hasta que a mi padre se puso a tomar mujer, casándose con una joven de baja educación y menor edad, sin los medios de sostenerla ni a mí tampoco y ya entonces me fue indispensable procurarme mi subsistencia, abandonando a un padre a quien no me ligaban ningunas simpatías, tanto por no haberme educado a su lado como porque sus principios políticos, religiosos y morales eran enteramente contrarios a los míos, como porque también advertía por su parte mucho abandono para con su familia y sobre todo para conmigo, en que advertía una diferencia grande en creencia. Don Demetrio Miri y su mujer, amigos de mi padre y a quienes yo causaba compasión, tomaron empeño en mi suerte, valiéndose de varios modos y tretas hasta que por último fui presentado a don Lorenzo Zavala, quien me protegió, dándome un empleo de escribiente en la Secretaría de Gobierno del Estado de México, residente en Texcoco.

LA ÓPERA EN MÉXICO DEL SIGLO XIX AL XXI

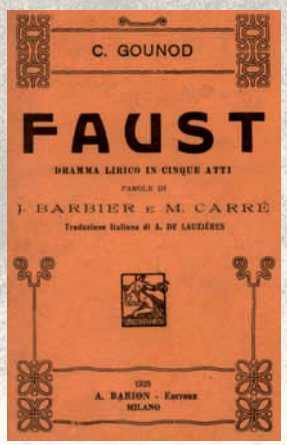
Estimado público, esta es la tercera llamada, tercera llamada. ¡Comenzamos! Un silencio se apodera del teatro. La orquesta comienza a tocar y el telón se abre para mostrar el soberbio escenario. Ante nosotros aparecen los protagonistas de esta historia que hoy en día seguimos escribiendo.

Primer acto

La acción se sitúa en los albores del México independiente, cuando en la ciudad de México son estrenadas una tras otra las óperas de Rossini. Un público de clase media y alta se aficiona al *divino arte* y tararea divertido la obertura del *Barbero de Sevilla*. Es tal el éxito del tenor español Manuel García (1827-1828), que lo seguirán los más brillantes cantantes del siglo, y otros muchos no tan famosos. Los aficionados aplauden hasta el delirio a Henriette Sontag (1854), Enrico Tamberlick (1871) y Adelina Patti (1887), mientras que los poetas les dedican odas enteras. Mención especial merece Ángela Peralta (1845-1883), el *Ruiseñor mexicano*, la primera cantatriz que muestra al mundo que su país también sabe cantar ópera.

El gusto nacional se inclina por la ópera italiana. Los aficionados escuchan, durante largas temporadas, ya sea en el Gran Teatro Nacional, el Principal, el Arbeu o el Coliseo Viejo, las grandes obras de Rossini, Bellini, Donizetti y Verdi, pero también las de Mozart, Offenbach y Wagner. Y la ópera no se oye sólo en la capital. Los habitantes de Querétaro, Jalisco, Guanajuato, Sinaloa y otros estados asisten a teatros recién estrenados para disfrutar de *Lucía de Lammermoor* o *Aída*.

Los compositores mexicanos también se hacen presentes en los escenarios: Melesio Morales, Cenobio Paniagua, Miguel Meneses y Aniceto Ortega son los principales; en algunos casos, enfrentan grandes dificultades, pues público y empresarios, en su mayoría, carecen de interés por las obras nacionales. Fue el caso de Morales, con *Ildegonda*.

Hay ópera en el teatro, la tertulia, los domingos en la Alameda, la clase de música, la literatura, los periódicos y revistas. El público ríe, llora, sufre y maldice junto con los cantantes; y, aunque a veces se niegue a asistir al teatro, las compañías de ópera no dejan de ofrecer estrenos cada vez con mayor presteza, pues la escena mexicana era entonces una de las más importantes del continente.

Se acerca el final de siglo, nuestros cantantes, teatros, compositores y aficionados se despiden.

Segundo acto

Comenzamos el siglo XX y... ¿y el teatro?, ¿qué fue del Gran Teatro Nacional (1844-1901)? Don Porfirio Díaz tuvo por buena la idea de deshacerse de él, no importando que aún no estuviera listo el Palacio de Bellas Artes (1934). Pero *el que es buen gallo, donde quiera canta*, y la ópera sigue presentándose en el Arbeu, el Esperanza Iris, el Circo Teatro Orrín y, cuando la ocasión lo amerita, el mismo Toreo (Caruso, 1919). Los mexicanos siguen yendo a la ópera a deleitarse con las voces de sopranos, tenores, barítonos y contraltos. Se interpretan notas distintas: de Puccini, Massenet, Leoncavallo y Tchaikovsky. Es el tiempo de *Madame Butterfly* y hay

óperas mexicanas como *Atzimba* (Ricardo Castro).

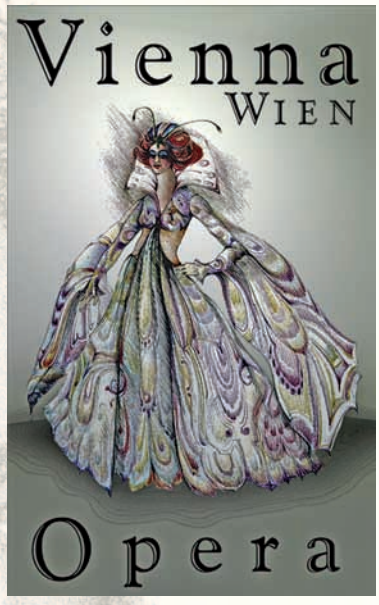
Llegan los años treinta y transcurren hasta los setenta. El mundo cambia con rapidez; las nuevas tecnologías –cine, radio y televisión– se convierten en sinónimo de entretenimiento. Si las temporadas de ópera de principios de siglo no se comparaban en cantidad con las del XIX, éstas menos. No obstante, las grandes figuras del arte lírico siguen visitándonos: la Callas (1950) y, más tarde, Plácido

Domingo, a la fecha de aparición constante.

Los músicos mexicanos siguen componiendo óperas. Carlos Jiménez Mabarak, Luis Sandi, Alicia Urreta y Daniel Catán, por referir algunos, contribuyen a formar todo un *corpus* de ópera nacional. A fines de siglo, la ópera parece recuperar popularidad entre círculos más amplios de la sociedad.

Tercer acto

El siglo XXI inicia con atisbos de progreso. Los medios de comunicación no dejan de revolucionar

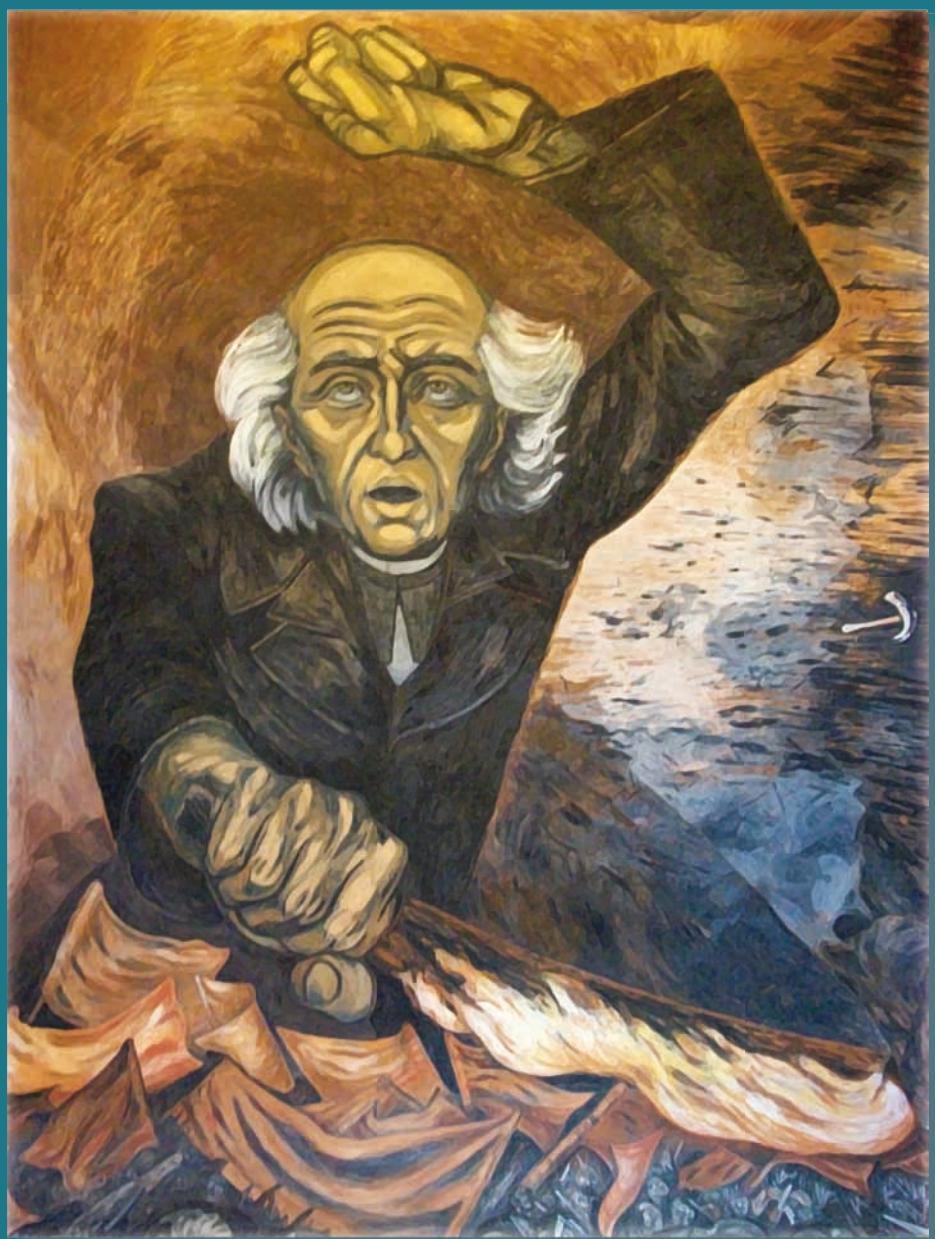


la relación entre la ópera y el público: cualquiera que cuente con una computadora y tenga acceso a internet puede disfrutar de óperas completas sin salir de casa. Y quién iba a pensar que se podía dedicar un fin de semana para ir al Auditorio Nacional a escuchar las representaciones del Metropolitan de Nueva York. Sin duda alguna, México tiene interés por la ópera; lo prueba el éxito del *reality show Ópera prima* y los llenos en el Auditorio, Bellas Artes y el Esperanza Iris.

El siglo adelanta con la esperanza de que el *divino arte* siga siendo revalorado en nuestro país y cause el mismo embeleso que a nuestros abuelos, para que su historia no termine en tragedia.

Cae el telón.

Ingrid S. Bivián
Instituto Mora



¡Muera el mal gobierno!

Irma Ramírez Orozco

Los campos permanecieron intactos, la fragua dejó de rugir, el mazo no retumbó en el yunque, las vacas fueron ordeñadas más temprano que de costumbre. Berta, como la mayoría de los habitantes de San Felipe el Real de Chihuahua, había suspendido sus labores para buscar un sitio en las dos filas paralelas que se extendían a lo largo de la villa y ahí, entre un bullicio discreto, temeroso, esperar a los reos.

La explicación de la profesora cayó como una piedra lanzada al fondo de una laguna quieta, cambiándole la vida, trastornando los pensamientos de la pequeña Evangelina. ¿Quién era Miguel Hidalgo? ¿Qué era un calabozo? ¿Por qué la seño Mague ponía esa cara tan seria al decir: "El Padre de la Patria" como si hablara de un santo muy milagroso?

Berta llegó hasta la calle principal para acomodarse en la fila, también quería observar a los reos. Su preocupación principal era que se llevaran a Federico a combatir el movimiento insurgente en la "Sección de Provincias Internas" de Durango. Otra guerra no, pensó, y trató de calmarse; sus movimientos nerviosos habían llamado la atención de un voluntario de la Compañía de Patriotas de Fernando VII, que sin casaca ni botas ni alto bicornio ni gruesas charreteras parecía tomar muy en serio su tarea de mantener el orden.

La seño Mague y las otras maestras, junto con la corpulenta directora de voz poderosa, los formaron de dos en dos, cada par tomado de la mano, para sacarlos de su mundo de jardín, de flores, de mariposas, de fuentes juguetonas con pececitos rojos, de sus primeras letras pintadas con lápices de colores y números pegosteados de engrudo; para sacarlos de aquel bosque de álamos y sauces llorones que se extendía por el inmenso Parque Lerdo; para internarlos en el mundo extraño, complicado y confuso de victorias y sufrimientos.

"Hidalgo" por Siqueiros.

Berta había conquistado un lugar en la aglomeración que se movía en un bullicio apagado. Dos días antes, don Nemesio Salcedo y Salcido, el gobernador de las Provincias Internas, había anunciado: "Verán como reos a los ladrones y forajidos que pretenden destrozar nuestros bienes, saquear y profanar nuestros templos, atropellar la honestidad de nuestras esposas y nuestras hijas, rompiendo los vínculos sagrados que nos unen a Dios, al Rey y a la Patria".

Cruzaron la Plaza Hidalgo, frente al Teatro de los Héroes. Al llegar a la gran construcción de cante-

ra a donde funcionaba el correo y subir la escalinata, conteniendo el aliento, Evangelina alcanzó a ver una puerta oscura, el calabozo era una cueva en un rincón del edificio y se dio cuenta del palpitar de su corazón y su estómago tembló de incertidumbre.

Berta había escuchado a don Nemesio decir con gran seguridad que Chihuahua era realista, que el ganadero de las llanuras, el minero de la sierra y el ranchero común no podían olvidar el apoyo de las tropas del Virrey en la guerra contra los apaches y los comanches, que el respaldo militar lo recibieron por órdenes de la Corona. Y fue al conocer la derrota del cura Hidalgo, cuando el Ayuntamiento de la Villa ordenó una misa cantada y que se iluminaron las calles en señal de júbilo. Pero Berta no sabía nada de la lucha que transcurría en el centro del país, ella, su madre y su abuela habían padecido el eterno conflicto con los pueblos indios y la lucha de sus hombres por dominarlos, por evitar sublevaciones. Ella no estaba de acuerdo con los procedimientos de Salcedo de negociar la paz para luego reprimirlos, de prometer subsidios a los indios pacificados y de pronto suspender la entrega de raciones para obligarlos a trabajar. Con la traición se recrudecía la guerra contra ellos, guerra que parecía no tener fin.

Evangelina aminoró su caminar, apretando la mano de María Rosa, que mantenía el mismo ritmo en el paso, siguiendo a sus compañeros. Faltaba poco. En la fila las pausas se hicieron más frecuentes. Miró una estrecha escalera que se torcía como una trenza; cada alumno bajaba solo, aunque intentando no despegarse de su compañero.

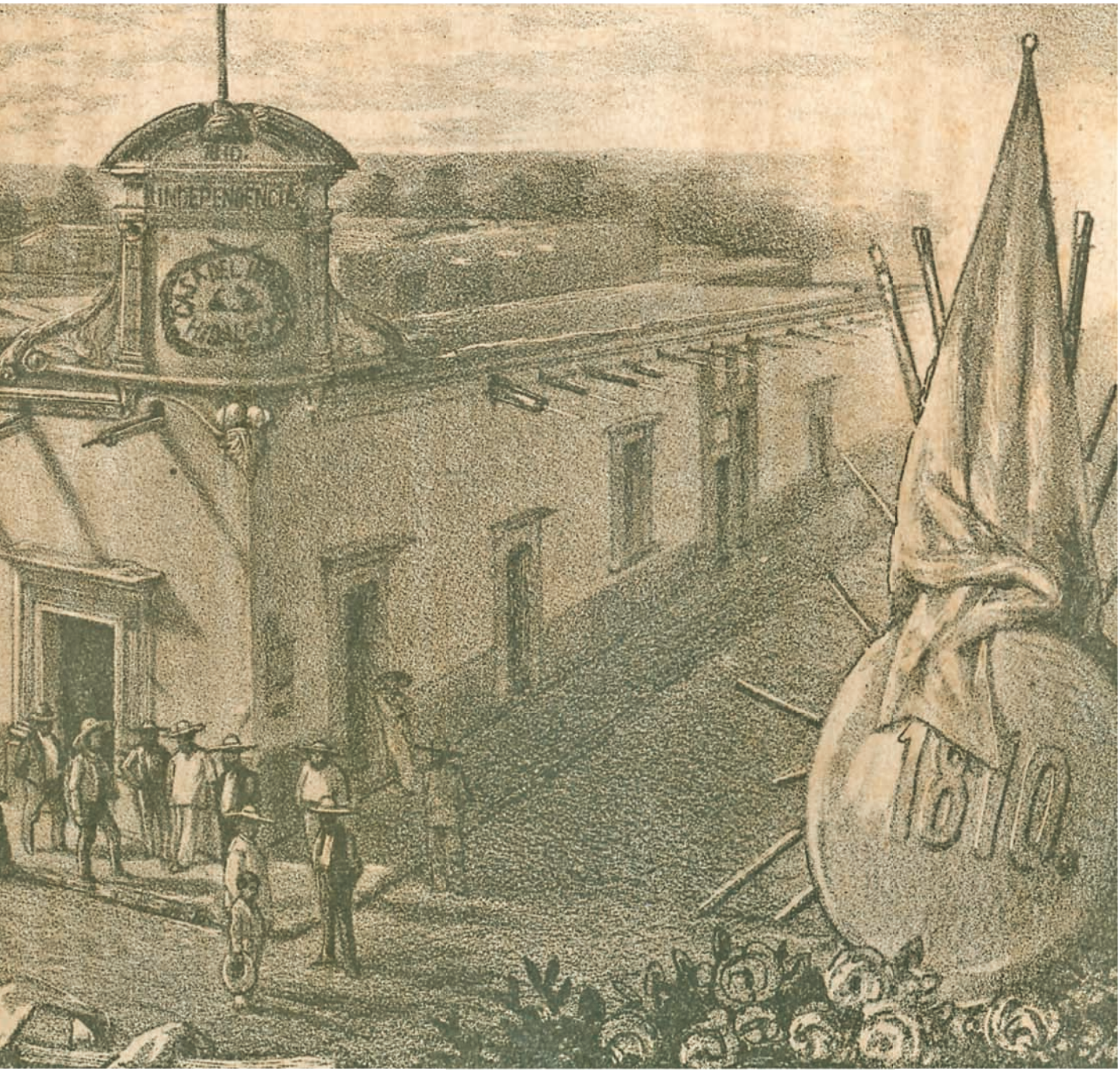
La amenaza de una nueva guerra se sentía en el aire, pero esto no parecía alterar a los chihuahuenses, estaban tan acostumbrados a la guerra como a los veranos calurosos y secos y a los inviernos fríos y oscuros. Aunque Berta no la aceptaba, en el fondo de sus ojos brillantes se presentía la determinación, en cada sufrimiento que callaba o vivía con entereza, en ella se reafirmaba el mismo sueño: vivir en paz. Por sobre todas las cosas, ella sólo deseaba la paz, así, escueta.

Evangelina bajó los escalones poco a poco hasta hundirse en las tinieblas. Con desconfianza extendió los brazos y dilatando las pupilas sus manos se toparon con una pared áspera y porosa. Sintió el rostro contraído y los ojos llenos de espanto. Tenía la boca seca. Bastaba moverse un poco para que la noche la envolviera. En silencio, obedeciendo a un extraño impulso, continuó bajando al agujero cada vez más negro y más denso como si la succionara un pantano de tierra movediza. La oscuridad extinguía el murmullo de los niños. La fila adelantaba pesada y compacta. Era como si el calabozo respirara un vaho

húmedo, caliente.

"¡Que llega el reo!" Berta vibró con el estremecimiento que sacudía a la fila. "¡Que llega el reo!" El gentío estiró la cabeza para mirar a lo lejos. Una caravana se acercaba. Se oían voces que daban órdenes, patadas y relinchos de caballo. Se observaban coches, soldados, carretas que se arrastraban sobre el camino. Entre la nube de polvo brillaban las espadas y el metal de los fusiles. Las tropas traían prisioneros a los peligrosos enemigos del rey, que iban a pie, uno tras otro, sedientos y ardidos por el sol. Se detenían a ratos para tomar aliento. Berta se preguntó si esos eran los criminales de los que hablaba Salcedo y miró sus rostros serenos, sus miradas graves, absortas en un punto de sus propios pensamientos. Las barbas crecidas y las ropas sucias no le bastaron para descubrir la supuesta criminalidad.

Evangelina, a tientas, sosteniéndose de las paredes, sofocada, atrevida, bajó otro escalón. Eso era el



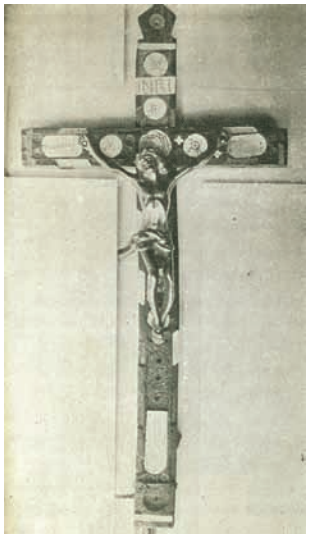
Casa de Hidalgo en Dolores.

Crucifijo que llevó Hidalgo en sus últimos momentos.

calabozo, un lugar de padecimiento, con olor a rata, encierro, hongos, como el sótano del kiosco del Parque Lerdo, a donde alguna vez ella y María Rosa se asomaron con mucho miedo. Evangelina seguía adelante, como si por momentos no hubiera oscuridad, ni escalones, ni muros, como si solo su pensamiento y su horror existieran, aunque con la esperanza de sorprender algún rayo de luz. No, todo estaba negro.

Berta había escuchado el bando del Ayuntamiento que ordenaba la requisa de armas en poder de particulares, estaba restringido el tránsito de personas entre distintas poblaciones. Para salir del lugar de residencia era necesaria una carta firmada por la autoridad local. Y también había escuchado el llamado de alerta del cabildo: "Hidalgo es un agente de Napoleón y ha declarado la guerra a Dios, a su Santa Religión, y a la Patria. Alarma a los pueblos para la Sedición y el obispo de Michoacán lo ha condenado".

(abajo, der.) Estampa que traía Hidalgo en la bolsa de su camisa, al ser decapitado.



La explicación de la seño Mague volvió a su memoria como un eco en sus oídos. No tenía claro por qué la gente peleaba hasta matarse, pero entendió que a Miguel Hidalgo lo tuvieron preso en un lugar de terror. Evangelina avanzaba en la angustia y la oscuridad, golpeteándole el corazón, con una carga de roca en el pecho. En medio del murmullo apagado, María Rosa comenzó a llorar y Evangelina retrocedió, estremecida.

De pronto, entre el gentío, alguien se acercó a Berta y le entregó un pliego de papel. Ella expresó asombro mientras lo abría y miraba unas letras moradas. Hubiera querido entender lo que decían, pero no sabía leer. El voluntario se le acercó y la hizo temblar; con la mirada y con la voz la acusaba de algo. Ella se sentía culpable. Quiso evadirse, pero fue llevada a empellones a la comandancia situada en el antiguo convento. El capitán tomó el pliego y leyó en voz alta:

Abre los ojos pueblo mexicano
Y aprovecha ocasión tan oportuna,
Amados compatriotas, en la mano
Las libertades ha dispuesto la fortuna;
Si ahora no sacudís el yugo hispano
Miserables seréis sin duda alguna.

En su afán por huir, Berta se internó en corredores, pasillos estrechos, grandes habitaciones. Al ritmo de su paso, muchos gritos viejos renacieron hasta formar uno solo.

Con las sensaciones revueltas, los sentimientos confusos y el susto atorado en la garganta, Evangelina advirtió un alarido que latía dentro de ella, se retorcía en el estómago; pugnaba por salir.

Intempestivamente, Berta se

encontró subiendo hacia el campanario, el grito se enroscó fieramente en sus vísceras y el dolor fue tan intenso que al monstruoso grito lo expulsó su cuerpo. "¡Mueeeeera el maaaal gobieeeeeerno!" Se le escuchó retumbar en los muros, rodar por los patios, internarse en los pasadizos, brincar vibrante cada escalón, hasta quedar atrapado en la torre de la capilla. La "collera" de los prisioneros pasó y la multitud inmovilizada en las filas observó en silencio; el gobernador debía estar seguro de que el silencio y el orden eran por las amenazas de castigo de su bando, que exigía un control absoluto de las reacciones de odio y piedad y la obediencia total a la policía.

Evangelina, con cara de alivio miró a su alrededor, la escalera de caracol y los muros de piedra aparecían ahora claros. Una luz parpadeante iluminaba unas letras de rasgos garigoleados, escritos en la pared. Según la seño Mague las había escrito Miguel Hidalgo. La niña no pudo deletrearlas. Apagado el llanto, escuchó con abrupta claridad el mensaje que Miguel Hidalgo, el insurgente, escribió agradecido a los enemigos gachupines: sus carceleros. La profesora bajó la voz. Entonces se pudo escuchar el grito desgarrado y profundo, lejano, retumbar en los muros, rodar por los patios, resonar en los tres cerros y atravesar los tiempos, brincar vibrante cada escalón y quedar otra vez atrapado en la torre de la capilla que era el calabozo: "¡Mueeeera el maaaaal gobieeeeeerno!"

Calabozo donde estuvo preso Hidalgo.

PARA SABER MÁS:

José Herrera Peña, *Hidalgo a la luz de sus escritos: estudio preliminar, cuerpo documental y bibliografía*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, 2003.

"1811. México: Muere fusilado y decapitado el cura Miguel Hidalgo", http://www.youtube.com/watch?v=0_bTXzdCX0Y

"Gritos de Muerte y Libertad - Capítulo 6 - Décimas para Ortega", http://fliiby.com/file/921226/xhvatyk9-vo.html

"Hidalgo: La historia jamás contada", dir. Antonio Serrano, México, 2010, DVD.

Una mirada a la Plaza Mayor de México en el siglo XVIII

Blanca Azalia Rosas
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Es posible que no exista mejor manera de saber cómo era la vida cotidiana en la ciudad de México en el periodo colonial que acercándose a *La Plaza Mayor de México en el siglo XVIII*, pintura anónima al óleo sobre tela, de gran formato (2.66 x 2.12 m.), que se encuentra resguardada por el Museo Nacional de Historia en el Castillo de Chapultepec.

Esta obra singular se ha fechado en 1768, debido a que la escena representada es similar a la descripción de la salida en público del virrey Marqués de Croix, relatada en la crónica de Manuel de San Vicente, *Exacta descripción de la Magnífica Corte Mexicana, Cabeza del Nuevo Americano Mundo, Significada por sus essenciales partes, para el bastante conocimiento de su Grandeza*. A pesar de que estudios posteriores ubican la elaboración de la pintura en la primera mitad del siglo XVIII, con base en detalles como los de la indumentaria de los personajes representados, Lo más probable es que haya sido elaborada entre 1757 y 1768, entre los gobiernos de los virreyes marqueses De las Amarillas (1755-1760) y De Croix (1766-1771), debido a la presencia de elementos como la acequia, techada entre 1753 y 1754, y los cajones de San José, construidos en 1757. También destaca la columna de Fernando VI, obsequiada a la ciudad de México por el mismo rey en 1747, que por su ubicación protagónica en el centro de la composición, al margen de la población y con el resguardo de la milicia, sugieren que el óleo pudo estar dedicado a ese monarca, aunque fuera en los años inmediatos a su muerte en 1759.

Podemos identificar el tema de la pintura como una vista urbana con escenas costumbristas. Se trata de la Plaza Mayor de la ciudad de México, observada de oriente a poniente. Debió pintarse desde el Palacio Virreinal, hoy Palacio Nacional, pues en la parte inferior, a manera de marco, se distingue el almenado de este edificio.

Hay que recordar la importancia de las plazas mayores. Eran, dentro de las ciudades, el espacio público por excelencia, el sitio donde se llevaban a cabo las actividades cotidianas. Fueron por ello un elemento indispensable tanto en las ciudades americanas como en las europeas y se inspiraban en el urbanismo clásico. En el siglo XVIII la Plaza Mayor de la ciudad de México no sólo fue un

centro de actividades comerciales, fiestas religiosas y civiles, impartición pública de justicia, sino también fue el lugar donde se reunía la sociedad novohispana para ponerse al tanto de los acontecimientos más recientes, de poca o mucha relevancia, las modas y las ideas en boga.

El ángulo imaginario en que se acomoda la escena representada nos permite una mayor visibilidad sobre toda la plaza, es decir, la perspectiva errónea y la falta de una escala adecuada en los edificios nos deja apreciar con mayor detalle un espacio más amplio de la Plaza Mayor. No quiere decir que el pintor de la obra careciera de conocimientos compositivos, ni que su estilo pictórico fuera ingenuo, sino que pudo valerse de un recurso visual para alcanzar una mirada más completa sin el estorbo de los edificios circundantes.

Una lectura de la imagen, contraria al correr de las manecillas del reloj, parece iniciarse con el traslado del virrey y su comitiva del Palacio a la Catedral (p. **79**). En la composición, el recorrido parece prolongarse para rodear la Plaza Mayor, pasando primero entre el Portal de Mercaderes y el Parián, representantes de los comerciantes más ricos del reino y lugar de abasto de las clases más acomodadas y las provincias del interior. En seguida, al costado izquierdo de la pintura, la calle de la Acequia pasa frente a las casas de Cabildo, donde ejercían sus funciones los miembros del ayuntamiento de la ciudad, importante grupo de poder local, a la par del virrey, las audiencias y la Iglesia.

Por último, como resultado de la barrera de los numerosos espectadores del evento oficial, el camino, así como la base del aparato social jerárquico, desemboca en los puestos y las mesillas que componen el Mercado de Bastimentos y el Baratillo chico, sitios de reunión y abasto del grueso de la población de escasos recursos. Este último aspecto queda unido y sometido al poder del rey en la Columna de Fernando VI (en esta **página**), al centro de la composición, la cual resulta indispensable para la ceremonia de afianzamiento de poder que preside el virrey.

Los espacios públicos

El Palacio Virreinal fue incendiado durante el tumulto de 1692. El 8 de junio de ese año, la escasez de maíz y trigo en la ciudad, productos monopolizados por los especuladores, provocó la aparente muerte de una indígena que trataba de obtenerlos. Debido al desinterés de las autoridades, el hecho desembocó en una revuelta de indígenas y mestizos que culminó con el incendio de los cajones de la Plaza Mayor y la mayoría de los edificios administrativos que la circundaban, a la voz de *viva el rey y muera el mal gobierno*.

El palacio se había mandado reconstruir en los últimos años de gobierno del virrey Gaspar de la Cerda Sandoval Silva y Mendoza, conde de Galve, en 1693, como un intento de éste último de reivindicar sus acciones ante la Corona. La obra no se concluyó sino hasta 1712, después de estar a cargo de numerosos arquitectos.

El edificio no sólo era la residencia del virrey, el alcalde y sus familias, sino una institución de la que emanaba parte importante de la administración del reino. Contaba con espacios destinados únicamente a los altos funcionarios, como una capilla y un oratorio para el virrey, para los tribunales, y otra capilla para la tropa y sus familiares, sin olvidar un coliseo para su entretenimiento.

Tenía dos cuarteles de infantería y caballería, una armería, una cárcel para hombres y otra para mujeres; además de alojamiento para el cuerpo de guardia de alabarderos, infantes y caballeros. En las accesorias había una panadería, una nevería, una sastrería, una botellería, una zapatería y una hospedería, todas abiertas al público.

Traslademos ahora nuestra atención, en compañía del virrey, hacia la Catedral (en esta **página**), la cual presenta el escudo carolino de las armas reales y sólo cuenta con el primer cuerpo de la torre oriental, con sus campanas y reloj, y está circundada por una barda que protege su cementerio. En este importante recinto al que tienen acceso tanto señoras altivas que se dirigen al templo como mendigos que piden limosna, un numeroso contingente de guardias espera el arribo de los funcionarios de la ciudad y del virrey.

La parte superior de la imagen está dominada por el Portal de Mercaderes (pp. **82-3**), construido a principios del siglo XVII y reformado en 1754, alternando entre sus accesorias pequeños altares con imágenes devocionales. Desde su construcción, y por disposición del Cabildo en 1524, el portal fue concebido como lugar de tránsito. Sin embargo, tuvo en su planta principal comercios y talleres de artesanos, calceteros, espaderos, barberías, despachos de escribientes, etc., cuyos impuestos beneficiaban a la localidad, por lo que el Ayuntamiento no los desalojó e incluso los consideró necesarios para aumentar los ingresos de la ciudad.

Frente al Portal de Mercaderes encontramos el edificio representativo de los comerciantes más importantes y acaudalados del reino, el Parián, con mercancía por lo general de importación, rodeado por puestos con sombra de petate en los que se vendían toda clase de productos, destacando los comestibles. El Parián había sido construido de cal y canto de 1695 a 1703, debido al incendio de los cajones de madera que ocupaban la plaza durante el tumulto de 1692.

A la izquierda encontramos la parte navegable de la acequia, que pasaba por el Portal de las Flores, contiguo a las casas de Cabildo. Por la acequia se transportaban mercaderías principalmente agrícolas para venderlas en los portales o el Mercado de Bastimentos, y como vía de comunicación entre el centro de la ciudad y las zonas ribereñas que la proveían de productos de la tierra. Se techó con bóveda entre 1753 y 1754, desde el puente del Coliseo, tras el convento de San Francisco, hasta el Ayuntamiento, durante el gobierno del primer Conde de Revillagigedo.

En cuanto a las casas de Cabildo, Ayuntamiento o Diputación fueron reconstruidas en 1724, también con motivo de su incendio en 1692. Desde el siglo XVI, su fachada principal tenía amplias arcadas que resguardaban tiendas de

valiosos géneros y la entrada a importantes oficinas. En esta zona de la pintura se representa el juicio de un lépero en la vía pública –uno de los tantos marginados sociales que había en la época (p.**84**).

En el centro de la imagen, entre los puestos, mesillas y tenderetes de los llamados cajones de San José, construidos sobre la acequia, y el Parián, se hallan el Mercado de Bastimentos y el Baratillo chico. En este espacio también hay tres elementos distintivos: la picota sobre la que descansa la horca, símbolos de la fundación de una ciudad bajo leyes occidentales, y de justicia real; una fuente fabricada en 1713 para el abasto de la plaza y sus vecinos; y la columna de Fernando VI. Al igual que los puestos que circundaban el mercado principal, la columna y la fuente serían eliminadas en 1791 por orden del virrey segundo Conde de Revillagigedo.

La vida cotidiana y las normas corporativas

La Plaza Mayor de la ciudad de México, a diferencia de muchas otras, simbolizaba la unión de los poderes del Estado y la Iglesia, al contener a la Catedral metropolitana y el Palacio Virreinal en un mismo espacio. Sus representaciones desde la época del virreinato no han podido sino incluir el bullicio que cotidianamente se desarrollaba en ella, transgrediendo muchas veces las normas morales y jurídicas impuestas.

Como espacio público y cotidiano, la plaza no sólo es una entidad física, sino obra de la opinión pública, se construye a partir de la funcionalidad que sus usuarios le atribuyen. Sus límites, significados y usos son dinámicos y múltiples en tanto es un espacio de libre acceso en el que circulan las ideas anónimas que lo forman, a la par de las ideas que desde un discurso oficial le imponen fronteras. En consecuencia, sus límites son también móviles, pues son principalmente sus concurrentes quienes los delimitan al actuar, no la norma oficial que los idealiza.

En la pintura no sólo podemos observar las actividades comerciales del mercado, sino las prácticas sociales que se desprenden del contacto entre gente de toda clase. En este sentido, se ve como el sistema estamental corporativo es transgredido y suplantado por otro. Por ejemplo, en la mayoría de las pinturas de castas elaboradas en el siglo XVIII, el esfuerzo es por hacer tajantes las divisiones de raza entre la población de la ciudad de México, bajo el pretexto de que con ello se evi-

taba el envilecimiento de la sangre pura española. Sin embargo, las barreras sociales presentes en la pintura que nos ocupa comprenden aspectos más específicos, como la posesión de riquezas, el tipo de oficio practicado, etcétera.

Sin duda en el imaginario novohispano la cima de la pirámide jerárquica era ocupada por los españoles; en la práctica, sin embargo, cualquiera con capital considerable, oficio o influencias podía aspirar a entrar en ese grupo. En el extremo opuesto, las clases bajas, en su variedad racial, también incluían a numerosos españoles

Esta pintura tiene un importante matiz nacionalista, de costumbres pintorescas locales, orgullo por lo propio y exaltación del extensivo comercio y abundancia de mercaderías, lo cual hace suponer la intervención del Consulado de Comerciantes en el patrocinio de la obra, además de que su orden corresponde un tanto a la lectura que hemos hecho de la imagen y privilegia el paso por los principales edificios comerciales.

A la par del Consulado, otras corporaciones dejan ver su importancia en la pintura, como el Ayuntamiento, la Iglesia y, desde luego, el virrey, fuertemente involucrados en el dominio político y económico de la ciudad y el reino. Están presentes en la solemnidad del cortejo en la Catedral, la impartición de justicia y control de las actividades del Baratillo y sus alrededores y en el intenso comercio del Parián y el Portal de Mercaderes (pp. **82-3** y **85** arriba).

sin suerte, muchos reducidos a la mendicidad o a realizar sus actividades en lugares de mala fama como el Baratillo chico, cuyos pasillos mal distribuidos y poco vigilados propiciaban diversos delitos y obscenidades.

Los personajes representados en la pintura visten ropajes acordes con su condición social. Aquellos de vestimenta y actitudes ostentosas se desplazan por el Portal de Mercaderes, algunas zonas del Parián y la Catedral, mientras los de apariencia humilde delimitan el espacio del Baratillo chico y el Mercado de Bastimentos al comprar, vender, comer e incluso pasar el tiempo.

En *La Plaza Mayor de México en el siglo XVIII* no se aprecia la falta de higiene o los delitos asociados al Baratillo chico, lo que remite a una idealización concreta del espacio representado, de una plaza donde el abigarramiento de los puestos queda relegado al segundo plano por la abundancia que representan. Y la captura de un ladrón a escasos metros del virrey (en la esquina inferior derecha: p. **85**, abajo), sugiere que, pese a la gran cantidad de gente de distintas calidades que convivía en la plaza, el orden se hacía presente en la figura del representante del rey, los funcionarios locales y la milicia.

En este sentido, podemos concluir que, si bien la pintura no retrata de manera realista las actividades o la sociedad que ocupaba el centro religioso, político y económico de la Nueva España, es una excelente representación del intento del virrey y las corporaciones con las que compartía el poder por mostrar su dominio de todos los aspectos de la vida social, recurriendo al empleo de complejos ceremoniales alrededor de actos tales como su llegada, partida, la jura de un nuevo rey o sus pompas fúnebres, e incluso la recepción de correo.

A pesar de las normas y políticas corporativas tendientes a mantener el control de la sociedad y la economía del reino, la sociedad novohispana interactuaba únicamente bajo límites dictados por la costumbre y su adaptabilidad a las condiciones preponderantes. El comercio ambulante, por ejemplo, satisfacía necesidades primarias de un amplio grupo social sumido en la pobreza, por lo que se constituyó en una costumbre necesaria,

la cual era tolerada a pesar del descontento de las autoridades por la dificultad de su regulación y su constante incremento.

En resumen, es posible encontrar, tanto en la pintura de *La Plaza Mayor de México en el siglo XVIII* como en algunas crónicas que le son contemporáneas, la presencia de costumbres que perviven al margen de las normas impuestas por los grupos de poder. Puesto que son parte importante de un sistema de prácticas rutinarias, su modificación ha sido gradual y a veces imperceptible.

PARA SABER MÁS:

PAULA MUES ORTS, *La libertad del pincel: los discursos sobre la nobleza de la pintura en Nueva España,* México, Universidad Iberoamericana, 2008.

JORGE OLVERA RAMOS, *Los mercados de la Plaza Mayor en la Ciudad de México*, México, Cal y arena, 2007.

JUAN PEDRO VIQUEIRA ALBÁN, *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces*, México, FCE, 2001.

* Visitar el Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec.

“El Mixcoac de mis recuerdos…”

Ladrillera en Mixcoac.

Las reminiscencias de la señora Guadalupe Martínez de Ritz sobre su infancia en el Mixcoac de los años veinte del siglo pasado, comprenden la entrevista que presentamos a continuación. Se refieren al pueblo de los apacibles callejones y nuevas calzadas; el de los establos y huertas de árboles frutales; el de los jardines e iglesias; el que ya era recorrido por los nuevos tranvías eléctricos y en el que se detenían los trenes que iban a los pueblos más alejados que rodeaban la ciudad. El Mixcoac del legendario barrio de San Juan con su placita llena de plantas, su Santuario de la Virgen de Guadalupe y la vieja y adusta casona decimonónica que fuera hogar del prócer liberal Valentín Gómez Farías, y que ahora alberga al Instituto Mora.

El relato está salpicado de anécdotas y vivencias, a veces con un asomo de nostalgia por los tiempos idos, y a la vez con ese entusiasmo vivaz y esa frescura de la memoria no inmediata, que a menudo permite viajar por los recuerdos de los primeros años y evocar nítidamente los lugares, las personas y los hechos que dejaron huella y que se observaron a través de los prismas de la niñez.

Así, doña Guadalupe Martínez nos transporta por el tiempo al barrio de San Juan y nos muestra el devenir cotidiano de una familia de clase media que vivía muy cerca de la plaza, enfrente de la casa de don Irineo Paz, el abuelo porfiriano de Octavio Paz y junto a la huerta donde fuera sepultado don Valentín Gómez Farías porque la iglesia impidió su inhumación en el camposanto.

Es un conjunto de recuerdos que nos permite visualizar un rincón de los alrededores de la ciudad; un espacio donde transcurre el devenir cotidiano del Mixcoac aún campirano y en el que se refleja la problemática política encarnada en la persecución religiosa que vivió la ciudad en los años posrrevolucionarios. Encuentran también un lugar los fantasmas, las leyendas del barrio y las festividades, así como las calles, las plazas y las escuelas, mucho de lo cual ha logrado sobrevivir al paso del tiempo, a pesar de los cambios vertiginosos sufridos por la gran ciudad.

Graziella Altamirano Cozzi
Instituto Mora

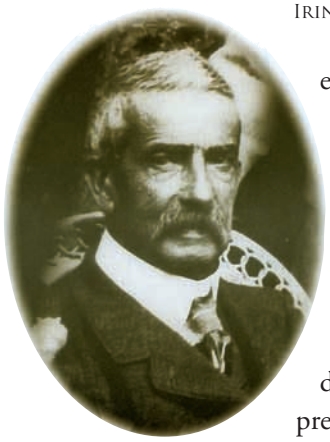
Plaza Valentín Gómez Farías en Mixcoac (1994).

Nací el 4 de octubre de 1918 en la colonia San Rafael. Mi padre fue el abogado Juan Martínez y mi madre, Victoria Meana, dedicada al hogar, como en aquél entonces. Llegamos a Mixcoac porque mi papá tuvo un accidente, al poco tiempo murió, mi mamá quedó viuda y en Mixcoac vivían mi abuelita con sus otros hijos que eran solteros. Mis tíos y mi abuelita ya no quisieron que mi mamá regresara hasta la colonia San Rafael, que entonces estaba muy distante y le dijo: "no, tú ya no te vas", porque yo tenía un año de nacida. Dijo: "qué vas a hacer con la niña", entonces ya nos quedamos en Mixcoac.

Uno de mis tíos rentó una casa de ahí, enfrente a la casa de Octavio Paz, era el número 72 de la calle que se llamaba en esa época avenida Cuauhtémoc, ahora se llama Rubens, entonces, rentó esa casa muy grande que tenía huerta, un corral, una alberca, estaba muy bien esa casa. Ahí vivimos muy bien, se casó otra de mis tías, se casó uno de mis tíos, entonces ya quedamos nosotros ahí con mi abuelita. Vivimos hasta que tenía yo once años de edad. De ahí nos cambiamos a la calle de la Empresa, que es también paralela a Rubens. Casi vivíamos en la esquina de Augusto Rodin. Es el mismo rumbo, pero yo de lo que más me acuerdo es de cuando viví en Rubens porque, ¿cómo le diré?, entre más chica es una, como que recuerda con más claridad que cuando ya es una más grande.

Mi casa era… una casa muy grande, tenía siete ventanas. El zaguán y siete ventanas, entonces, adentro, teníamos un jardín. Primero… ya ve cómo eran los corredores para las puertas de las recámaras y de la sala y todo, era una sala enorme. El corredor y unas escalerillas y el jardín. Atrás del jardín estaba la huerta, una huerta enorme, teníamos hasta chirimoyas y casi todas las frutas conocidas, teníamos árboles frutales. Después, mi tío como *hobbie* puso su estadía, puso un establo, entonces empezaron a poner los macheros y acondicionar para el establo. Había en la zona varios establos. Había uno muy grande hacia adelante, para avenida Revolución.

En mi casa primero usábamos bracero, no estufa, era un bracero grande, muy bonitos braceros, que los lavaban porque eran rojos y diario era lavarlos, estaban bonitos, bonitos, pero fíjese, por ejemplo, mi mamá a las ¿qué?, supongamos a las 6 y media de la tarde, le decía a una de las muchachas: "ya prende la lumbre para hacer la merienda", porque ¡se tardaban!... tenían que meter



Irineo Paz.

el carbón así, el ocote, un ocote prendido en la casita del carbón y ahí sople y sople hasta que prendía el carbón, así es que para las 8 que cenábamos desde las 6 y media prendían el carbón.

Enfrente vivía Octavio Paz, era más grande que yo. Ahorita yo tengo 84 años, él ha de haber tenido como 87 cuando murió, 87 u 88 cuando murió él, porque era un poco más grande que yo, pero él estaba siempre en mi casa por los árboles frutales, siempre, siempre. Mi mamá y la mamá de Octavio eran muy amigas, íntimas amigas, conocí a su papá, don Octavio, que en aquella época era diputado; a su abuelo, don Irineo Paz, que era también algo del gobierno, no me acuerdo, ya estaba muy anciano don Irineo cuando yo lo conocí.

La casa era de don Irineo y de su hija Amalia, Amalia Paz y de Octavio, eran dos hermanos. Entonces, continuamente estábamos relacionados como vecinos. Vivían allí con los abuelos. Vivía allí toda la familia, don Irineo, Amalia, don Octavio, Pepa y Octavio chico. La mamá de Octavio se llamaba Josefina pero le decíamos Pepa, creo que se apellidaba Lozano, no estoy segura.

¡Ah! Y atrás de la huerta de nosotros, colindaba con la casa de Gómez Farías, exactamente. Desde la casa de Gómez Farías se podía ver mi casa. Era una casa muy grande, muy bonita. Ahora verá: junto a nosotros vivía una señora francesa, la casa de ella daba a la esquina del jardín y juntito, la casa de Gómez Farías, juntito, juntito.

Don Irineo, yo me imagino, porque no estoy segura, ¿eh?, yo no estoy segura, que murió al poco tiempo, porque yo lo conocí, pero ya después no, pero yo no me acuerdo cómo habrá muerto, pero del papá de Octavio, o sea de don Octavio dicen que una noche que venía un ferrocarril, que no saben si él se quiso subir a alguno de los carros del ferrocarril, o si se cayó, el caso es que el tren lo atropelló. Yo todavía vivía allí. Octavio, cuando murió su papá ha de haber tenido como doce años.

El joven Octavio Paz.

Ahí nos reuníamos mis primos y yo, nos reuníamos con Octavio Paz, con unos muchachos de la familia Rangel, que era de doctores, vivía junto a la casa de Octavio. Al doctor Rangel lo iban a ver todos los vecinos. Era un doctor general de todo, ahí no había pediatra, ni ginecólogo, ni nada, (*risa*) todo era lo mismo. Salíamos todos los niños a jugar. ¡Uy! Hacíamos travesura y media.

De la casa de don Valentín Gómez Farías había una leyenda y otra leyenda…Mire, de Gómez Farías se supo esto: que como había sido muy malo… yo le voy a contar lo que yo oía... que como había sido muy malo, cuando murió lo enterraban y al día siguiente estaba el cuerpo afuera del sepulcro, del panteón ¿no? Entonces, como lo volvían a enterrar y volvía a salir, lo volvían a enterrar y volvía a salir, posiblemente los enemigos de él eran los que lo sacaban, entonces los familiares lo mandaron embalsamar, lo embalsamaron y lo tenían ahí en su casa, en la sala de su casa

Casa de Irineo Paz (lado Millet).

Edificio de Correos y Telégrafos.

sentado en un sillón de ruedas, …y alquilaron, como quien dice, a una señora Conchita para que cada ocho días le fuera a cambiar la camisa, la corbata, el traje, cada ocho días iba Conchita a cambiarlo. Total que un día Conchita no se fijó que una de las duelas estaba sumida, pisó la duela y se le vino el sillón de ruedas encima ¡Llevó un susto la pobre mujer! (*risa*) ¡Lo tenían allí en la sala! Eso no me lo contaron. ¡Eso lo vimos nosotros! Lo tenían ahí sentado, nos daba pánico ¿eh? Y luego nos decían a nosotros, nos contaban a todos que todas las noches –una leyenda fantástica ¿no?– que todas las noches a las 12 de la noche salía Gómez Farías en un coche de lumbre (*risa*) a dar la vuelta por todo el jardín de San Juan, por todo el jardín, y se volvía a meter a su casa. Claro que nosotros lo creíamos, pues era lo que nos contaban, éramos chiquillos, nos daba pánico pensar eso, pero era una leyenda que yo no lo creo, ahora ya, cuando crecimos decíamos "qué mentira, fueron mentiras".

Otra leyenda era que espantaban en el zaguán de mi casa y les daba miedo pasar por ahí porque decían que se oían lamentos … ¡Había mucha leyenda en Mixcoac! ¡Muchísima! Pero espantaban, mire, ¿Le cuento? Hasta atrás, juntito a la casa de Gómez Farías en la pared, como quien dice, había un tejocote, un árbol de tejocotes pero que tenía el tronco que dábamos vuelta, jugábamos a los caballitos alrededor del tronco en una rueda, que no nos apachurramos una pierna (*risa*) porque Dios fue grande, porque era una rueda y nos subíamos en esa rueda a dar vueltas, entonces, los vaqueros del establo de mi tío empezaron a decir que ellos no se quedaban ahí en esos cuartos porque espantaban mucho en la noche y realmente si se quedaban ahí, los caballos que tenía mi tío, toda la noche era patear y quererse salir y todo, igual las vacas, todo. Era un ruidero en las noches porque nadie quería estar ahí, ni los animales. Pasó el tiempo, nosotros nos cambiamos, tiraron el tejocote y ahí encontraron el cadáver de un niño que era lo que espantaba, dicen, que era lo que espantaba, pero a mí eso no me consta ¿eh?, eran leyendas, ya le digo, y de Gómez Farías, sí, que espantaba.

La casa de Gómez Farías tenía el zaguán y unas ventanas a los lados… esa casa era más vieja…y nadie vivía ahí, sólo estaba el cadáver de Gómez Farías… Conchita no vivía ahí, nada más lo cambiaba, pero no vivía ahí. La casa estaba cerrada. Yo nunca vi que viviera nadie allí. ¡Nunca entré! ¡Ay! ¡No! ¡Ni lo quiera Dios! (*risa*) ¡No!, ¡No! ¡No! ¡Si le teníamos pánico! ¡Pánico! Nos pasábamos por este lado del jardín, pero por ese lado, no. El jardín de la plaza tenía una fuente en medio y muchas plantas, no había árboles grandes. Era muy bonito, muy bonito, pero le digo que nosotros cruzábamos así cuando mucho cuando entrábamos a la iglesia, pero acercarnos, ni de casualidad, nos daba mucho miedo.

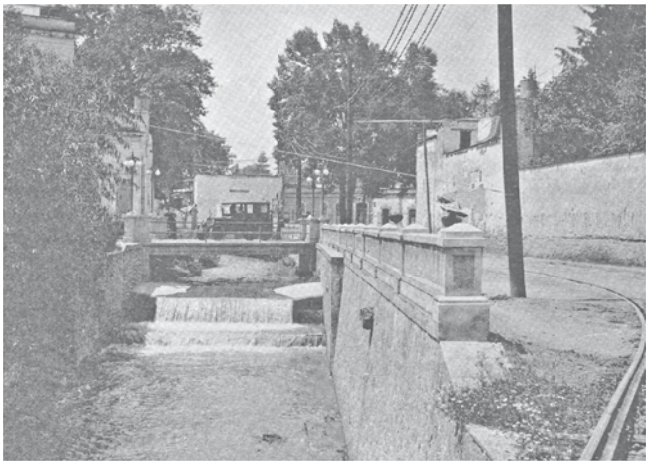
Las compras las hacíamos en las tiendas que había cerca de la casa. Había allí en la esquina de lo que es ahora Augusto Rodin y la placita de San Juan, había una tienda grandota que se llamaba La Isabel, era de un señor español que se apellidaba Frutos. La tienda de don Frutos era la única que tenía teléfono. Todo mundo iba a hablar ahí, y a todo mundo le hablaban de ahí. Había un se-

Colegio Teresiano para niñas (ca. 1930).

ñor que era muy borrachín y él y otra borrachita, que era una señora muy rica, que tenía su esposo y todo, pero empezó a ser alcohólica y andaba como loquita, con un chal tapada así, y ella y el borrachito con tal de que les dieran las copitas, le iban a hablar a toda la gente que le hablaban por teléfono, "que le hablan a fulano, que le hablan a zutano", a eso se dedicaban con tal de que les dieran las copitas. Luego, había otra tienda también grande, era la tienda de don Lupe. Había todo, todo lo que usted quería comprar. Había una panadería, era de don Álvaro, contraesquina de la iglesia….esa calle ya se llamaba la calle de Ceballos, la que da ahora al Parque Hundido.

Yo estudié en el Colegio Teresiano de Mixcoac, que estaba en la calle que ahora se llama la calle de Goya. Ese edificio lo expropiaron cuando era presidente Calles y secretario de Educación un señor Narciso Bassols. Expropiaron el edificio que era de una señorita que se llamaba Piedad Martell. Ahí pusieron después una secundaria, echaron a perder el edificio porque las madres del Teresiano lo tenían perfectamente cuidado y ahí en esa escuela iban personas de mucha categoría. En el Teresiano había internado, traían a las muchachas más ricas de la provincia. ¡Ah!, estaban también de interna la sobrina del arzobispo, una sobrina de Calles… de las principales, de mucho renombre.

Cuándo nos corrieron de la escuela, llegó una tarde Bassols con su séquito (*risa*) a decirnos que por favor saliéramos, que saliéramos todas de la escuela, pero las madres lo que decían era que ellas eran responsables de todas las niñas internas, las externas nos íbamos a nuestras casas, pero las internas, ¿cómo? ¿A dónde iban a ir? Entonces, empezó ahí la discusión y Narciso Bassols llamó a los bomberos que entraran y con la manguera nos querían sacar, pero no, no sacaron a nadie y eso lo irritó tanto, tanto, que entonces ha de haber pensado "que se queden aquí todas, internas y externas, nos clausuraron, ya no dejaron entrar a nadie y estaban los chamacos del Zacate, del colegio Zacatito y nosotras ahí. Los muchachos fueron a ayudar. ¡Ah! Y los del Colegio San Borja. Ese colegio estaba en la colonia del Valle, era también de hombres, pero ¿sabe qué? Que cortaron los teléfonos, cortaron la luz, estábamos sin luz, sin teléfonos, sin nada de alimento, entonces todas las mamás de las internas llevaban provisiones para que comiéramos y como la escuela estaba



Puente de Puebla sobre el río Mixcoac.

toda, toda, toda, la parte de arriba llena de soldados, todo, los soldados se quedaban con todo y nosotros no teníamos nada de comer, un día comimos un plátano dominico cada niña…

Las externas entrábamos a las 8 y media y salíamos a las 12, entrábamos a las 2 de la tarde y salíamos a las 5 de la tarde. A mí me llevaba una sirvienta de las que tenía mi mamá, alguna de ellas o a veces iba mi mamá por mí.

Cuando tomaron el edificio, las madres empezaron a dar clases en las casas particulares, en mi casa daban clases. De ahí tomaron una casa en la calle de Sagredo, pero no les convino por *x* o *y*, entonces tomaron tres casitas en la colonia de la Florida, allá en Mixcoac, bueno, en lo que era ¿cómo le diré?, San José Insurgentes y por eso ahora se llama colegio de La Florida, por eso se llama así, por esas casitas. En esa época todavía los dueños de lo que es ahora San José Insurgentes eran dueños de una hacienda, los Reyes, yo fui alumna de la madre Paz Reyes, era dueña de la hacienda esa de San José Insurgentes, que es ahora, todo lo que es el parque de la Bola y todo eso, era de esa hacienda. En el colegio también tuve maestras de mucha categoría… la madre Concha Félix, de Sonora, era tía de María Félix, fue mi maestra. ¡Ah! Pues le digo, estudié comercio que era, después de sexto pasaba uno a comercio, pero no terminaba yo ahí cuando cerraron y entonces terminé yo en La Florida, en las casitas de La Florida, ahí terminé mis estudios de taquigrafía, mecanografía, lo que era comercio. Ya vivía en Empresa y, le voy a presumir, fui la única cuando nos examinamos de tercero de comercio, fui la única que salí con promedio de 100. Saqué examen oral 100, examen escrito 100, promedio 100. A mi mamá y a mi tío les mandaron felicitaciones, me daban una beca para la Escuela Nacional Bancaria, pero yo ya no, porque desde Mixcoac hasta Paseo de la Reforma, salir a las nueve de la noche de la escuela, no, no podía yo.

Había otras escuelas en Mixcoac. De hombres, El Zacatito y el Williams. El Teresiano era una gran escuela de puras niñas muy ricas, puras niñas… especiales, pues, porque aparte las madres tenían una escuelita de gratuitas, les decían las niñas gratuitas, que eran las pobrecitas. Junto a la escuela grande. Había también un asilo para niñas pobres que se llamaba el asilo de La Luz, ahí también en la calle de Goya.

En Mixcoac había tranvías y había camiones, empezó a haber camiones, pero los tranvías eran como más seguros, ay, nada más que… imagínese el tiempo que hacía uno de Mixcoac al centro en un tranvía común y corriente. ¿Como cuánto sería? Pues no calculo bien, pero si el rápido de Mixcoac lo tomábamos a las 8 y media, pongamos, y llegábamos a las 9 al centro, era media hora, y era lo más rápido, los trenes iban como muy lentos… Por allí por Mixcoac, pasaba el San Ángel, el Tizapán –no era Atizapán, era Tizapán-, el Mixcoac-Merced, el Mixcoac-Valle. La colonia del Valle la estaban construyendo, eran puros terrenos. Lo que es ahora el 20 de Noviembre, el sanatorio, era una hacienda que se llamaba Santa Rosa, era una hacienda y luego ahí pusieron el sanatorio 20 de Noviembre. ¿Sabe a cómo vendían los terrenos ahí? ¿Todo eso? A 50 centavos el metro.

En Mixcoac todo mundo se conocía… Estaba la casa de los Serralde, grandotota, después estaba un establo muy grande y después casas más humildes, chiquitas; había una carbonería, y casitas. Enfrente, vivía una de las familias más ricas de Mixcoac, la de los Guerrero. Luego, de la casa de ellos, ya seguía un terreno y estaba luego la vía donde pasaba el tren de Mixcoac-Merced.

Cárcel en Mixcoac (1922).

Por enfrente de la iglesia de San Juan pasaba el Mixcoac-Valle, y luego la otra vía que estaba en Revolución, había tres vías diferentes… Como casi no había casas ni nada de eso, apenas empezaban a hacer los asfaltos, para poner la avenida Insurgentes. Del otro lado estaba San Lorenzo, la iglesita, las casas así, puras casitas y el atrio de la iglesia. Dicen que había un panteón en el atrio de esa iglesita, yo no me acuerdo. Yo conocí un panteón, pero era el panteón de Guadalupe que estaba arriba de Nonoalco … haga de cuenta que se dividía con lo que es ahora Revolución. Era muy diferente, en primer lugar, para las vías de los trenes tenía uno que subir escaleras, no es como ahora Revolución pareja, había que subir unas escaleritas… como un andén, y lo mismo para ir al mercado, también, subía usted por el túnel del tranvía, subía usted una escalera para ir al mercado.

¡Ah! Y lo que ahora es el Parque Hundido eran ladrilleras, por eso está hundido porque de ahí sacaban los ladrillos y en tiempos de la persecución religiosa, que íbamos a comulgar, bueno en mi casa hice mi primera comunión y ahí en mi casa había misas casi diario, como entraban las personas a comprar la leche al establo, entraban a misa, entonces decían: "Ahí vienen ya los gendarmes", "ahí vienen los gendarmes" y corrían todos y las muchachitas todas corríamos a las ladrilleras a escondernos (*risa*). Por mí, mandaban a alguno de los vaqueros del establo, lo mandaba mi mamá, se llamaba Genaro el hombre, "vaya a recoger a mi hija, está allí en la ladrillera", en la ladrillera estaba escondida.

La iglesia de San Juan estuvo cerrada en esa época de la persecución religiosa. Los padres vivían en casas particulares. En mi casa daban misa. Mi mamá prestaba la casa para que dieran misa y entonces el padre iba ahí y se juntaban los vecinos. Había otras casas donde se daban misas. A nosotros nunca nos… bueno, que se hubieran llevado presa a mi mamá, o a mis tíos o algo, no, no, pero a otras familias sí se las llevaban presas…por prestar su casa. En mi casa no se los llevaron presos por el establo. Como entraban con sus frascos y salían con leche, veían que la gente compraba la leche, ahí iban a comprar la leche. Cuando oía uno "Ahí vienen los gendarmes", el padre luego, luego se disfrazaba de vaquero, corría a donde estaban las vacas y se ponía a ordeñarlas. Los vaqueros ya lo conocían. Nunca lo encontraban, no había sacerdote. Inmediatamente que oía uno, quitaban el altar, el altar lo ponían en la sala de la casa porque era una sala grandota, ahí ponían el altar y ponían las sillas para que se sentaran, inmediatamente cambiaban todo, todo, todo guardaban todo, el mantel del altar y eso y ya… mucha gente se metía al comedor, ahí estaban desayunando y empezaban a servir el desayuno. Igual pasaba con las madres del Teresiano, cuando oían que venían los inspectores inmediatamente se ponían (*risa*), ¡Ay! Hasta me da risa, se ponían sus sombreros (*risa*), sus tacones y se disfrazaban como… (*risa*) pero se les veía el tipo de madres, hasta por encima.

Cuando mataron a Obregón estábamos en las clases, estábamos en clase cuando se oyó "ay, que mataron a Obregón, mataron a Obregón" y una de las muchachitas, hizo.. ¿se acuerda de la

Manicomio de La Castañeda, inaugurado por Porfirio Díaz en 1910.

todo eso… entraba usted… los domingos había cine y podía usted entrar, por 10 centavos podía usted entrar al cine en La Castañeda. Era como un paseo ir a La Castañeda para la gente que vivía en Mixcoac, iban los domingos al cine y a comprarle cosas a las locas… el administrador le vendía a usted todo lo que hacían las locas. Hacían cosas muy bonitas, los locos y las locas…Nada más que llegaba usted y luego, luego se pegaban… en el jardín y decían: "Oye, sácame de aquí porque yo no estoy loco, a mí me metieron mis familiares, pero yo no estoy loco, o yo no estoy loca".

canción esa? ¿Cómo iba? Decía: "Del 17 de julio, Toral está en inspección, porque como han de saber, fue el que mató a Obregón, cuando le enseñaba la caricatura lo bien que había salido, el valiente Toral lo mandó a descansar" y todas la cantaban, todas las muchachas cantaban esa canción de cuando mataron a Obregón, ya le digo, y de la Madre Conchita que la mandaron a las Islas Marías, a Toral creo que lo mataron ahí, no me acuerdo, de la madre Conchita sí me acuerdo. Del padre Pro, fusilaron también al padre Pro. Toral iba en el coche de él que le había pedido prestado. Bueno, era un montón de problemas en aquella época, ay, eran muchos problemas. En mi casa decían que no lo hubieran matado porque iba a ser un buen gobernante, pero como estaban tan… con lo de Calles tan… yo creo que Calles lo mandó matar, yo creo y se rumoraba eso, que Calles lo había mandado matar que porque quería volver a ser otra vez presidente, bueno, ya había salido, creo ¿verdad? Creo que ya estaba para salir de presidente…

Yo ya después, ya no me gustaba ir, iba yo cuando era chica, pero ya después ya no, porque me ponía muy nerviosa. Iba yo con la señora Antuñano, me querían mucho, toda la familia Antuñano, entonces, pasaban por mí, yo casi vivía con ellos. La señora Antuñano era una señora muy conocida de allí de Mixcoac, era una cartomanciana, era un personaje muy famoso…, leía las cartas. Ella vivía en la calle de Córdoba, por la parada de Córdoba. Está ahora Revolución, la calle de Nonoalco, la parada de Nonoalco, ahora no sé cómo se llamará, donde estaba la casa de los Serralde, para allá seguía una parada que se llamaba Córdoba. Se llamaban paradas, porque ahí se iba parando el tren. Pues ahí en Mixcoac, mucha gente, mucha gente iba a… que les leyeran las cartas.

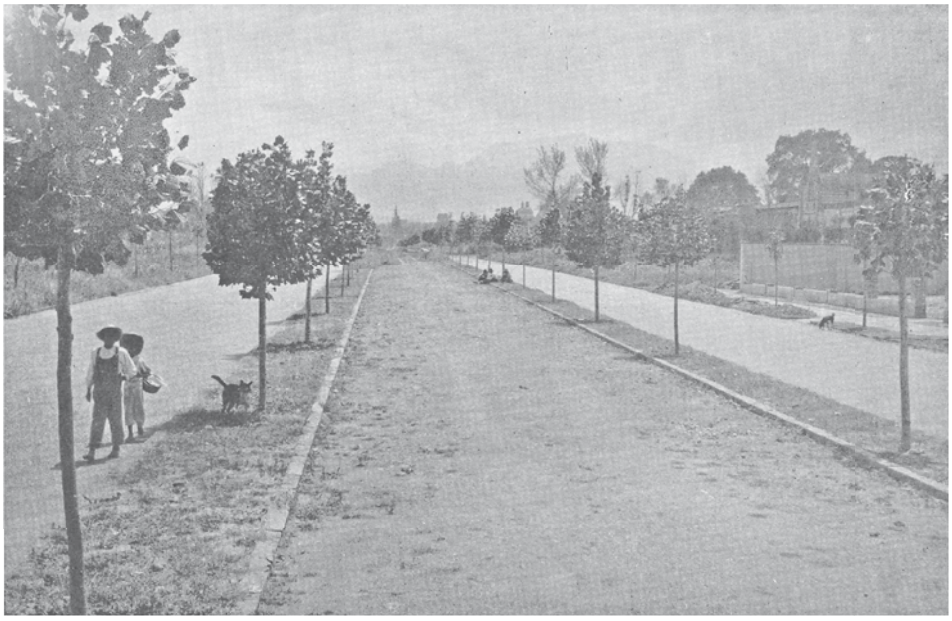
Yo conocí La Castañeda, iba yo, pero no me quedé nunca (*risa*), puede que si hubiera ido yo ahora, a lo mejor me quedaba (*risa*). Me iba caminando. La Castañeda estaba arriba del mercado, era muy grande, yo creo que todo lo que es ahora el fraccionamiento este…Torres de Mixcoac,

De las fiestas en San Juan, me acuerdo de las del 12 de diciembre. Ponían una feria y en la noche… ahí en Mixcoac había una cohetería, y los dueños eran un señor Agustín Pereyra, y él se lucía para el 12 de diciembre en hacer los castillos, ¡ay! eran preciosos, preciosos, unos castillos como nunca se

han visto en el zócalo, no, no, eran una cosa muy especial que hacía don Agustín Pereyra, de eso me acuerdo mucho. Ponían puestos de elotes, de tamales, pambazos, todo, todo eso y era muy bonito porque era una fiesta, al mismo tiempo que feria, familiar porque eran puras familias.

La Semana Santa era preciosa, preciosa. El Jueves Santo, iba uno a la visita de las siete casas a San Lorenzo, a la parroquia de Mixcoac… a la Candelaria, a Tlacoquemécatl, a Santo Domingo (ahí me casé yo, nada más que en la capilla de la Virgen del Rayo), a… Actipan, todas esas iglesitas y luego nos llevaban a tomar una nieve exquisita, unas copotas de nieve después de las siete casas. Había una japonesa, una señora japonesa que hacía una nieve muy rica, tenía su nevería en el mercado, en el mero mercado y luego, al día siguiente, el Viernes Santo allí en San Juan era una cosa maravillosa, maravillosa, porque cuando decían el sermón… primero era el Vía Crucis, iba uno a rezar el Vía Crucis… luego el sermón de las siete palabras que empezaba a las doce del día y acababa a la hora que moría Nuestro Señor, que creo eran las tres de la tarde y fíjese que como estaba… ponían la cortina morada tapando el altar, entonces, atrás del altar empezaban a prender luces cuando los rayos y el temblor, hacían el temblor y las luces y cómo moría nuestro Señor y todo. ¡Ay!, era llorar todo el tiempo, llorar y llorar y llorar, entonces sí, ¿cómo le diré?, como que tenía uno más fe, más… se conmovía uno más, ahora, ¿qué hace uno el Viernes Santo? Dígame,¿qué hace? Ay no, ese día sí era un día de luto, de luto total y ya después venía el sermón del pésame a la Virgen. El Sábado de Gloria casi nadie salía porque lo empapaban a uno, se subían a la azotea los chamacos y pasaba uno y ... un cubetazo de agua por lo menos se llevaba uno, de agua helada, así es que no salía uno y, luego en las calles, ahí en la calle colgaban a los judas los llenaban de fruta y de cosas, llenaban los judas, los quemaban, tiraban todo de lo que estaba relleno para que la gente lo recogiera, los chamacos… pero a nosotros no nos dejaban salir, porque era peligroso porque había muchos cohetes, echaban muchos cohetes. Era una época ¡muy bonita! ¡Muy bonita! La recuerdo con mucha nostalgia, bueno, en esta época, yo creo que si vivimos diez gentes de las que vivieron esa época, somos muchas, somos muchas, ya le digo…

[Entrevista a la señora Guadalupe Martínez viuda de Ritz, realizada por Graziella Altamirano el 7 de agosto de 2003, en Santa Mónica, Estado de México].



Avenida de los Insurgentes a la altura de Mixcoac (1924).

PARA SABER MÁS:

Jorge Luis Castillo Tufino, *Entonces, Mixcoac…*, México, Consejo de la Crónica, 2004.

Octavio Paz, "Estrofas para un jardín imaginado (ejercicio de Memoria)", *Vuelta* (México), 153, agosto de 1989.

Patricia Pensado y Leonor Correa, *Mixcoac. Un barrio en la Memoria*, México, Instituto Mora, 1996.

Un pueblo en la memoria, México, Instituto Mora/ Conacyt/Delegación Benito Juárez/Conaculta, 1994. DVD.

CRÉDITOS

*** Portada y 4ª: imagen de Adelina Patti, Franz Xaver Winterhalter, 1863.**
*** Pp. 6-8: Anónimo, *Alegoría de la Nueva España* (XVIII), óleo sobre tela y madera, 175 x 540 cm, Banco Nacional de México; pp. 8-9: Anónimo, *Procesión de San Juan Nepomuceno* (1752), óleo sobre tela, 78 x 190 cm (fragmento), Banco Nacional de México; p. 9: Andrés de Islas, *De español y negra, mulata* (1773), óleo sobre tela, 75 x 54 cm, Museo de América, Madrid; p. 10 (arriba): Andrés García, *Cochero* (ca. 1840), cera, 37 cm, Museo de América, Madrid; p. 10 (abajo, izq.): Édouard Pingret, *Músico de Veracruz* (ca. 1850), óleo sobre cartón, 40 x 29 cm, Banco Nacional de México; p. 10 (abajo, der.): Claudio Linati, Pl. 33, *Garde Civique D'Alvarado (descendante)*, en *Trajes civiles, militares y religiosos de México* (1828); p. 11: Anónimo, *Entrada de Agustín de Iturbide a la ciudad de México en 1821* (siglo XIX), óleo sobre tela, 37 x 27 cm, Banco Nacional de México.**
*** Pp. 12, 14, 15-17 y 19: dibujos y mapa de Jean Louis Berlandier, *Journey to Mexico*, Universidad de Texas Austin, 1980; p. 13: Mapa original de Texas, Esteban F. Austin, 1836, Mapoteca Orozco y Berra.**
*** P. 20: E. Laplante, *Vista de La Habana* (detalle), siglo XIX; pp. 21, 24-26: Antonio Núñez Jiménez, Marquillas cigarreras cubanas, 1989.**
*** Pp. 28 y 32: Carl Nebel; p. 29: Julio Michaud; p. 33: James Baillie.**
*** P. 38: Munal; p. 40: INAH; p. 41: *Atlas general del DF*, Talleres Gráficos de la Nación, México 1930, tomo I.**
*** Pp. 42 y 43: Artemio del Valle Arizpe, *Por la vieja calzada de Tlacopan*, México 1937; pp. 44 y 45: C. Barros / M. Buenrostro, *La vida cotidiana en la ciudad de México 1850-1910*, Conaculta/INBA/FCE 2003; p. 45: Madero en el Tívoli, *Teatros en México 1909-1911*; p. 46: *El mundo ilustrado*, 23 julio 1911; p. 47: *El mundo ilustrado*, 3 octubre 1909; p. 48: Madero, tarjeta postal, colección privada; p. 49: *El Mundo*, 19 sep. 1911.**
*** Fotos pp. 50-55: *La casa del Estudiante Indígena: 16 meses de labor en un experimento psicológico colectivo con indios, febrero de 1926-junio de 1927*, SEP, México 1927.**
*** P. 56: Carl Spitzweg; p. 57: Nicolae Vermont; pp. 58 y 96 : Leopold Loeffler; p. 59: William-Adolphe Bouguereau, 1884; p. 60 (arriba): Olvera, *El Mundo*, 20 marzo 1898; p. 60 (abajo): J. J. Blanco, *Ciudad de México, espejos del siglo XX*, Conaculta, México 1998; p. 61: A. Saborit, *El mundo ilustrado de Rafael Reyes Spíndola*, Carso, México 2003.**
*** P. 64: Anónimo, detalle de exvoto, siglo XIX; p. 65: D. T. Egerton, 1840; pp. 66-7: B. Olivares, *Álbum artístico*, Puebla 1874; p. 68: Manuel Rivera Cambas, *Los gobernantes de México*, México 1873.**
*** P. 73: Biblioteca del Niño Mexicano, 1900; pp. 74-5: Imprenta y litografía del padre Cobos, 1883; p. 76 (abajo, izq.), Antigua Imprenta de Murguía, 1910.**
*** Pp. 78-85: Museo Nacional de Historia/ INAH.**
*** Pp. 86-7: cuadro de J. Ramos C.; p. 89: Irineo Paz, *Algunas campañas*, FCE/ Colegio Nacional, México 1997; O. Paz, foto inédita, AGN, Fondo Enrique Díaz y Delgado; p. 93: AGN.**

***Fe de erratas*: Marcela Meza Rodríguez, de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, es la autora del texto "El chocolate en México durante los siglos XIX y XX", publicado en las pp. 76-77 del núm 11 de *BiCentenario*. Una disculpa porque omitimos su crédito.**

En este número:

* Negros insurgentes

* La primera expedición científica mexicana (1827-1832)

* La "cuestión cubana" y el México independiente en 1830

* 1847: el desastre de Cerro Gordo

* El Centenario de la Independencia en San Ángel

* 1910: la Convención del Tívoli

* La Casa del Estudiante Indígena (1926-1932)

* Formar lectores: una labor cotidiana

* Diario de un joven escribiente

* ¡Muera el mal gobierno! : cuento histórico

* La Plaza Mayor de México en el siglo XVIII

* "El Mixcoac de mis recuerdos"

20110012

200 años de la Independencia 1810 2010 1910 100 años de la Revolución